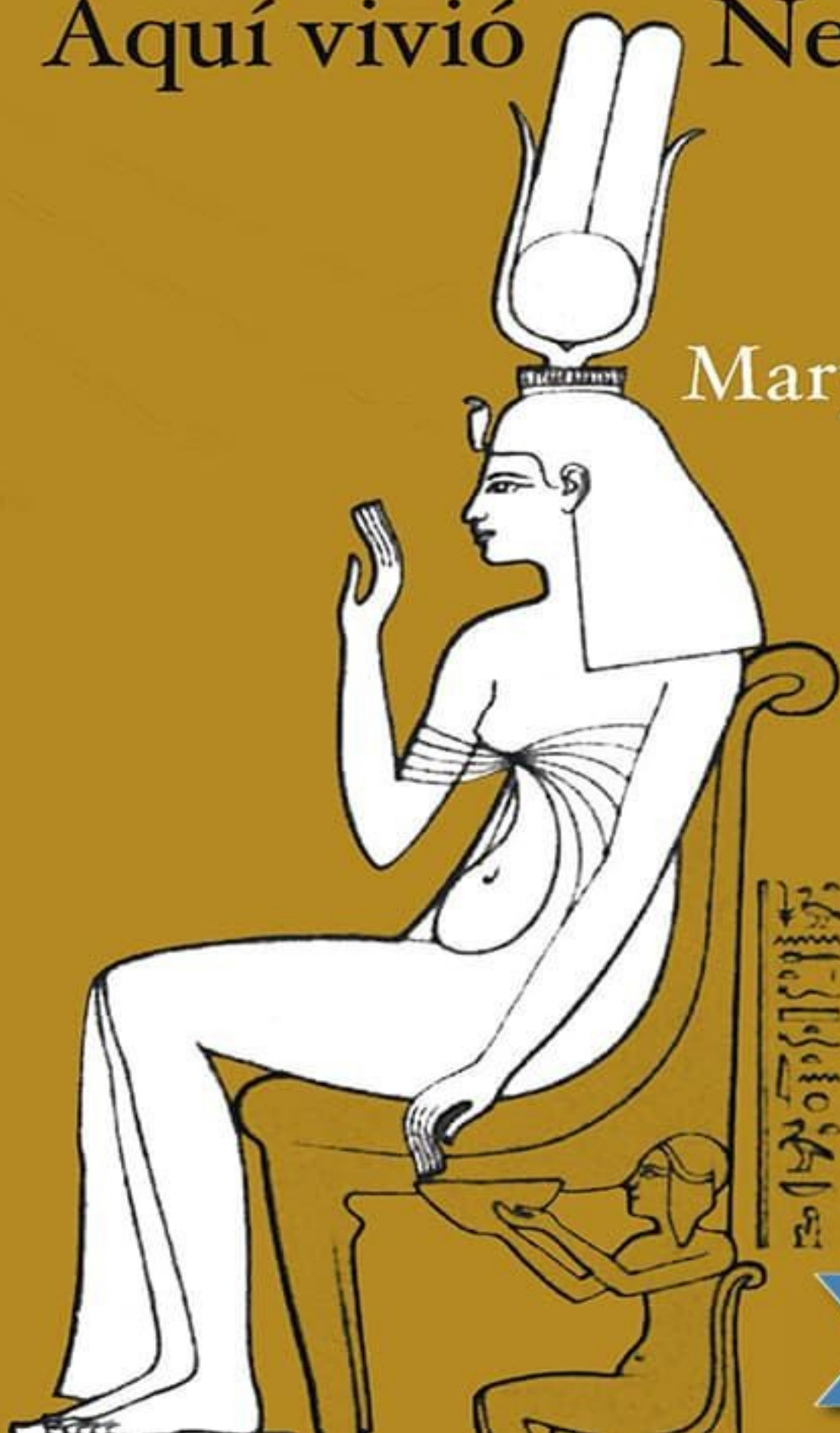




Aquí vivió Nefertiti

Mary Chubb



Lectulandia

A Mary Chubb se la conoce como «la arqueóloga accidental» porque, como cuenta al principio de estas memorias, ella lo que quería ser era escultora y a esta vocación dedicó sus estudios. Sin embargo, un trabajo de secretaria adjunta en la Sociedad para la Exploración de Egipto, que empezó siendo una forma de llegar a fin de mes, acabó convirtiéndose una pasión.

En 1930 se unió a una expedición, dirigida por el arqueólogo John Pendlebury, al yacimiento de Tell el-Amarna, los restos de Aketatón, la efímera capital que fundó el herético faraón Akenatón (esposo de Nefertiti, padre de Tutankamón). Allí, además de las labores administrativas que en principio le fueron asignadas, tuvo que hacer de «escayolista, química, enfermera, delineante, pintora, arqueóloga, restauradora, carpintera y, sobre todo, ¡diplomática!».

Aquí vivió Nefertiti (1954) es el recuento de «su ración de polvo y calor», su amor por el trabajo y sus evocaciones románticas de los hechos históricos, que parecen reproducirse delante de ella. Es también la crónica excepcional de la vida cotidiana en un campamento arqueológico británico de la década de 1930: cinco veinteañeros laboriosos, entusiastas, con sentido del humor, cinco románticos aún con una mentalidad colonial que se verá superada por lo que significa «recuperar y restaurar un pequeño fragmento de la historia de Egipto».

Mary Chubb

Aquí vivió Nefertiti

ePub r1.0

Titivillus 08.01.2023

Título original: *Nefertiti Lived Here*
Mary Chubb, 1954
Prologuista: Peter Lacovara
Traducción: José C. Vales
Ilustraciones: Ralph Lavers

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





CANCIÓN DE TRABAJO.

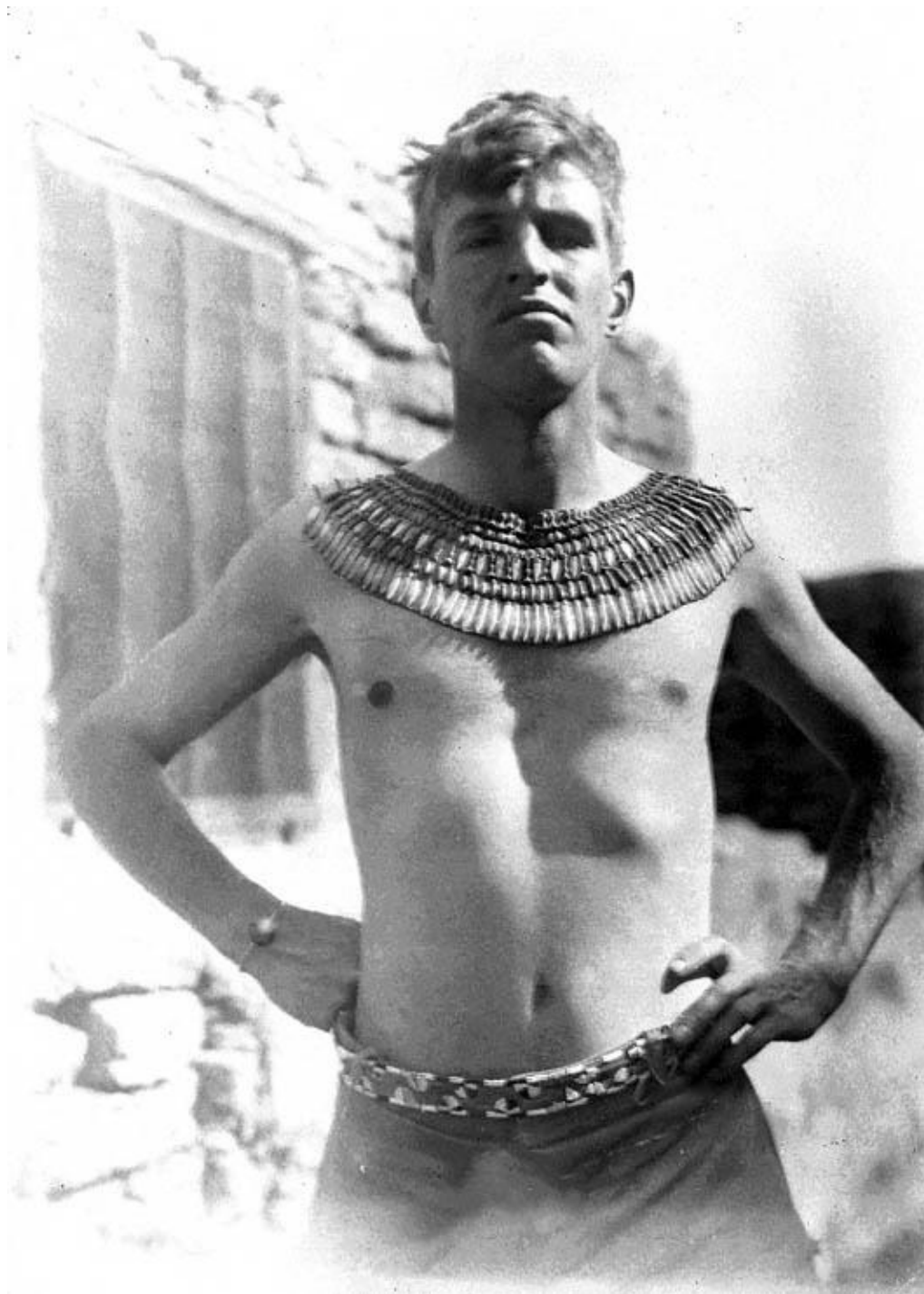


Mary Chubb en el patio de la residencia de los arqueólogos en la excavación de Tell el-Amarna.

Nota al texto



Aquí vivió Nefertiti (Nefertiti Lived Here) se publicó por primera vez en 1954 (Geoffrey Bles Ltd., Londres).



John Pendlebury, director de la expedición, en Tell el-Amarna. ©
Cortesía de la Egypt Exploration Society.

Introducción



La mayoría de los reportajes de arqueología son tan áridos como polvorientos y, lamentablemente, hay pocos que pongan músculo y nervios a los huesos mondos y lirondos. *Aquí vivió Nefertiti*, de Mary Chubb, es una de las mejores memorias de la vida en las excavaciones arqueológicas: resulta excepcionalmente atractiva y concitará la atención de todo el mundo, desde los aficionados hasta los especialistas. El escenario de su relato, el yacimiento de Tell el-Amarna, ejerce una fascinación infinita en todos los interesados en el campo de la egiptología. Amarna, la efímera capital del «herético» faraón Akenatón y su bellísima esposa Nefertiti, fue también el lugar donde vivió el joven Tutankamón y se desarrollaron algunos de los acontecimientos más trascendentales de la historia de Egipto.

Tras haber prohibido el culto del panteón tradicional, el soberano que comenzó su reinado como Amenhotep IV se cambió el nombre poco después por el de Akenatón, «el espíritu de Atón», y promulgó una religión nueva y monoteísta con Atón como único dios, presentándose a sí mismo como la única representación de la divinidad en la Tierra. Tell el-Amarna, a trescientos kilómetros al norte de la Tebaida egipcia, fue el emplazamiento elegido para la nueva capital: Aketatón, «el horizonte de Atón». Concebida como una ciudad monumental dedicada al culto de Atón y diseñada conforme a un estilo radicalmente nuevo creado al efecto, la población se levantó en unos terrenos desérticos deshabitados, junto al Nilo, en la remota región del

Egipto Medio, en la época de la XVIII dinastía, hacia el 1345 a. C. Los arquitectos de Akenatón se dieron cuenta de que la topografía del lugar podía aprovecharse para realzar el simbolismo del emplazamiento, situando los principales palacios reales y los templos en la zona central de un enorme semicírculo formado por unos escarpados barrancos de piedra caliza.

El yacimiento arqueológico de Tell el-Amarna cubre una franja de alrededor de doce kilómetros de largo y de unos cinco kilómetros de anchura en su zona central, y es posible que el enclave llegara a contar con más de veinte mil habitantes en su época de esplendor. De todos los yacimientos urbanos que han sobrevivido del antiguo Egipto, este es el que más y mejor se ha estudiado. Se han localizado barrios enteros, de casas grandes y pequeñas, al norte y al sur del núcleo central de la ciudad, junto con viviendas especialmente diseñadas para albergar a los obreros destinados a los proyectos de construcción y residencias para los cuerpos diplomáticos y la burocracia asociada naturalmente a la corte real. En la periferia del emplazamiento, talladas en las escarpaduras sagradas, estaban las tumbas del rey, de su familia y de los cortesanos de confianza. Al parecer, la ciudad solo estuvo habitada unos catorce años, justo hasta la muerte de Akenatón; poco después fue abandonada y el rey niño Tutankamón restauró la vieja religión y devolvió la capitalidad a Tebas. Posteriormente, el «período de Amarna» fue borrado de los libros de la historia oficial y cayó en el olvido.

Aunque las tumbas fueron descubiertas —y más adelante estudiadas— por los primeros exploradores,^[1] a la ciudad no se le prestó atención hasta 1887, cuando la mujer de un campesino que andaba cavando en las ruinas de la ciudad descubrió las famosas «tablillas de Tell el-Amarna», unos documentos diplomáticos escritos en arcilla donde se detallaban las relaciones de Egipto con los imperios de Oriente Próximo. Poco después el emplazamiento se convirtió en el centro de una serie de excavaciones arqueológicas: las primeras investigaciones las llevó a cabo el Servicio de Antigüedades Egipcias; luego se hizo cargo del trabajo el gran Flinders Petrie, que entre 1891 y 1892 elaboró el primer registro detallado de los palacios y templos en el centro de la urbe.^[2]

La Sociedad Alemana de Estudios Orientales (Deutsche Orient-Gesellschaft) empezó a trabajar en el yacimiento en 1907 y se concentró en la tarea de desenterrar cientos de casas diseminadas al norte y al sur del centro de la ciudad.^[3] La casa más importante fue la del escultor Tutmosis, en cuyo taller se descubrió el famoso busto de caliza policromada de la reina Nefertiti. Los trabajos de los alemanes en el yacimiento concluyeron al dar comienzo la

Primera Guerra Mundial y, en 1921, los permisos de excavación se concedieron otra vez a un equipo inglés, al frente del cual estaban T. E. Peet y Leonard Woolley.^[4]

Los trabajos continuaron en el yacimiento tras la muerte de Peet: primero capitaneados por Henri Frankfort^[5] y más adelante por John Pendlebury, de 1930 a 1936.^[6] Si comparamos los informes de Pendlebury con los de las primeras campañas arqueológicas, la organización y la claridad de las que hace gala Mary Chubb en los registros de sus expediciones resultan muy evidentes. De hecho, tanto en los libros de la serie *City of Akhenaten* como en la expedición del Instituto de Estudios Orientales a Irak, posteriormente, la señorita Chubb contribuyó enormemente a fijar los nuevos modelos de publicación de trabajos arqueológicos.

Las excavaciones en Amarna se suspendieron con la Segunda Guerra Mundial y con la muerte prematura de Pendlebury, pero se reanudaron en 1976, de nuevo con un equipo de la Sociedad para la Exploración de Egipto de Londres.^[7] Las excavaciones actuales, dirigidas por Barry J. Kemp, son un modelo de información arqueológica y están aportando muchísimo a nuestro conocimiento del yacimiento y de ese período clave de la historia egipcia.

Los lectores interesados deben recordar que, además de las memorias de Mary Chubb, el propio J. D. S. Pendlebury escribió un libro muy popular sobre las excavaciones titulado *Tell el-Amarna* (Londres, 1935), y sir Leonard Woolley resumió sus trabajos en el yacimiento en su autobiográfico *Spadework* (Londres, 1953).

PETER LACOVARA

Boston, 1998

Para Lorna, con amor

Agradecimientos

La autora está profundamente en deuda con el profesor H. W. Fairman de la Universidad de Liverpool: se deja aquí constancia, con sincero agradecimiento, de sus críticas cordiales y comentarios especializados a muchos de los aspectos egiptológicos del texto.

Capítulo I



La tapa de la caja de embalaje resbaló y cayó ruidosamente al suelo, y, con ella, mi ánimo. Si alguien fuera capaz de decirme que hay un lugar más triste para estar triste que el sótano de una cochambrosa mansión de Bloomsbury en una mañana lluviosa de febrero, no me lo creería.

Dejando de lado el incómodo borde de la caja en la que me había sentado, aparté la mirada de los rollos de papel polvoriento que me habían dicho que tenía que revisar, y me puse a mirar a la calle por el pequeño y mugriento ventanuco.

Fuera, la lluvia se derramaba desde una bruma blanquecina, salpicando en las aceras los pies apresurados de personas anónimas que cruzaban por delante de mis ojos; la lluvia empapaba las barandillas; la lluvia, ya lo sabía, conseguiría que la hora del almuerzo me resultara menos liberadora de lo habitual; porque el ambiente normal del restaurantito barato y empañado al que solía ir, con su olor a repollo, queso y pescado, se habría aderezado ese día con una especie de constante aroma a impermeable empapado.

Ese sótano de Bloomsbury era el cuarto trastero de una docta Sociedad que enviaba expediciones a Egipto para realizar excavaciones, y después publicaba el resultado de esas excavaciones en una serie de publicaciones aburridísimas y solemnes. Las oficinas de la Sociedad y la sala de juntas del comité ejecutivo ocupaban toda la primera planta del edificio, que había sido en su momento un majestuoso caserón victoriano. La oficina daba a la calle, y

desde allí se veían los techos de los autobuses, serpenteando entre los árboles, hasta el césped de una plaza londinense y la línea continua de unas casas magníficas del lado oeste. En la parte de atrás estaba la sala de reuniones, muy grande y elegante, a la que se accedía por una puerta doble; en un extremo de la sala había un gran ventanal, y las otras dos paredes estaban cubiertas por las estanterías de una enorme biblioteca y por unos ficheros altos donde se guardaban cientos de fotografías y diapositivas.

Pero ahí abajo, donde estaba yo, lamentando mi suerte, las sombras de las botas victorianas de los estudiantes y de las criadas que se proyectaban en la vieja y tenebrosa cocina a mis espaldas parecían estar correteando por el fregadero. Allí donde antaño había crepitado el fuego y donde las cocineras se habían afanado para alcanzar la perfección en una comida que posteriormente se iba a subir por una escalera empinada y tortuosa, ahora no había más que hollín, polvo y un melancólico silencio. En los viejos fogones se apilaban cajas de madera llenas de anuarios y publicaciones antiguas de la Sociedad. En la alacena de enfrente, desde donde las bandejas, las salseras y los platos lustrosos habían reflejado la luz de los fogones, ahora no había más que filas y filas de paquetes amontonados, envueltos en papel de estraza, con un dedo de polvo, y con las etiquetas, antaño blancas, casi tan negras como el polvo. Si uno se esforzaba, podía entrever en la parte superior de la estantería: «*Oxyrhynchus papyri*» (Papiros de Oxirrinco). Y los «Nuevos testimonios de Jesús y fragmentos de un Evangelio perdido» ocupaban ahora el lugar de honor que antaño ocupó una sopera gigante. Los cajones de la alacena, que ya no acogían en su seno paños de té ni abrillantadores de cuberterías —o quizá una nota del lechero, escondida a toda prisa, dirigida a la aprendiz de cocinera, con la propuesta de un encuentro en el Holborn Empire el sábado por la noche—, estaban ahora a reventar de fragmentos de cerámica egipcia, abalorios y fotografías descartadas, piezas sueltas de cámaras fotográficas e instrumentos topográficos, cuadernos y mapas, y todos los cachivaches olvidados de muchas expediciones anteriores.

Yo había entrado a trabajar en la Sociedad un año antes, con la cabeza llena de garabatos taquigráficos y asombrada por la suerte que había tenido al conseguir un puesto como adjunta a la secretaria. Hasta ese momento, todo el trabajo había recaído en una secretaria, un alma cándida que había accedido al puesto en la época en la que una visita femenina de diez a cuatro era más que suficiente para mantener en orden todo el trabajo de la Sociedad. En aquel momento, los miembros eran pocos; el comité, ceremonioso y de avanzada edad; de vez en cuando se enviaba una expedición formal a Egipto para la

campana invernal; esta regresaba en primavera con muy poca cosa y presentaba los resultados ante la secretaria y el comité. Pero en el período de entreguerras las cosas ya eran muy diferentes. En 1923 se había descubierto la tumba de Tutankamón y nada volvió a ser como antes. Las excavaciones en Egipto, de repente, empezaron a copar las portadas de los periódicos y el número de afiliados a la Sociedad se disparó con nuevas inscripciones de cientos de personas: algunas de ellas, desde luego, se interesaban de verdad por la egiptología por primera vez y su interés seguiría vivo siempre; pero muchos solo eran curiosos, superficialmente fascinados por la emoción pasajera de aquel gran descubrimiento, y sus fantasías solo se alimentaban con la espectacularidad de los objetos relacionados con aquel joven que había muerto hacía más de tres mil años. Todo el mundo estaba familiarizado con las reliquias —ciertamente emocionantes— que aparecían en las revistas ilustradas: los guanteletes, los bastones, los instrumentos de caza.

Este incremento en el número de socios no duró mucho: poco a poco comenzó a decrecer, a medida que decrecía también la emoción, y los más ingenuos, a los que los ojos les habían hecho chiribitas con las fotografías en color de tanto oro y tantas joyas, empezaron a preguntarse si realmente les valía la pena gastarse las dos guineas que costaba la suscripción anual a una sociedad de eruditos. Con todo, aunque las suscripciones empezaron a menguar, el auge de la egiptología tuvo un efecto colateral en la cantidad de trabajo que se acumuló en la Sociedad, y en una sensación general de desarrollo institucional. El comité aumentó el número de representantes, se rejuveneció y, tal vez, en la sala de juntas se sentaron hombres más enérgicos que instaron a la Sociedad a atreverse con excavaciones de más importancia. A principios de la década de 1930 las suscripciones seguían cayendo, aunque más despacio, pero las expediciones aumentaron y cada vez se necesitaba más dinero. ¿De dónde sacarlo? La secretaria se iba haciendo mayor y, por otro lado, las labores administrativas requerían algo más que un horario de diez a cuatro si se quería dar abasto a todo el trabajo nuevo que se presentaba. Los jóvenes arqueólogos la ponían nerviosa; volvían a Inglaterra y dejaban en la oficina los resultados, los informes y las fotografías, y luego se iban a escribir sus artículos especializados: esperaban que ella, mientras tanto, pusiera en orden todo el trabajo no especializado sin molestarlos con preguntas burocráticas. Poco a poco se hizo evidente que la mujer necesitaba ayuda. Se acordó que, a pesar de la precaria situación financiera de la institución, se contratara a una secretaria adjunta. Y yo conseguí el puesto.

Cuando me presenté, el primer día de trabajo, creo que ostentaba el récord de desconocimiento de egiptología, por encima de cualquier persona que hubiera cruzado jamás el quicio de aquella ilustrada puerta, con la posible excepción, quizá, de la señora Wilk, con quien me topé aquel mismo día de repente y, en adelante —aunque no tan inesperadamente—, todos los días. Entonces, como siempre, estaba en el suelo a cuatro patas, moviéndose lentamente hacia atrás, tirando del cubo y arrastrando la bayeta de fregar, y acababa de llegar a la puerta de entrada cuando aparecí yo. Y entonces, como siempre, la esquivé con dificultad y le dije: «Siento mucho pisar el suelo que acaba de fregar...»; ella siempre me contestaba: «No pasa nada, bonita». Sin inmutarse.

Dado que iba a ocupar el puesto de secretaria adjunta, mi ignorancia no tenía la menor importancia. No había la más remota posibilidad de que un miembro novato de la oficina de Londres pudiera ir a Egipto y muy pocas de que el trabajo de oficina suscitara en alguien el deseo de hacerlo. En las paredes de la oficina colgaban algunas acuarelas del Nilo —bonitas, aunque escasamente estimulantes—; las fotografías de las excavaciones eran más numerosas, aunque en muchos casos tan de fotógrafo aficionado, tan vulgares y saturadas —algunas de ellas incluso borrosas y mal reveladas— que podrían haber deprimido a quien rebosara de entusiasmo por el tema... entusiasmo que yo no tenía, desde luego.

Yo lo único que necesitaba era un empleo: cualquier empleo que me diera para vivir y que me permitiera ir a la escuela de arte por las noches a estudiar escultura. Yo pensaba que, por muy soporífero que fuera un trabajo durante el día, me compensaría si me proporcionaba los medios para que yo pudiera subir todas las noches los cuatro tramos de escaleras de mármol de la Escuela Central de Artes y Oficios de Kingsway y llegar hasta la puerta donde había un cartel que decía: «Escultura y dibujo». Pero estaba equivocada: después de un año en mi erudita Sociedad, y habiendo desdeñado todo lo que podría haber aprendido, me encontraba sentada en el borde de una caja de embalaje, en un sótano asqueroso, consciente de que estaba acabada. No podía seguir así ni un minuto más.

El núcleo del problema residía en el hecho de que mi encantadora jefa no tenía ni la más ligera idea de cómo aprovecharme. Desde el primer momento en que nos vimos las caras, entre risitas nerviosas, cada una a un lado de la mesa del despacho —ella con el pelo canoso, alta y tímida, y yo una mezcla desigual de ignorancia y desfachatez—, supimos que aquello no funcionaría. Ella estaba sobrecargada de trabajo, y ambas lo sabíamos; pero nunca delegó

en mí ninguna tarea que realmente pudiera aliviar su quehacer. Nunca supe si era por algún temor oculto, tal vez completamente inconsciente, a lo que pudiera pasar si me convertía en una buena concedora del trabajo... o si simplemente pensaba que yo no estaba capacitada. El resultado fue que esta mujer siguió peleándose con un montón cada vez más grande de papeleo administrativo, mientras yo me entretenía en tonterías, perdiendo el tiempo en trabajos que podría haber hecho perfectamente el chupatintas más tonto de una oficina. Yo me había presentado, como mínimo, dispuesta a trabajar de firme y ganarme el sueldo... Me pregunto qué pensarán las mecanógrafas de hoy, que ganan como poco cinco libras a la semana sin que necesariamente sepan deletrear las palabras, de mis tres libras, tres chelines y cero peniques, menos el seguro. Pero lo único que me picaba el orgullo en aquel entonces, por lo que tocaba al sueldo, era que salía de la caja de gastos corrientes.

La culpa era mía en la medida en que no le pedía precisamente a mi jefa que me diera más trabajo. Si yo hubiera empezado a trabajar con la intención de aprender algo de egiptología, todo podría haber sido diferente. Pero así estaban las cosas: la secretaria no quería, o no podía, encomendarme trabajos de mayor responsabilidad; y mis buenas intenciones del principio se fueron diluyendo poco a poco, mi determinación se desinfló y empecé a hacer mal y con dejadez incluso las tareas de chupatintas, porque estaba inevitable y desesperadamente aburrida.

Y ahí estaba yo, disfrutando de una mañana fría y lluviosa, en aquel sombrío sótano, preguntándome qué hacer con mi vida. ¿Durante cuánto tiempo más podría aguantar? ¿Debería aguantarlo? ¿Cómo iba a encontrar un trabajo nuevo mientras aún tenía este? ¿Cómo iba a explicar que quería irme...? (Aunque en realidad estaba segura de que esa noticia se recibiría con cierto alivio en el piso de arriba.) Tendría que pensarlo cuando volviera a casa, y no en ese miserable sótano. Me levanté; y el leve susurro de mis compañeros de sótano pareció animarse de nuevo antes de que acabaran desapareciendo entre las sombras. ¿Oí el leve eco de un suspiro cuando se fueron? ¿Sería compasión o una burla de uno de esos maleantes ante una chica que no sabe lo afortunada que es? «¡Venga!: tres libras a la semana, y tu trabajo listo a las cinco», y se escabulleron, con el adiós de una manita que se escondió en una oscuridad fantasmal y el ligero aleteo de un estampado mugriento, hacia las profundidades de la cocina.

¿Qué era lo que había bajado a buscar (Dios sabe cuánto tiempo antes)? Me puse en pie y pensé. La caja grande que está en la salita de enfrente. Tenía

que buscar en ella un dibujo de una tumba tebana que se necesitaba para una publicación o no sé qué.

La tapa ya estaba quitada. Saqué rollos y rollos de papel «de bellas artes», sucio y mugriento. La fuerza con la que cada rollo se resistía a mis esfuerzos por desplegarlo daba cuenta de la cantidad de tiempo que llevaban allí sin que nadie los tocara. La mayoría tenía varias hojas juntas, que se caían a cada paso, para mi desesperación. Los llevé todos al fondo de la vieja cocina, encendí la única bombilla eléctrica que había y busqué unos cuantos libros gordos para sujetar los bordes de aquellos rollos quebradizos, crujientes y desesperantes. Después de un buen rato, encontré el dibujo. Era el penúltimo. Enrollé los otros y los volví a meter en la caja. No la había vaciado por completo: había algo duro en el fondo de madera.

Miré dentro de la caja y retiré el trapo polvoriento que parecía estar envolviendo algo duro, como de piedra. Cuando quité el trapo, pude ver una superficie dura y suave, y más o menos distinguí un motivo gris. Lo desempolvé un poco con el dedo... y me quedé mirándolo. Sentí esa misma encantadora conmoción que se produce cuando de repente encuentras un nido de mirlo. Una aparta las hojas de una vieja hiedra en un bosquecillo umbroso... y nada, salvo unas cuantas hojas de un verde grisáceo y una madera ennegrecida: quizá un poco más abajo; estás segura de que lo has visto huir justo de ahí. Pero ahí sigue sin haber nada. Y entonces levantas una hoja más... y ya lo tienes, con cuatro huevos. Ese azul estival, limpio y sedoso, levemente fosforescente, en el nido oscuro, escondido entre la hojarasca: exactamente ese color increíble era el que brillaba al fondo de la caja. Lo cogí y lo acerqué a la luz; la parte gris no era más que un dedo de polvo, y lo retiré suavemente. Era un trozo de azulejo esmaltado —nada más—, pero en aquel momento depresivo, de vacío y debilidad, aquel objeto disparó un resorte oculto. El fondo era un azul increíble, adorable, de huevo de mirlo, y tenía el esmalte justo solo para darle ese brillo de concha marina. Sobre el azul había tres flores de loto; los esbeltos tallos curvados eran apenas lo suficientemente firmes para sujetar los temblorosos cálices de las flores, que lucían una leve punta lila en sus pétalos de un verde onírico, desplegados en forma de abanico.

Cuando le di la vuelta, un reguerillo de fina arena amarilla resbaló entre mis dedos, desde las grietas y fisuras de la rugosa superficie del envés. Arena egipcia. Tenía en mis manos algo que apenas nadie había tocado desde que se había encontrado en Egipto muchos años antes, algo que probablemente aún tenía en su superficie no solo las huellas dactilares de su descubridor sino las

de su artífice. Todas aquellas fotografías de delicadísima joyería y esculturas que yo había visto muchas veces en el piso de arriba, todas las antigüedades pulidas y limpias, esterilizadas tras los cristales de los museos, no me habían conmovido tanto como aquel pequeño y encantador objeto, sucio y torpemente acabado, que tenía en la mano.

De repente, solo tuve un deseo: quería saber todo lo que pudiera saberse del lugar en el que se había encontrado aquel azulejo; quién lo había hecho, qué veía cuando levantaba la cabeza mientras hacía su trabajo. Sabía lo suficiente del azulejo para estar más o menos segura de que su lugar de procedencia era Tell el-Amarna, donde en esos momentos estaba trabajando precisamente una de nuestras expediciones. Tell el-Amarna: hasta entonces ese nombre no significaba para mí más que un montón de ruinas en algún sitio de la ribera oriental del Nilo, donde había vivido Tutankamón y, sí, Nefertiti —lo de Nefertiti lo tenía claro— y su extraño marido, el faraón Amenhotep IV, cuyo curioso apodo había sido Akenatón. Solo sabía un par de cosas más: la información entresacada de los informes del director de campo escritos de mala manera y que de tanto en tanto interrumpían nuestra pacífica existencia; los informes venían acompañados de fotografías de casas excavadas que, a ojos de los no iniciados, eran todas iguales, hasta el punto de que parecían tomadas durante una tormenta de arena y reveladas en un plato de sopa.

Estaban también los informes que habitualmente enviaba, todos juntos y al final del curso, un asistente de campo agobiado, sin cabeza para los números —por decirlo de manera suave— y desesperado por tener que abandonar su verdadero trabajo para llevar las cuentas. El sobre de las cuentas nos lo dejaban sin más en la oficina: un montón de trozos de papel a partir de los cuales nosotras teníamos que deducir y desentrañar la situación económica de la expedición. De vez en cuando había una factura escrita totalmente en árabe —muy bonita, pero incomprensible para nosotras—, y el recibo era la huella dactilar de un pulgar con tinta morada. Más abajo, en el montón de papeles, podíamos encontrarnos una larga lista de nombres egipcios con cierta cantidad de dinero anotada al lado: todo cuidadosamente ordenado, pero sin ninguna indicación que nos dijera qué significaba. El pliego final con el balance general habitualmente tenía una columna muy llamativa titulada «Varios e imprevistos», que al final de la campaña se llevaba la mayor parte de los fondos. Conseguir que las cuentas de nuestras expediciones pasaran las auditorías era un momento de sofoco y desesperación, en absoluto aburrido. Por lo demás, en aquel entonces yo no sabía absolutamente nada ni del lugar

que Tell el-Amarna ocupaba en la historia de Egipto ni de la importancia de la excavación.

Miré el azulejo otra vez: las tres flores de loto parecían mecerse con la suave brisa, prestas a abrirse lentamente a un día maravilloso de sol cálido y de un cielo azul intenso. El telón mental que hasta ese momento había separado mi vida de todo lo que había oído y conocido del antiguo Egipto se levantó de repente y sin hacer el menor ruido. Aún me encontraba admirando la belleza estática del azulejo cuando algo, en el fondo de mi conciencia, empezaba a percatarse por vez primera de que el antiguo Egipto era una realidad viva, y supe que, aunque conociera mucho de aquella civilización, nunca estaría realmente más cerca de ella que en *ese* momento.

Y en Egipto, en *ese* momento, había un grupo de hombres trabajando incansablemente; yo misma había ayudado a empaquetar sus equipos en otoño y había considerado con tanta frialdad como incompreensión su entusiasmo por las tareas que iban a acometer en el inminente invierno; estarían trabajando infatigables, empujados por una compulsión, de una u otra índole, que ahora comprendía perfectamente. No creo que ninguno de ellos hubiera dicho: «Vi una cosa preciosa hecha por los antiguos egipcios y fue suficiente para decidirme por mi profesión». Pero algo, una casualidad tal vez, en algún momento, había hecho vibrar la misma fibra interior y no había tenido más remedio que viajar atrás, en el tiempo y en el espacio, y buscar pacientemente la verdad.

Volví a dejar el azulejo en la caja, apagué la bombilla y subí las escaleras. El tragaluz de la puerta principal dejaba ver un cielo más oscuro que cuando había bajado, y estaba cayendo aguanieve. Pero, para mí, el día había perdido todo su aire sombrío; subí corriendo el tramo de escaleras alfombradas hasta la oficina y le entregué el dibujo a la secretaria. Con su amabilidad habitual, me dijo:

—Has tardado un buen rato, pero supongo que sería difícil de encontrar. Mira lo que acaba de llegar con el correo.

Era el último informe de Tell el-Amarna. Me dijo que me sentara de inmediato y lo pasara a limpio, mecanografiado, para que nadie, aparte de nosotras, tuviera dificultades para descifrarlo. Como era habitual, el informe mecanografiado del director del yacimiento tenía toda la pinta de haber sido redactado mientras iba campo a través cabalgando en un camello. Era largo y costó descifrarlo: comenzaba con una descripción de la excavación de varias

casas. Luego venía una lista de objetos. El primero era una gargantilla, y la descripción empezaba así:

Gargantilla de cerámica^{7/8}, consisten en «2 piezas POLicromadas en forma de xxx flores de loto.

Fui resolviendo el jeroglífico poco a poco y, al final, pude mecanografiar la siguiente información reveladora sobre los nuevos hallazgos. Había seis tipos de piezas cerámicas, a saber:

Una serie de pequeñas flores de acanto, en azul y verde.

Una serie de pétalos de amapola.

Una serie de racimos de uva en azul.

Una serie de pétalos de flores blancas con base amarilla, y «acantos largos», azules con tallo verde.

Una serie de dátiles: dos rojos, uno verde, dos azules, uno verde, dos rojos, etcétera.

Una serie de pétalos de loto con puntas azules.

Pétalos de loto con puntas azules... Dejé de mecanografiar y miré a la secretaria. La oficina estaba muy tranquila. Inspiré profundamente.

—Un director de campo no debería perder el tiempo redactando estos informes.

—Ni llevando las cuentas —contestó—. Mira esto.

Me enseñó una hoja arrancada de un diario con unas cuentas torcidas escritas con lápiz. Las dos nos echamos a reír.

—¿No estaría bien —dije— que hubiera un miembro en cada excavación que se dedicara únicamente a este tipo de trabajo... todo el trabajo administrativo que obviamente *tiene que hacerse* en una excavación, pero que es una completa pérdida de tiempo para los egiptólogos, que tienen que interrumpir su trabajo y ponerse a esto?



INFORMES DEL TRABAJO DE CAMPO.

—Y facilitaría mucho las cosas aquí, además... —dijo la secretaria, observando con desesperación un larguísimo extracto en árabe, que sostenía al revés—. Pero no hay dinero para contratar a nadie más.

—Podrían enviar a alguien que ya estuviera contratado.

Entonces levantó la cabeza y me miró.

—¿Enviar a alguien que ya esté...? ¿Qué quieres decir?

—Solo se me ocurrió pensar que... supongo yo... alguien... que fuera con la expedición a Tell el-Amarna; esa persona... podría proporcionarnos todos los detalles que necesitamos aquí en la oficina: informes, cuentas, archivo fotográfico, ficheros de objetos... todo, ya ordenado, y aún mejor, conociendo la excavación de primera mano. Se ahorraría un montón de tiempo allí y un montón de tiempo también aquí. Todo el mundo saldría ganando.

Pude ver una mirada peculiar en sus ojos, como la de quien apenas se atreve a creer que está a punto de ver la luz. Por una vez, parece que había dicho algo sensato. Allí tenía la oportunidad —pude leerle el pensamiento—, una remota posibilidad, pero una posibilidad, de recobrar su adorada soledad la mayor parte del tiempo, y, además, de reducir parte del trabajo en el origen mismo de sus quebraderos de cabeza.

—Sería interesante saber qué pensaría el comité de dirección —murmuró.

Capítulo II



El comité de dirección se lo estuvo pensando hasta octubre. Y entonces, de repente, decidió que era una buena idea. Iba a enviarse una nueva expedición a Tell el-Amarna en noviembre y yo me enrolé como secretaria del director de campo. Qué bonito suena: evoca la visión hollywoodiense de una esbelta figura vestida de lino blanco, con todos los destellos del mundo reflejándose en el pelo, mecanografiando tranquilamente en una apacible oficina, mientras un grupo de egiptólogos bronceados y sudorosos se pelean con el polvo y el calor.

Pero esta no es una historia de Hollywood. Es una historia real, donde una secretaria —ni esbelta ni sofisticada— se gana a pulso su ración de polvo y calor, y podría haberse echado a temblar si hubiera vislumbrado que sus obligaciones iban a mezclarse —en los escasos momentos libres que podían surgir o no a lo largo del día— con otras tareas inesperadas, entre ellas, labores de escayolista, química, enfermera, delineante, pintora, arqueóloga, restauradora, carpintera y, sobre todo, ¡diplomática!

Pero de todo esto yo no tenía ni idea y aquel día lluvioso de octubre, cuando me dijeron que iba a partir con la expedición a Tell el-Amarna al mes siguiente, semejantes inconvenientes no me preocupaban lo más mínimo.

Semanas después, mis sentimientos eran sorprendentemente contradictorios y lo fueron también aquel día que cerré la puerta de la oficina, mucho más tarde de lo habitual, y me encaminé al sur de la ciudad, hacia la

Escuela de Artes y Oficios. Hacía ya muchos meses que aquel intenso deseo de irme a toda costa a Egipto ya se había difuminado —da igual por qué—; solo siguió siendo un deseo muy real mientras su cumplimiento me resultaba imposible. Ahora que de repente se había convertido en realidad y era un hecho que formaba parte del equipo de la expedición, la vertiente práctica de la vida empezó a revelarse amenazadoramente. Para empezar, yo no conocía a nadie del equipo, porque iba a designarse a un nuevo director de campo, que estaba en ese momento reclutando nuevo personal. El director de campo del año anterior, y su arquitecto, a los cuales conocía muy bien, habían dimitido aquel verano y se habían ido a trabajar con una expedición estadounidense en Irak. Esto significaba que yo empezaría a trabajar en un lugar remoto de Egipto con un grupo mínimo de personas —seis, como mucho, seguramente— cuyas caras no había visto en mi vida, por no hablar de los cerebros que había tras esas caras. «Pero, bueno, tampoco tiene por qué ser un inconveniente», pensaba mientras iba dando patadas a las quebradizas hojas de los árboles que ya inundaban las aceras. Me gusta la gente y casi me gusta más la sensación de conocer a gente nueva cuando salen a la superficie aspectos sorprendentes de su vida mientras la estás conociendo. Pero dejar Bloomsbury a finales de otoño, cuando está más bonito... Ya sentía nostalgia. Cuando entre tus primeros recuerdos está el encanto de un sol matutino con el color de una naranja sanguina, un curioso redondel que se asoma entre la niebla de noviembre; y cuando, un poco después, te recuerdas bajando por Guilford Street metida en una carretilla con un gorrito que casi se confundía con el esplendor de los geranios de los parterres, con ese raro perfume amargo que casi te asfixiaba al sol de mayo, mientras te lleva tu mejor amigo, el jardinero de Brunswick Square, con un sombrero de paja y un delantal de cuero; cuando una tiene esos recuerdos grabados a fuego, muy dentro, Bloomsbury puede resultar muy difícil de dejar, aunque no esté en sus mejores momentos.

De todos modos, estos pequeños obstáculos no eran nada comparados con el que se me presentó justo en el momento en que llegué a Russell Square. Acababan de encender las farolas y el cielo grisáceo del crepúsculo cambió de repente a un púrpura intenso por encima de los ocres y dorados de los árboles iluminados por ellas. Al final de Southampton Row pude ver las luces que empezaban a brillar en las ventanas de la Escuela Central de Artes y Oficios. Tendría que dejar mis clases de dibujo y escultura. El curso comenzaba en octubre y duraba hasta junio, así que me perdería más de la mitad del año. Solo una semana antes había empezado a trabajar en la figura de una niña, a

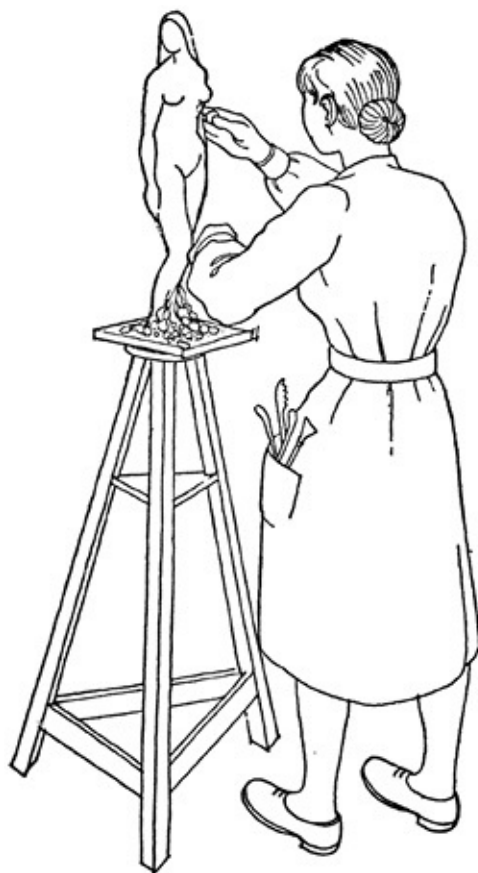
la mitad del tamaño real. Para cuando volviera de Egipto, desde luego la modelo y la pose serían distintas, así que tampoco tenía mucho sentido continuar con ella. Me preguntaba cómo se tomaría la noticia Alfred Turner,^[8] el jefe del departamento de Escultura. El año anterior, en alguna ocasión, sus gruñidos no habían sido del todo desalentadores al evaluar mi trabajo.

Llegué a Theobald's Road (Tibble's Road, para los nativos de Bloomsbury), esperé a que el tranvía-conejo se metiera en su madriguera de Kingsway,^[9] y entonces crucé. Una joven con andares desgarrados cruzó de prisa: llevaba un sombrerito vulgar, por encima de las orejas y un soso abrigo marrón que no le llegaba a tapar las medias arrugadas. Alcanzamos juntas las escaleras de la escuela y entonces la reconocí; casi no me lo podía creer: era la chica que posaba para la clase de modelado del natural. Así vestida, no se distinguía en nada de cualquier otra en medio de la multitud uniforme que se apresuraba a huir del trabajo y volver a sus diminutas casas; sin embargo, yo sabía que allí, tristemente oculto bajo la ropa anodina y el paso agobiado, había un cuerpo perfecto que, cuando posaba inmóvil en el estrado, no tenía nada que envidiar a nadie, ni en sus delicadas proporciones ni en sus líneas firmes pero elegantes. ¿Cuántos de esos hombres y mujeres macilentos, encorvados bajo su indumentaria amorfa, negra, gris y marrón, que avanzan como una riada por las aceras y se cruzan con nosotros, podrían estar ocultando también una belleza insospechada? De repente me di cuenta de lo agradecida que debía estar por tener la oportunidad de alejarme de esta ciudad donde todo el mundo está demasiado ocupado y demasiado cansado para andar erguido y vestir con ropa alegre y colorida.

Subí al último piso y le quité el plástico a la figura de arcilla que estaba a medio hacer en la peana de modelado. Era el mejor momento para la autocrítica: en una impresión rápida, a simple vista, antes de que el ojo se acostumbrara a algún fallo estructural. Di un paso atrás y la miré: apenas estaba modelada todavía, pero tuve la firme sensación de que ya había cierta elasticidad, un torpe dinamismo del que carecían mis primeros trabajos.

—Es un buen principio —dijo Alfred Turner en voz baja, a mi espalda. Me di la vuelta y me sentí muy desgraciada. Ahora estaba segura de que era una idiota yéndome a Egipto. Todas aquellas emociones contradictorias resultaban muy desconcertantes. Pero el señor Turner me ayudó a ordenar las cosas. Le expliqué la situación mientras él, sentado en el borde de una caja de arcilla desechada, me miraba con sus ojos expresivos y melancólicos. Era un hombre de cara cetrina, con un flequillo plateado; siempre llevaba camisas con cuello esmoquin, varias tallas más grandes de lo aconsejable, con las

puntas por encima de una gran pajarita ligeramente torcida. Hablaba muy bajo, con una rara peculiaridad a la hora de pronunciar la *f*.



Cuando le conté mis planes, me limité a aguardar su respuesta, previendo, como mucho, una educada indiferencia.

—Tienes la vida en tus manos —concluyó— y tu capacidad para modelar no se perderá. Ya sabes lo *subiciente* para seguir modelando en tu cabeza... y probablemente serás mucho mejor cuando vuelvas, aunque no hayas tocado ni una mota de arcilla durante meses. Estudia toda las esculturas que veas allí... y *bíjate* en todos los lugares y todas las personas. Ojalá yo pudiera ver una escultura egipcia en su lugar original... y no siempre en los museos. Sí, tienes la vida en tus manos...

Luego me dijo que si me volcaba en el trabajo las tres semanas que aún me quedaban en Inglaterra —dos horas cuatro tardes a la semana, que daban un total de veinticuatro horas de modelado— y conseguía hacer algo que valiera la pena, él mismo me haría el trabajo de vaciado cuando me hubiera ido. Volví al atril y trabajé frenéticamente hasta las nueve y media. Luego la

modelo bajó del estrado, la silenciosa concentración de los alumnos se dispersó y todo el mundo empezó a envolver con trapos húmedos sus piezas. De repente me di cuenta de que no había comido nada en las últimas ocho horas.

Menudo día. Solo quería volver a mi habitación y a su silencio. No hay nada como las profundidades de Londres —si eliges bien— para encontrar un silencio nocturno más profundo que en cualquier lugar del campo. Pasé por el restaurante Red Lion, con sus lamparitas y sus tulipas de colores, que aún brillaban como joyas por las ventanas sin cortinas; subí de nuevo por Tibble's Road, Devonshire Street, crucé un diminuto pasadizo hacia Queen Square y así llegué, cogiendo una calle por detrás del hotel Russell, a Marchmont Street. Pasé por delante de la casa en la que Shelley, partiéndose de risa a la luz de la luna, le rogó a un amigo que le dejara entrar porque lo habían «expulsado de la universidad por ateo».

Los basureros aún no habían empezado su ronda nocturna y las aceras y los bordillos aún estaban llenos de los desperdicios de los pequeños comercios ya cerrados: periódicos rotos, hojas de berzas, pieles de cebollas, paja... Entré en la tienda de comida preparada de la esquina, un sitio muy agradable que nunca cerraba antes de medianoche: lo llevaban dos hermanos, un hombre y una mujer, de cara blanca y oronda y con un delantal blanco y orondo. El local siempre estaba excepcionalmente limpio y, antes de abrir la puerta, ya se disfrutaba su acogedor aroma: una extraña combinación de queso, especias, encurtidos y serrín. Con los nuevos clientes fingían ser continentales:

—¿Una ensaladita *rrrusssa* para madame, sí?

Una vez establecidas relaciones amistosas más profundas, iban abandonando gradualmente esta costumbre y, para satisfacción de todo el mundo, y seguramente también suya, volvían a su verdadero ser; así que esa noche, a mí, una clienta de casi un año de antigüedad, me saludaron con un acogedor «Qué hay, cariño, ¿qué te ponemos?».

Hambrienta y feliz, compré jamón, lengua, ensalada con mayonesa, mantequilla, crema de queso y un nuevo tipo de pan francés. Y, por fin, llegué al oscuro último piso de una casa en Cartwright Gardens donde tenía una pequeña habitación interior. Se veía luz por la ranura inferior de las puertas, pero entré en mi habitación sin que nadie me viera. Por una vez, ningún inquilino —la mayoría mayores que yo, y con trabajos mucho más duros— salió a cotillear alegremente al piojoso pasillo con una bandeja de la cena o

con una tetera, solo para entregarse a una interminable cháchara sobre las cosas que había hecho durante el día. Alcancé el pequeño refugio de mi habitación, dispuse mi espléndida y estafalaria cena —eran alrededor de las once— y pensé en los preparativos para abandonar Inglaterra en tres semanas.

El ruido del tren que me llevaba al puerto seguía estupendamente el ritmo de la vieja canción de *cabaret* que sonaba en mi cabeza cuando, tres semanas después, en parte aterrorizada y en parte entusiasmada, observaba los barrios del sur de Londres, que se iban difuminando cada vez más en los campos de Kent.

—¿Por qué, ay de mí, dejé mi pequeña habitación interior de Blooms-bu-ryyy?^[10]

Capítulo III



El barco dio una fuerte sacudida, se estremeció desde la proa a la popa, resopló como si estuviera frustrado o desanimado y luego se inclinó hacia un costado para echarse una siesta en el acogedor regazo del Mediterráneo. ¿Es que nunca se iba a volver a enderezar? Lentamente, entre gruñidos, se desperezó otra vez, tembló, se tambaleó hasta equilibrar la quilla y, después de una pausa dubitativa, se escoró con un crujido hacia el otro lado. Semejante espectáculo se sucedía una y otra vez bajo un cielo sin nubes. Cierto, el mar estaba picado, era una masa oscura y tumultuosa salpicada de espumas blancas... pero el barco se movía de una manera terrorífica. Ya desde que empezamos a navegar, el día anterior, cuando en el mar no había ni una ola, habían corrido rumores de que la compañía Lloyd's no había querido asegurarlo, que el centro de flotabilidad se había construido demasiado alto, que las cuadernas se habían acortado para ahorrar dinero, y otros detalles igualmente tranquilizadores. Sea como fuere, la consecuencia fue que se quedó en nada el plan para que los pocos integrantes de la expedición se conocieran en el barco y hablaran durante el trayecto de Venecia a Alejandría de la inminente campaña en Tell el-Amarna. Los tres miembros del equipo estaban distribuidos horizontalmente en distintas zonas del interior del barco y no estaban muy interesados ni en conocerse ni en comentar la expedición arqueológica.

Venecia —que ya había quedado atrás, a dos días al noroeste— no había sido precisamente un acierto como punto de partida. Allí había conocido a los dos arquitectos de la expedición y nos habíamos observado con desconfianza frente a unos enormes platos de espaguetis, en un hostel junto a los canales. Los dos eran rubios y con ojos azules y, de algún modo, parecían estar ligeramente enfrentados, lo cual me había llamado mucho la atención, porque yo sabía que apenas acababan de conocerse antes de salir de Londres. Con una botella de chianti de por medio, salió a relucir que Hilary, que parecía el más joven, tenía veintiocho años y Ralph^[11] veintitrés; y en el educado paréntesis que se produjo a continuación me pareció ver una enorme interrogación por encima de nuestras cabezas, igual que las que aparecen en las tiras cómicas, suspendida en el aire, así que me vi obligada a dar la información de que yo tenía veintisiete.

—Claro, no conozco a los demás —dijo Hilary—, pero hasta el momento yo soy el veterano.

El placer ligeramente infantil que le producía semejante idea me obligó a preguntarme si Ralph también tendría la sensación de que estábamos sentados en torno a una minimesa pintada de verde haciendo cosas con plastilina. Me sonrió con una mueca y supe que efectivamente tenía esa sensación.

—Y ¿qué sabéis del director? —pregunté—. ¿Tendrá...?

—¿John^[12]? —exclamó Hilary—. Creo que solo tiene veintiséis.

Me sorprendió mucho. Daba la impresión de que éramos demasiado jóvenes para hacernos responsables de toda una excavación. Pensé en las pocas ocasiones en las que había visto al nuevo director en Londres. De pelo albino, serio, imponente, pero con un aire tranquilizador. Desde luego, parecía que tenía más años de los que en realidad tenía.

—Personalmente —añadió Hilary—, no me gusta mucho la idea de trabajar para un hombre dos años más joven que yo.

—Y ¿qué tiene que ver la edad aquí? —preguntó Ralph malhumorado—. ¿No sabes que también es el conservador jefe de Cnosos? Da igual: conoce bien el yacimiento de Amarna, que es más de lo que podemos decir nosotros.

—Una campaña... y como asistente de campo.

—A lo mejor era un asistente fabuloso —murmuré—. En cualquier caso, no habríamos hecho nada este invierno si el comité no hubiera estado seguro de que es el mejor para el puesto. Esto sí que lo sé. Y estaban seguros.

Concluyó la comida sin mayores discusiones, mientras los reflejos dorados del agua en el canal entraban por la ventana abierta y ondulaban sin cesar en el techo bajo y blanco del restaurante, y el chianti nos susurraba su amable balada del sol meridional.

Todo esto ocurrió dos días antes, y desde entonces casi no habíamos hablado. Al segundo día yo ya estaba harta de mi camarote y de las otras ocupantes. Una era una monja que cerraba la puerta con llave todo el tiempo, seguramente como un gesto de protesta simbólica contra la maldad del mundo; eso me ponía furiosa cada vez que quería entrar; y, como el pestillo iba muy duro, también me aterrorizaba cada vez que quería salir. La otra compañera de camarote era una pequeña enfermera de hospital que había estado muy enferma y la habían enviado al sur para que pasara una temporada de vacaciones y convalecencia. Cada vez que el barco zozobraba, se caía de la litera, generalmente encima de su baúl, que se deslizaba de un lado a otro del camarote por culpa del espantoso movimiento. Luego volvía a escalar a su litera, farfullando:

—Señor, si esto es un crucero de placer, ¡prefiero mil veces un domingo de lluvia en el barrio más asqueroso de Londres!

Cogí una esterilla y unos cuantos libros y subí a la cubierta de los botes salvavidas. No había nadie por allí y, aunque daba vértigo porque estaba muy alto, la estimulante sensación de estar al sol y al aire consiguió disipar los amenazadores mareos. El cielo era de un azul brillante y aterciopelado, y el mar estaba picado, como de tinta azul, menos en popa, donde una amplia estela de espumosas aguas color esmeralda señalaba nuestro paso.

Encontré una tumbona de madera y la protegí del viento todo lo que pude, encajonándola entre la panza de un bote salvavidas y la barandilla blanca. El barco seguía zozobrando violentamente, pero yo ya me había acostumbrado y, de todos modos, ya habíamos avanzado bastante, así que parecía haber posibilidades razonables de llegar finalmente al puerto de Alejandría. Había una profusa mezcla de ruidos y olores. Se oía el incesante ruido de las olas al romper contra la proa y el susurro del agua cuando el barco las apartaba y las dejaba atrás sobre la agitada superficie, entre los crujidos de la fábrica de madera del enorme barco, en su enorme esfuerzo; se percibía el fuerte olor de la pintura fresca y de la madera envejecida, calentada al sol, y, sobre todo, se notaba la sal en el aire, que brillaba entre las gotas de agua en suspensión. La barandilla blanca subía y bajaba, el horizonte lejano se hundía y se elevaba, y las cuerdas y cabos zumbaban con la fuerza del viento. Toda la tensión del

viaje y los agotadores preparativos quedaron olvidados, barridos por el viento como la voluta de humo negro que salía de la enorme chimenea que tenía detrás. Durante un instante me vi gozosamente suspendida entre dos mundos, fascinada en la belleza infinita de un momento perfecto.

Luego recordé la tarea que yo misma me había impuesto para esos pocos días —y que había descuidado hasta ese momento— y saqué del bolsillo del abrigo un pequeño libro verde. Un manual de árabe. Ya me habían dicho que en Tell el-Amarna nadie, salvo el equipo inglés, hablaba nuestra lengua, así que parecía imprescindible aprender al menos lo suficiente para hacerse entender. Yo esperaba no acabar ahí, y que al final no solo ellos me entendieran a mí, sino que yo los entendiera a ellos: esto resultaba muchísimo más interesante. En fin, puede que fuera un plan demasiado ambicioso. Después de un tiempo estudiando el manual, me quedé bastante convencida de que lo era. Para empezar, la mayoría de las palabras parecían salpimentadas con apóstrofes, y tenían la sorprendente manía de acabar en *q*, y una *q* privada de su habitual *u* tiene toda la pinta de estar a medio hacer... como una cara sin cejas. Respecto a los apóstrofes, supe por una menguada y diminuta nota al pie en la página 1 que representaban una vocal, y que tenía que pronunciarse, pero —y esto resultaba un pelín desalentador— nadie que no fuera hablante nativo de árabe tenía la menor esperanza de pronunciarla correctamente. Como ya era demasiado tarde para hacer nada, di por hecho que nunca acabaría dominando semejantes detalles. Así que pasé al vocabulario, y señalé con el lápiz las palabras que entendía que podrían resultar más útiles y que debía aprender primero. *Pan, agua, fuego, casa, dinero...* Parecía una buena serie para empezar. Me aparté cuidadosamente de todo lo que no me resultara útil, pero, por mucho que lo intenté, no pude dejar de fijarme en que la palabra *violeta* se decía *albanafsaji*. Y, como tengo un talento especial, cercano a la genialidad, para recordar los detalles más inútiles a expensas de los útiles, esta fue la única palabra que memoricé. Puedo decir que jamás vi una violeta en Egipto; jamás tuve la necesidad de decir *albanafsaji* por ninguna razón; pero, mientras que las palabras que significaban *pan, agua, fuego, casa y dinero* tuve que metérmelas en la cabeza a martillazos y gracias a un gran esfuerzo de concentración, y guardarlas ahí ejercitándome constantemente, la palabra *albanafsaji* siempre estuvo presente, perfumadita y sin ningún esfuerzo, desde el principio.

Y ¿qué decir de los verbos? Encontré uno que se utilizaba muchísimo, y lo elegí porque era regular y modélico: en fin, el *amar* del árabe, al parecer. Se decía *laff*. Pero, por desgracia, significaba *rodar*. Pasé la mayor parte de la

tarde estudiando este verbo; y, aunque para cuando llegué a Tell el-Amarna aún no podía ni caminar ni correr en árabe, podría haber ido *rodando* de un extremo a otro de la excavación en cualquier tiempo verbal que me hubieran pedido.

A propósito: ¿qué sabía de la excavación en ese momento? Bastante más de lo que sabía solo unos meses antes, pero, aun así, no era más que una idea aproximada y difusa. Cerré el manual y me recosté en la tumbona, con los ojos cerrados, mientras el sol me calentaba la cara de lleno. Era un buen momento para hacer una recensión de la información —bastante desordenada— que había podido recopilar a lo largo de los meses anteriores. Había dedicado buena parte de mi tiempo libre a leer cosas sobre el yacimiento y a ver fotografías, y ya sabía lo suficiente de la historia de Egipto para visualizar el panorama en el que debía situar el yacimiento y su historia. Hoy mucha gente sin conocimientos especiales de egiptología tiene una buena idea general de lo que es Tell el-Amarna y de sus características más relevantes, porque se han escrito muchísimos textos de divulgación y también porque en Inglaterra el punto de partida de la enseñanza moderna de la Historia ha sido remontarse cada vez más para ilustrar los tiempos modernos. Hace mucho tiempo, desde luego, que los estudiantes ingleses aprendieron a mirar sin inmutarse el borroso panorama que se extiende tras la que fuera infranqueable barrera del año 1066 y todo lo sucedido entonces.^[13] Y, a medida que la visión se aclaraba, podían acceder primero a Roma y luego a Grecia en sus cursos infantiles. Pero hoy saben que las raíces se remontan aún más en el tiempo y se estrechan —delgadas pero aún fuertes— hasta Egipto y Babilonia, e incluso más allá.

En todo caso, debe de haber mucha gente que, aunque pueda visualizar aproximadamente el inmenso e inquietante paisaje de la historia egipcia, marcado por ciertos montículos de poder transitorio, ciertos valles de anarquía y los tres grandes picos que marcan sus hitos históricos y que señalan el Imperio Antiguo, el Imperio Medio y el Imperio Nuevo, nunca se ha detenido a observar con detalle un punto concreto de este panorama, y puede que nunca haya oído hablar de Tell el-Amarna, el lugar donde se encontraba la ciudad de Akenatón. Yo había sido una de esas personas, mucho después de los días de escuela. Ahora me balanceaba entre el cielo y el mar, sintiendo ya la quemazón del sol en la cara y en las manos, mientras intentaba reunir y organizar todos los datos que podía recordar.



Como sé que no soy la única en visualizar la historia con una imagen mental con montañas y valles, luces y sombras y cambios de dirección, tal vez sea una simpleza definir el momento histórico de la extraña y breve aventura de Akenatón como las estribaciones más bajas del pico del Imperio Nuevo. La lucha por conquistar y retener un gran imperio, desde Nubia a Siria, les

correspondió a otros y, para cuando él llegó al poder, era ya una aventura del pasado. La figura de Akenatón se situaría en la parte inferior de la gran pendiente con la que se cierra el Imperio Nuevo. La pendiente no se hunde directamente en la nada: ahí está, aunque un poco por debajo de Akenatón, la gran meseta de la dinastía de los Ramsés, poco antes de la nivelación final. Pero, aunque su posición sea elevada, no es obra suya: la conquista fue de sus antepasados inmediatos, aunque la luz que lo ha iluminado siempre es la del sol de occidente.

Dicho de una manera más prosaica: el Imperio Nuevo se extiende aproximadamente desde poco antes del 1500 hasta poco antes del 1000 a. C., y el citado Akenatón gobernó más o menos diecisiete años, desde el 1370. El Imperio Nuevo había llegado a su cenit cuando su padre, Amenhotep III, ascendió al trono.

Cuando Akenatón llegó al poder, la decadencia ya era un hecho. El problema estaba en la frontera; y el heredero de este fabuloso dolor de cabeza fue un hombre que no tenía el menor interés en el polvo y el sudor de la batalla, ni en el poder que las grandes posesiones otorgan. La exposición que propongo a continuación de los hechos posteriores es desde luego una gran simplificación de un acontecimiento sin precedentes en la historia. Porque es la historia de una de las primeras voces que clamó en el desierto que las cosas de este mundo, por las que la mayoría de los hombres piensan que vale la pena luchar, están vacías y su recompensa siempre es amarga.

En resumen, proscribió el antiguo y complejo panteón de sus padres, donde Amón era el dios principal, y lo dejó reducido a la idea de un solo dios creador y mantenedor de todas las cosas. Este dios se personificó en el disco solar, el Atón; Akenatón ordenó que todo el culto se dirigiera al Sol. Aunque su nombre era Amenhotep —era el cuarto Amenhotep de su línea dinástica—, también lo rechazó, y tomó el de Akenatón, «el que complace a Atón»^[14]. Los enfrentamientos y los conflictos en la gran capital, Tebas, entre los sacerdotes y el faraón se habían vuelto insostenibles; había conflictos en el país, conflictos en las fronteras, conflictos en todas partes. Algunos han dicho que Akenatón no fue más que un personaje débil que prefería eludir responsabilidades; otros lo ven como un político inteligente que rompió con los sacerdotes no porque tuviera unas convicciones espirituales determinadas, sino como un medio para laminar su poder, que ya estaba amenazando al del faraón. Pero la realidad surge de las diferencias de opinión entre los críticos y, si bien no nos dicen mucho sobre el verdadero carácter del faraón, al menos resultan muy esclarecedoras y revelan que la decisión tomada por ese hombre

de épocas tan remotas aún puede suscitar enconados enfrentamientos en quienes conocen su historia más de tres mil años después de su muerte.

En el sexto año de su reinado, Akenatón y su esposa Nefertiti —la hermosa dama cuyo nombre significa «aquí viene la hermosa dama»—, sus hijos, sus amigos y todos los que quisieron seguirlos para emprender una nueva vida se embarcaron rumbo al norte desde la enojosa Tebas para ocupar una ciudad recién fundada donde la nueva religión podría florecer sin restricciones. Akenatón había declarado que la ciudad debía levantarse sobre suelo virgen, y en una tierra que nunca se hubiera consagrado a ningún otro dios.

Algunos años antes, poco después de su ascenso al trono, había encontrado lo que deseaba, a unos trescientos kilómetros al norte de Tebas, en la ribera oriental del Nilo, donde un cortado de barrancos jalona las revueltas del río a lo largo de muchos kilómetros. Pero en aquel lugar preciso el talud se retiraba un tanto, formando una amplia curva que volvía a ceñirse junto al río doce kilómetros más al norte. Es como un arco: la mayor anchura de la tierra disponible en ese espacio acotado alcanza solo unos cinco kilómetros. Allí, al abrigo del talud de los barrancos, junto al río portador de vida, la ciudad de Akenatón se levantó a las órdenes del faraón, joven, brillante y sagrada: muelles y puertos, templos y palacios, jardines y arboledas. Allí, bajando por el río desde Tebas, la pequeña flota faraónica echó anclas; y la vida comenzó a florecer en palacios y viviendas donde las pinturas y las escayolas apenas habían empezado a secarse, y donde el martillo y el cincel aún seguían resonando, tallando la piedra con febril actividad.

La ciudad que bautizó como Aketatón [horizonte del disco solar] estuvo viva menos de veinticinco años. Akenatón residió allí once y, tras su muerte, ascendió al trono su medio hermano, un niño de diez años llamado Tutankatón.

Los sacerdotes de Amón no tardaron en actuar. Transcurrieron solo unos pocos años y el joven faraón aceptó cambiarse el nombre, muy significativamente, por el de Tutankamón, y regresar así, para regocijo general, a la antigua capital y a la religión de sus ancestros. Durante un corto período de tiempo, la vida en la ciudad de Akenatón siguió brillando de un modo intermitente: tal vez los que se quedaron pensaran que los días de gloria volverían. Pero nadie volvió de Tebas. Poco a poco la ciudad sucumbió; la arena fue adueñándose de las ruinas vacías y, al final, no quedó más que un gran yermo de suaves dunas ondulantes, dormidas en el silencio y al sol.

Desde entonces, más o menos a mediados del siglo XIV a. C. y hasta mediados del siglo XIX de nuestra era, nada se supo de la ciudad de Akenatón, ni siquiera de su existencia. Allí donde antaño hubo muelles y embarcaderos deslumbrantes a orillas del río, prosperó una zona de cultivo y se levantaron dos o tres aldeas de adobe a la sombra de frondosos palmerales. A su espalda, las dunas se recocían al sol, separadas del río por las palmeras, sin interés para los aldeanos de la ribera.

Un día, en la década de 1880, una mujer de la aldea salió de la zona de cultivos y se adentró un poco en aquellos terrenos desolados para buscar un poco de estiércol. Al hurgar en las dunas, encontró muchos fragmentos de arcilla; y, al ver dibujos y líneas en ellos, se los llevó al otro lado del río; porque, ya por esas fechas, muy idiota tenía que ser un egipcio, por muy humilde que fuera, para no deducir la posibilidad de que allí hubiera una *antika* (restos antiguos o arqueológicos) y algunas monedas valiosas o algo parecido con lo que exprimir a algún traficante gruñón. No se sabe cuánto le pagaron por aquellas piezas, pero desde luego tuvo que ser una recompensa muy poco justa, porque, después de ofrecerlas a varios museos, de ser rechazadas y dar mil vueltas, después de romperse e incluso perderse, la colección de tablillas se identificó finalmente como una serie de «cartas» auténticas dirigidas a la entonces oscura figura del herético faraón Akenatón, que posteriormente se consideraron de la máxima importancia, y no solo por lo que decían. Eran parte de la correspondencia de su «Ministerio de Asuntos Exteriores». Algunas procedían de reyes vasallos que en vano luchaban por mantener las fronteras en el norte del Imperio: imploraban ayuda (una ayuda que nunca llegó) del faraón para rechazar a los enemigos que los acosaban por todas partes.

«Pero ¿dónde se han encontrado estas tablillas?», se preguntaban los traductores, a medida que la relevancia de las cartas empezó a hacerse evidente. El emplazamiento se rastreó sin descanso; después de más de tres mil años, por fin, se descubrió la ciudad que había sido en su momento la fugaz capital de un gran imperio. Luego, a lo largo de varias décadas, hasta mediados de la década de 1930, arqueólogos de diferentes nacionalidades obtuvieron concesiones sucesivas para llevar a cabo prospecciones arqueológicas; redactaron trabajos y fueron revelando gradualmente no solo una nítida panorámica de una forma de vida que difería completamente de las antiguas tradiciones de la religión y del arte egipcios, sino que, sobre todo, dejaba traslucir en cierta medida la personalidad de su extraño promotor.

Y ahí estábamos nosotros, los últimos reclutas del extraño negocio de la arqueología, esta forma de vivir al revés con el fin de añadir algo, por poco que sea, a los conocimientos existentes.

Nosotros éramos los herederos de un yacimiento que para entonces ya era famoso por los trabajos de muchos otros, entre ellos, Petrie, en 1891; y fue allí, durante el período en el que una expedición alemana obtuvo la concesión, antes de la guerra de 1914-1918, cuando se encontró la mundialmente famosa cabeza de Nefertiti, en el taller de un escultor. Sin embargo, aún quedaba buena parte de la ciudad bajo el manto de arena, y hasta que la última casa fuera examinada y el último montón de escombros se hubiera escudriñado, no se podía cerrar nada. ¿Quién sabe qué piezas maravillosas podrían conservarse bajo la arena, en aquellas casas, esperando a ser recuperadas en el curso de la excavación?

Volví a sentir la intensidad del momento en el que vi por vez primera el pequeño azulejo esmaltado con su dibujo de la flor de loto. Aún me sentía un poco cohibida por no conocer al equipo, y un poco triste por dejar a mi chica de arcilla; pero, abriéndose paso entre esos inconvenientes y adueñándose de todo, surgía una innegable emoción, porque cada embestida de aquel viejo y condenado barco restaba algunos metros al camino y más se aproximaba el momento de ver con mis propios ojos lo que quedaba de la ciudad de Akenatón.

Capítulo IV



Nosotros tres nos reunimos en la estación de El Cairo con el filólogo de la expedición, el único miembro, además del director, que era arqueólogo profesional y que había hecho trabajos de campo anteriormente. Su principal ocupación eran, por supuesto, todas las inscripciones que se pudieran encontrar en el curso de la campaña. Pero, como a todo el mundo, iba a afectarle cualquier contratiempo que surgiera; en parte porque el equipo no era lo suficientemente grande para hacerse cargo de tanto trabajo, pero sobre todo porque en una excavación no existen realmente compartimentos estancos: cualquier descubrimiento en un ámbito influye y tiene repercusión en todos los demás.

Tommy^[15], como nosotros tres, no había cumplido los treinta. Era un joven alto, huesudo, con cara de crío y un perfil aerodinámico que parecía siempre dispuesto a apresar, como un halcón, una inscripción esquivada, pero con la mirada alegre y amable de un profesor novato tras unas gafas de montura dorada. Nos dijo que había llegado a El Cairo una semana antes, que había estado trabajando en el museo y que John y su mujer acababan de llegar.

—Están en el Continental —dijo— y supongo que nos encontraremos todos para cenar. He cogido habitaciones para vosotros en el Victoria, donde estoy yo también. Es mucho más barato, y encantador... y, de todos modos, solo vamos a quedarnos tres días.

El viaje de cuatro horas desde Alejandría no había mejorado mucho el estado de mis piernas, deseosas de suelo sólido y firme. El balanceo del barco había perturbado mi sentido del equilibrio hasta tal punto que tardé dos días en recuperarlo, y mi principal recuerdo de El Cairo es el de una ciudad abrasadora con aceras que se movían de un lado a otro.

Nos reunimos en el Continental al atardecer, casi cuando el frío de la noche empezaba a adueñarse de las amplias calles y las enormes palmeras se estremecían a la luz de las farolas. En El Cairo, donde las tiendas ofrecen toda la deslumbrante sofisticación de Europa, y los coches rutilantes se dirigen a toda velocidad al hotel Sheppard's y a la Ópera, Tell el-Amarna parecía encontrarse a miles de kilómetros de distancia, aunque apenas estaba a trescientos. Nos dio la bienvenida la mujer de John: nos dijo que, aunque habían llegado aquella misma mañana, John ya había adelantado un montón de trabajo en lo relativo a la concesión de la excavación, y que había estado hablando con los directores del museo. La señora era una mujer pequeña, de ojos azules y muy alegre, y creo que ambas sentimos cierto alivio al saber que había otra mujer en la excavación.

Por fin llegó John, y entramos a cenar. Al amparo de la conversación, tuve ocasión de observarlo cuidadosamente por primera vez. Era alto, pero con una anchura de hombros que podría rebajar un poco esta primera impresión. Por otra parte, tenía esa constitución esbelta y —de esto ya me había dado cuenta— el paso un poco saltarín de los atletas experimentados; efectivamente, no habían quedado muy atrás las victorias en salto de altura en Cambridge. Sin embargo, ya había indicios del aumento de peso característico de los atletas en su madurez. Y me dio la impresión de que lo mismo había ocurrido con su mentalidad: en aquella primera reunión, apenas reparé más que en unos gestos alegres y desenfadados, mientras nos contaba una anécdota que le había ocurrido a mediodía y que le había resultado graciosa; en ese momento me pareció que no había ninguna relación entre esa persona y el joven absorto y retraído que había conocido en Londres; sin embargo, si se observaba bien, una acababa percatándose de aquella misma fuerza controlada y concentrada, incluso cuando se reía.

Si aquella noche John tuvo dudas —justificables— al ver a aquel grupo de colegas inexpertos y anónimos, desde luego no las manifestó. Solo él y su mujer conocían el yacimiento, pero únicamente habían estado allí un invierno. En su primer año como director, del trabajo que había planificado iban a ocuparse —o a entorpecerlo— cuatro jóvenes desconocidos, tres de ellos sin

ninguna experiencia en excavaciones; además, tenía que organizar y controlar a los trabajadores nativos, más de un centenar.

Hacia el final de la cena comentamos los planes para el día siguiente y un detalle muy sutil se deslizó en el agradable ambiente de la reunión. Hasta entonces solo nos habíamos visto como comensales: una relación agradable, pero no una verdadera relación. Estábamos dispuestos a cumplir cualquier medida con tal de que el trabajo en el yacimiento empezara de una vez. Entonces John dijo:

—He pensado que os podría gustar venir mañana por la mañana al museo, y luego, por la tarde, podríamos ir a las pirámides. Tendremos tiempo suficiente después para hacer las últimas compras antes de trasladarnos al sur.

Por supuesto, todos estuvimos encantados de ir al museo y a las pirámides, y, por supuesto, el «he pensado que os podría gustar...» sugería que uno era perfectamente libre de no ir si no le apetecía. Sin embargo... había algo peculiar en la amable invitación que resultaba inequívoco: se suponía que íbamos a comprometernos y a participar en un programa concienzudo. Éramos compañeros, ya no meros comensales: éramos un equipo de trabajadores subalternos, reunidos en torno a un mapa desplegado en una mesa. Comenzaba la campaña.

Es increíble, pero no puedo recordar casi nada de aquella primera visita al Museo de El Cairo y sus magníficas colecciones, sobre todo porque mi cabeza aún estaba empeñada en navegar en un suelo que no hacía más que moverse. Uno de los funcionarios ingleses nos acompañó: era un hombre pequeño y acalorado, con una mirada vivaracha, encantador; cubría el pelo canoso con un *tarbush* egipcio —un fez granate—, insignia de oficialidad administrativa. Al salir del coche, en el patio principal del museo, se le abrió de pronto el maletín y todos los papeles volaron por la plaza bajo el efecto de una brisa fuerte y repentina. Todos corrimos en desbandada para recoger los papeles: mi contribución se limitó a recuperar varias galeradas corregidas de un libro erudito salpimentado de jeroglíficos y una canción impresa titulada *Ow I'ates women*.^[16]

Naturalmente, dedicamos la mayor parte del tiempo a examinar los hallazgos procedentes de Tell el-Amarna, saludando como viejos conocidos a unas piezas originales que no habíamos visto nunca, pero que nos resultaban muy familiares por las fotografías que teníamos en Londres. Vimos la pequeña cabeza de arenisca de una de las seis hijas de Akenatón, con sus encantadores morritos carnosos y la extraña cabeza alargada. Vimos también

la gargantilla cuya descripción yo misma había descifrado una sombría mañana de febrero. El fabuloso adorno, con seis hileras de cuentas, brillaba levemente, azul de uva y acanto, rojo dátíl, y amarillo y blanco de pétalos florales.

Cuando llegamos a Guiza, por la tarde, descubrí que, aparte de ver las pirámides desde cierta distancia, el plan incluía una visita al interior de una de ellas, la Gran Pirámide, para ser exactos. Como tengo pánico a los lugares cerrados —igual que mucha gente—, la visita fue algo muy parecido a una pesadilla. Pero no tuve más remedio que ir: no podía negarme nada más iniciar mis aventuras en Egipto. Si los demás iban, yo también. Así que apreté los dientes, me dije que era improbable que la Gran Pirámide eligiera aquel martes por la tarde precisamente para derrumbarse, y atravesé con mis compañeros la diminuta y tosca abertura en la cara norte del impresionante coloso. En mi ignorancia, daba por hecho que las cámaras funerarias estarían al nivel del suelo, pero el pasadizo enseguida se convirtió en una larga cuesta, escasamente iluminada por unas cuantas bombillas eléctricas muy distantes unas de otras. El techo del pasadizo era muy alto. En el suelo, unos tablones de madera, clavados a lo largo de la rampa, permitían caminar con seguridad. Por delante iba un guía, y nosotros lo seguíamos de cerca, mientras de vez en cuando un murciélago enorme cruzaba las sombras rozándonos la cabeza. Al final de la rampa llegamos a la excelsa cámara del rey y, delante de la tumba vacía, guardamos silencio frente a aquella reliquia de imponente majestad. Abandonamos la cámara en silencio; bajamos la rampa hasta un punto en el que otro pasadizo se abría a un lado. Esta galería era horizontal y tan baja que no permitía estar de pie. Discurría justo por debajo de la cuesta que habíamos subido antes y se abría a una sala más pequeña. Resultaba muy extraño estar en aquella cámara sabiendo que era el mismísimo corazón de la enorme pirámide. La mampostería no solo nos acuciaba por los lados y por arriba, sino también por abajo. Por fin iniciamos el descenso y, a medida que el brillo del sol comenzaba a filtrarse por las paredes inferiores, se me fue la sensación de ser una pasa —ligeramente histérica— en un bizcocho gigante. Dos días después salimos de El Cairo.

Era casi de noche cuando nuestro tren se detuvo en la estación de Mallawi.^[17] Toda la tarde había ido bordeando la ribera occidental del Nilo, a veces muy cerca del agua, a veces cruzando interminables campos de cereales y algodón. El sol golpeaba sin piedad el techo del vagón. Tuvimos bajadas las persianas del compartimento la mayor parte del tiempo, intentando en vano protegernos de las blanquecinas nubes de polvo que levantaba el tren. Pero ya

teníamos el sabor del polvo en la garganta. Al otro lado del río, el elevado talud de caliza nos acompañó todo el trayecto, a veces a lo lejos, a veces justo en la orilla. En cada estación, grupos de alegres paisanos abarrotaban los andenes, al parecer con el único propósito de entretenerse viendo pasar el tren. Parecían muy alegres y muy distintos de sus compatriotas de la ciudad. Algunos vendían naranjas y compramos algunas porque cada vez teníamos más sed.

En el andén de Mallawi, un joven egipcio, alto y maravillosamente vestido, con una capa púrpura y bordada sobre una túnica impoluta, y un turbante de seda también púrpura, se acercó a nosotros y les hizo las zalemas a John y Hilda. Se tocó primero la frente y luego el pecho con la mano, y seguidamente se dieron la mano. Era Hussein Abu Bakr, empleado de confianza de la Sociedad, que tenía instrucciones de abrir la casa del yacimiento y tenerlo todo preparado. Detrás de él estaban su hermano Abd el Latif, cocinero en la casa, y su sobrino, al que siempre llamamos el joven Abu Bakr y que estaba de aprendiz como chico de los recados al servicio de su tío Hussein. Un poco por detrás de todos ellos vimos a tres o cuatro paisanos, muy sonrientes: el pequeño pero significativo espacio que había entre los dos grupos indicaba claramente que la familia de Abu Bakr, que procedía de Abidos, en la parte norte del Nilo y tenía una gran finca allí, estaba muy por encima de la gente del pueblo de Tell el-Amarna.



John y Hilda dieron las órdenes pertinentes a todo el mundo en un envidiable y fluido árabe. Hussein dijo que había alquilado dos coches para llevarnos, con el equipaje, hasta el río, que estaba a menos de un kilómetro. John aceptó esta disposición práctica, aunque odiaba ir en coche si se podía ir andando, y todos nos las arreglamos para meternos en el primer coche mientras Abu Bakr, su familia y sus tres amplísimas sonrisas, completamente sepultados bajo un montón de maletas, nos seguían en el segundo. Los lugareños nos seguían corriendo, en medio de una nube de polvo. Nosotros estábamos asfixiados, polvorientos y agotados, y el corto trayecto en coche estuvo a punto de desesperarnos. Fue completamente aterrador. Poco después de salir de la carretera de la estación, el camino subía hasta una especie de dique elevado y sin protecciones laterales que avanzaba cuatro o cinco metros por encima de los campos cultivados. En la inundación anual del Nilo, con suerte todos esos campos quedarían bajo las aguas, renovando así los ricos aluviones de limo, que es la sangre y la vida de Egipto. Los diques elevados que cruzan los cultivos son la única manera de recorrer estos parajes sin mojarse los pies. En algunos tramos eran lo suficientemente anchos para que pudiera pasar sin dificultad un coche, pero lo normal era que tal posibilidad resultara dudosa. Al conductor le encantaba comprobar lo rápido que podía girar en las curvas sin volcar. En algunas partes, trozos de dique derrumbados formaban agujeros en los que rebotaban las ruedas. A veces había que esquivar a un camello. Fue maravilloso ver, al final, que el camino descendía entre dos campos y el agua del Nilo corría a nuestros pies.

El río era muy ancho en esa parte y aquella tarde bajaba muy tranquilo. A nuestra espalda, el sol ya estaba cerca del horizonte. Y enfrente, en la otra orilla, una larga hilera de palmeras inmóviles se reflejaba en el agua. Por encima, los barrancos se erguían imponentes, con su dorado fulgor.

Amarrada a un desvencijado embarcadero, cerca de donde estábamos nosotros, había una barca con una pinta muy rara. Durante años había servido a las expediciones que habían trabajado en Tell el-Amarna. Tenía como unos seis metros de largo y parecía hecha con un conglomerado de extraños restos de origen variopinto y de largas tablas y planchas de madera; la habían reparado tantas veces que no creo que quedara nada de la embarcación original. Tenía el mástil inclinado, con una vela enorme enrollada alrededor, como un paraguas plegado sin ningún cuidado. Subimos a la barca con muchas prevenciones y en un tiempo milagrosamente corto todas las maletas estuvieron apiladas dentro. Nos encontrábamos todavía a unos dos kilómetros al norte del yacimiento y, como íbamos a navegar contra la corriente, la

primera parte de la travesía se hizo a remolque: a una señal de Hussein, los aldeanos, que apenas sudaban o jadeaban después de su carrera desde la estación, cogieron una soga muy larga que estaba atada a la proa y se colocaron en fila para tirar de la embarcación a lo largo de un camino bien trazado que corría por la ribera. La vieja *felucca*^[18] emprendió el camino con su apretada carga de pasajeros y maletas. El nivel del agua estaba preocupantemente cerca de la borda.

A veces, los hombres que tiraban del barco caminaban justo al borde del agua y la ribera se levantaba por encima de sus cabezas. Otras, el camino los llevaba más arriba hasta que se convertían en siluetas negras contra el deslumbrante sol del atardecer, y las gotas de agua que se desprendían de la soga refulgían como diamantes. Hussein se puso al timón y se ocupó de que la proa del barco no se acercara demasiado a la orilla.

Luego giramos un poco a la derecha y salimos a otro tramo del río. A lo lejos, en la ribera oriental, los barrancos dorados se iban uniendo en un promontorio que descendía casi hasta el borde del agua. Los palmerales continuaban a lo largo de la ribera, hasta perderse de vista. John señaló:

—Este es el límite septentrional del yacimiento.

Los demás observamos las aguas doradas mientras la barca lentamente se alineaba con la majestuosa atalaya natural de la ciudad.

—Y allí... —añadió el director, señalando hacia el sur, donde, en la bruma vespertina, turbia y gris, apenas visible en la distancia, otro cabo partía del extremo de los barrancos hasta hundirse poco a poco en el agua—. ¿Lo veis? Allí está la punta sur. Akenatón tuvo que rodear aquel promontorio cuando vino desde el sur.

Ahora estábamos justo pasando por el promontorio norte. Los hombres que remolcaban el barco pararon y tiraron de la soga. Con cuidado, fueron recogiendo cabo y dos de ellos subieron a bordo, se colocaron más o menos en el medio de la barca y sacaron un par de remos. Los otros se sentaron en la orilla a esperar pacientemente el siguiente viaje. La falúa cruzó directamente el río hacia un diminuto embarcadero construido justo a la derecha del cabo de tierra.

Todo estaba muy tranquilo y fresco, y era increíblemente bonito. Nadie quiso hablar. El sol se puso. Entonces pudimos ver unas cuantas siluetas vestidas de blanco moviéndose entre las palmeras mientras nos acercábamos. Volutas de humo azul ascendían por encima de las ramas de las palmeras. La falúa chirrió suavemente al rozar el embarcadero y Hussein, con los dos

remeros, nos tendió la mano para que pudiéramos bajar. Un estrecho sendero ascendía hacia el palmeral y subimos en fila hasta un claro bajo la sombra de las palmeras. Hombres, mujeres y niños nos estaban esperando, para ver la extraña procesión, con amplias sonrisas, saludos medio militares y tímidas bienvenidas. El camino no tardó en alcanzar el borde del palmeral. Volvimos a salir a la luz del atardecer. Por delante teníamos un tramo ondulante de dunas ocres. Y, navegando sobre las dunas, como un barco largo y de escasa altura, justo delante de nosotros, encontramos la casa que iba a ser nuestro hogar. Ocre, como las arenas donde descansaba, laberíntica y acogedora; alguien bajaba para iluminarnos el camino con un farol.

Por encima de la casa, los barrancos, que ahora veíamos que estaban bastante alejados del río, brillaban cada vez más y, a medida que nos acercábamos a la casa, cambiaban lentamente de tonalidad al púrpura, rosa y dorado del extraño arrebol del atardecer.

Capítulo V



Me gusta pensar que estuve viviendo en una casa de más de tres mil años de antigüedad. Porque nuestra casa, donde iba a residir el equipo de la expedición, era simplemente una casa restaurada de la época de Akenatón. Para tener una idea de cómo era el yacimiento y de la situación de la casa dentro de él, imaginemos de nuevo el arco de barrancos en el que el río fuera la cuerda tensada. Akenatón había construido una ciudad a orillas del río, así que casi todos los restos arqueológicos se encontraban junto a los cultivos, y debajo de ellos también. La gran curva del arco —los altos barrancos de caliza— rodeaba el emplazamiento de norte a sur, y los extremos de una y otra parte se rebajaban paulatinamente y casi se adentraban en el Nilo, pero dejaban suficiente sitio para que florecieran las palmeras y un polvoriento camino de camellos continuara su trayecto junto al río. Detrás de la ciudad, entre los restos de las casas antiguas y los barrancos, había una gran llanura arenosa, casi semicircular, que llegaba al pie de los barrancos, en cuyas suaves ondulaciones no había edificios antiguos, sino un mar agitado de arena oscura en el que se sumergían unos muros de piedra en ruinas.

Nosotros habíamos entrado en el «arco» casi en el punto más septentrional, escondido entre los roquedales y las palmeras, porque la casa se encontraba bastante cerca del ángulo donde la «cuerda» y el «arco» se unían. Cuando dejamos atrás la oscuridad de los palmerales y salimos al desierto, aún caliente y fulgurante, y vimos la casa allí cerca, con la acogedora luz de

las lámparas, sentí un estallido de felicidad. Después de aquel viaje extraño, asfixiante y agotador por las llanuras uniformes de la parte occidental del Nilo, al cabo de varias horas, la visión de la casa y su entorno produjo un inesperado efecto de bienvenida. Nos detuvimos a la entrada mientras se ordenaban los montones de maletas. Al mirar hacia atrás, hacia el palmeral, pude ver cómo el río aún brillaba débilmente. Hacia el norte y el este, los promontorios guardianes —aún bañados por el sol— alargaban un brazo protector rodeando el asentamiento. Hacia el sur se abrían la gran llanura arenosa y las principales ruinas de la ciudad. John miró hacia allí cuando entramos.

La casa era prácticamente cuadrada, y las habitaciones rodeaban tres lados de un pequeño patio interior. El cuarto lado, el más cercano al río, era solo un murete bajo de medio metro de altura con una abertura en el medio. Este paso conducía a lo que había sido antaño la Galería Oeste, una gran sala que ocupaba toda la parte occidental de la casa, y que ahora estaba a la intemperie. Una la podía cruzar y pasar por el hueco (una puerta en su momento) al patio central. Lo primero que se veía en el patio eran cuatro basas circulares de piedra, bellamente talladas, de poco más de un metro de diámetro y de un palmo de altura, fijadas en el suelo de barro endurecido. Eran los zócalos donde se asentaban unas columnas, porque nuestro pequeño patio había sido en su momento la sala principal de la casa, con un techo sostenido por cuatro columnas altas de madera pintadas de rojo, un techo que se extendía a todas las estancias circundantes, de modo que las ventanas altas dejaban entrar la luz a modo de claraboyas. Se podían ver marcas de pintura roja en las basas, rodeando una cruz tallada cuidadosamente en el centro, marcas que había hecho el cantero para asegurarse de dónde debía ir el centro exacto del pilar. Las paredes originales de la casa, cuando se excavaron algunos años antes, alcanzaban una altura de casi dos metros en algunas partes y estaban en tan buenas condiciones que lo único que hubo que hacer fue construir un poco sobre ellas y retechar las estancias. Todas las salas que rodeaban la Gran Sala (ahora, el patio) se habían construido sobre los cimientos originales siguiendo el proyecto del antiguo constructor, con soportes de madera para el techo —se había prescindido ya de las elegantes columnas, desgraciadamente— que también se apoyaban en las basas de piedra. En la esquina noroeste había una sala bastante grande que solía ocupar el director que estuviera al mando, y al lado, en el extremo sur de la galería, y conectado con las dependencias del director, estaba su despacho, una sala grande, con suelo de tierra, amueblada básicamente con unas estanterías

baratas y una mesa delante de cada una de las dos ventanas, que daban, una, a la galería y la otra, a la excavación.

Las dependencias del director sobresalían un poco del muro exterior de la casa, porque en realidad eran el porche original. Había rastros de dos o tres escalones que subían a esa parte de la casa desde el exterior del muro occidental. Es probable que la familia egipcia que viviera ahí en la antigüedad, o sus visitas, utilizaran esta escalerita para subir al porche, entraran por nuestra oficina (tal vez entonces solo un vestíbulo) y luego giraran otra vez a la izquierda por la puerta de la Galería Oeste para acceder a la sala principal. Nosotros pasábamos directamente por los restos de la galería a través de los huecos abiertos en la mitad de sus dos laterales, lo cual era desde luego mucho más rápido, aunque menos interesante.

Junto al despacho había una sala alargada que utilizaban los arquitectos. El resto de la parte sur estaba ocupada por el salón principal. Era una estancia grande, oscura y fresca, con esterillas sobre la tierra compactada, con dos grandes basas de columnas en el centro, con las que los nuevos miembros del equipo tropezaban continuamente la primera semana, una mesa larga para comer y para trabajar, un sofá egipcio áspero e incomodísimo, con puntas afiladas de bambú que aparecían en los momentos más inoportunos, un par de sillas de mimbre bastante dudosas, unos taburetes de madera y una estantería para libros. En la parte superior del muro que daba al patio había dos pequeñas ventanas cuadradas. En la parte sur no había ventanas, pero sí dos puertas, cada una de las cuales daba a una pequeña sala con un ventanuco con vistas a la excavación. La de la derecha era la sala de antigüedades, organizada con filas de estanterías desde el suelo al techo en cada pared. Esas estanterías eran como un reto silencioso. Ahora estaban vacías, pero se llenarían a lo largo de la campaña, muy poco a poco, día a día; buena parte de lo que encontraríamos serían, ya lo sabía, muestras repetidas de piezas comunes bien conocidas y, sin embargo, siempre cabía la posibilidad, solo la posibilidad, de algún hallazgo inédito, algo que convertiría la pequeña salita de adobe en una cámara del tesoro...

La otra estancia pequeña tenía una mesita baja, dos sillas más de mimbre, desvencijadas, y una lagartija muerta. Parecía como si alguien, hace muchísimo tiempo —probablemente la mujer de un arqueólogo—, hubiera cometido el error de pensar que tendría tiempo para relajarse allí, en Amarna. Era una especie de patético intento de componer una salita de estar. Nadie la había utilizado jamás, y al final la requisé para convertirla en un taller destinado a la limpieza de las antigüedades. A juzgar por lo que podía

deducirse de otras casas del yacimiento, construidas más o menos con el mismo patrón, nuestro salón y aquellas dos pequeñas estancias anejas eran probablemente un vestíbulo con dos habitaciones de invitados.

En la parte oriental del patio se habían habilitado tres dormitorios más y una sala de revelado fotográfico llena de indecibles horrores y olores apestosos.

En la parte norte había almacenes y despensas. Y en la otra esquina, al lado de la galería, estaba la cocina.

Mi habitación personal daba al patio, por el lado oriental. Era una estancia alargada y estrecha, con el sitio justo para una cama plegable, una mosquitera, un lavabo primitivo y una silla plegable. Una ventana diminuta en el muro oriental, muy grueso, daba al elevado talud que nos separaba del desierto. En esta parte, la casa estaba enterrada en las dunas hasta la altura de las ventanas, así que la parte baja de estas estaba al nivel del suelo si mirabas desde dentro hacia el exterior. El vano estaba cubierto con una redecilla fina y resistente que me molestaba muchísimo, hasta que un día Hussein me enseñó en la arena el rastro de una serpiente muy grande que llegaba justo hasta la red. Había una pequeña lámpara de petróleo con un reflector colgada de un clavo en la pared de adobe, y unos cuantos ganchos detrás de la puerta. Tuve que guardar toda la ropa en las maletas. En fin, la habitación era rudimentaria, impecablemente limpia y encantadora.

En cuanto tomamos posesión de nuestras habitaciones, la primera noche, el joven Abu Bakr se presentó en mi puerta con una jofaina de agua hirviendo y la vertió cuidadosa y silenciosamente en el lavabo. Como sus tíos, llevaba una chilaba hasta los tobillos de un blanco reluciente, y un gorrito de tela blanca en la coronilla. Le dije «*Khattar kherak*» un poco atropelladamente: mi librito verde me aseguraba que eso significaba «gracias». Entonces, su carita solemne se expandió con una sonrisa de sandía y se desató en una andanada imparable de bienvenidas y elogios ante el asombroso dominio que yo tenía de su lengua materna. Por suerte, enseguida se retiró haciendo reverencias, así que de momento evitamos una completa desilusión.

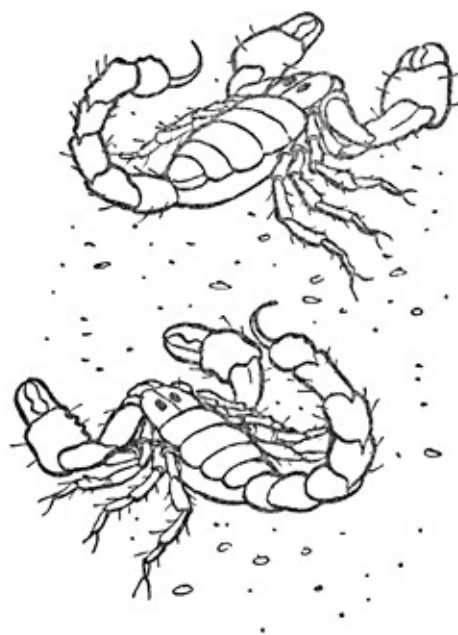
Uno a uno fuimos llegando al salón, y allí se celebró nuestra primera cena juntos en Amarna. Todos estábamos bastante cansados. John, en un extremo de la mesa, Hilda en el otro. Ralph y Hilary ocupaban la zona de la pared, y Tommy y yo nos las arreglamos para sortear las bases de las columnas del otro lado. Una enorme lámpara de petróleo colgaba de una viga, por encima de la mesa. La puerta del patio estaba totalmente abierta y entraba el cálido

aire de la noche. De vez en cuando un saltamontes grande, como un cacahuete con patas, entraba en la sala, daba unos brincos y volvía a salir.



HORA DEL BAÑO

Un movimiento de túnicas, susurrante y acompasado, se fue oyendo desde el patio, y entonces apareció Hussein con una gran sopera, seguido de Abu Bakr, como un sacristán concelebrante, haciendo reverencias con un bol de *croutons* en vez de una bandeja de incienso. La sopa especial de lentejas de Abd el Latif, seguida del pastel especial de espinacas de Abd el Latif (con huevos y queso), seguido de mandarinas y plátanos recién cogidos y un dulcísimo café muy caliente: puede parecer una cosa sencilla, pero aquel menú aún sigue en los primeros puestos de mi lista de comidas memorables.



Después de levantar la mesa, estuvimos charlando un rato. Creo que John estaba emocionadísimo, pero agotado. Se había encargado de todas las negociaciones preliminares y ya nos tenía allí, a punto de comenzar un trabajo de una gran responsabilidad. Debió de preguntarse de nuevo, aquella noche, mientras nos observaba, cómo demonios lo íbamos a sacar adelante. ¿Podríamos comprender lo que él sentía y estaríamos dispuestos a poner todo de nuestra parte para que saliera airoso en su primera campaña como director, o alguno de nosotros —o todos— acabaría dejándolo tirado? No sé lo que pensaba. Lo único que dijo, mientras nos levantábamos para ir a dormir y salíamos de nuevo al patio, fue:

—Nos ocuparemos de la gente por la mañana. Por la tarde bajaremos al yacimiento y veremos si el verano nos ha dejado mucha arena. Hussein dice que los *guftis* irán viniendo a lo largo del día. Podemos acabar de sacar los equipos y eso nos tendrá ocupados hasta la noche. Así que podremos empezar a excavar pasado mañana. Buenas noches.

Hilda añadió que no nos preocupáramos por los chacales si los oíamos aullar. Vivían en el desierto, en lo alto del barranco, y a veces bajaban por la noche a beber agua. También nos recomendó que rociáramos nuestras mosquiteras con un aerosol que encontraríamos en las habitaciones. Y que sacudiéramos bien la ropa por la mañana, por si algún escorpión aventurero había buscado un poco de calor por la noche. Esto me preocupó un poco. Pero mi habitacioncilla vacía parecía muy acogedora y segura a la luz tenue de la lámpara de queroseno. En la puerta, me volví y miré al exterior. Se veían el

patio y los muros bajos de la galería, hasta el río. El patio estaba completamente a oscuras, pero la luna llena asomaba justo por encima de los barrancos, a mi espalda, y lo iluminaba todo. Los palmerales junto al río eran de plata y gris —el río centelleaba entre los troncos de los árboles— y, hacia el norte, el cabo deslumbraba en blanco.

Por fin me metí en la cama, aferrada a mi aerosol antimosquitos, y empapé la mosquitera hasta que casi empecé a zumbar como un mosquito moribundo. Luego remetí las puntas por debajo del colchón, alrededor de la cama, y me hice una pequeña tienda de campaña. Resultaba un poco asfixiante, pero me sentí muy segura. Entonces me di cuenta de que la lámpara aún estaba encendida, así que volví a deshacerlo todo. Pensé en el riesgo de acabar pisando un escorpión en la oscuridad. Así que descolgué la lámpara y la puse al lado de la cama, y me metí en mi capullo otra vez, dejando un huequito solo para llegar hasta la lámpara. Y la apagué. Todo estaba en completo silencio, tanto que pude escuchar un leve murmullo en mis oídos, producto del cansancio del día.

Un rayo azul de luz de luna recorría la pared. Se oían unos levísimos arañazos en un rincón. ¿Los escorpiones rascan las paredes? Yo no lo sabía, pero esperaba que en Egipto hubiera cosas más agradables, como ratones, por ejemplo. Y ¿qué demonios eran los *guftis*? «Los *guftis* irán viniendo a lo largo del día.» ¿Tenía que saberlo? Puede que fueran los que desempaquetan el material, o camellos, o inspectores del Ministerio de Antigüedades. Tenía mucho sueño. Pero de repente me desperté sobresaltada. En la lejanía, un leve y agudo aullido rompía el silencio. Luego oí otro aullido, y luego otro... y me pareció que una confusa turba de almas en pena vagaba por las ruinas, a nuestro alrededor, llorando por su vida y hogar perdidos. Un perro ladró furioso, y los aullidos cesaron. El profundo silencio volvió a adueñarse de todo. Y recordé las palabras de Hilda: «No os preocupéis por los chacales si los oís aullar». Chacales. Cualquier explicación era reconfortante en ese momento, y me sentí mejor. Volví a tener mucho sueño. Menudo día. Escorpiones. Chacales. *Guftis*. Los *guftis* van a venir, qué bien, hurra, hurra. Vi al joven Abu Bakr subiendo por la Gran Pirámide con una jofaina de agua caliente. Pero no sé si consiguió llegar arriba.

Capítulo VI



Me levanté con la sensación de que era domingo. Cuando una está acostumbrada a despertar en Bloomsbury, la ausencia de tráfico y de gente en la calle es lo que primero te indica que no es un día de diario. Pero Amarna era así siempre. Silencio; y un sol de justicia en el patio cuando lo cruzabas en busca de café y huevos.

Fue curioso, en aquel primer desayuno, ver cómo había reaccionado el personal a la cuestión de la Indumentaria Apropiada del Arqueólogo. No será necesario apuntar que la manera de vestir daba pistas sobre la personalidad de cada cual. John llevaba una camisa de un rosa vivo y unos pantalones cortos militares, con un cinturón de muchos colores de piel trenzada; también salió con el pelo despeinado, en vez de engominado. Parecía una persona completamente distinta a la que había conocido antes de llegar a Amarna, y mucho más accesible. Entonces yo no sabía cuánto le gustaba la historia medieval: cuando garabateaba en un papel, cosa que hacía casi siempre mientras evaluaba o sopesaba alguna dificultad en la excavación, sus dibujos eran casi siempre caballeros con armadura, yelmos emplumados o caballeros andantes del siglo XV, con preciosos sombreros engalanados cuyos penachos llegaban hasta el suelo. Tras su fachada habitual de hombre tradicional de escuela y universidad públicas había un personaje que suspiraba por un jubón acuchillado en vez de por un traje con raya diplomática. Creo que sus camisas de colores chillones —todas las camisas que llevó a Amarna eran rosas o

verdes o azules— eran una especie de reivindicación. Amarna para él no era solo una excursión profesional al pasado y la antigüedad. Era también una elección personal para dar la espalda, por una temporada, a los aspectos menos románticos del presente.

Tommy, por su parte, parecía exactamente el tipo de embrión de profesor en el campo de trabajo. Muy aseadito y aparente con su camisa y pantalones cortos de color caqui. Ralph, que no parecía dispuesto a hacer concesiones, iba como un inglés en cualquier sitio de Inglaterra: llevaba un chaleco negro de punto encima de una camisa blanca y unos pantalones de franela gris. Podría estar desayunando en un estudio de Chelsea o en un *pub* de Cotswold. Pero Hilary era la estrella del grupo. Bajó a desayunar el último, y parecía que acabara de encontrarse con Livingstone. Llevaba un salacot recién estrenado que dejó con mucho cuidado en la estantería; y vestía una preciosa guerrera caqui con un cinturón que definió como «de campaña». Tenía un montón de bolsillos, llenos de muchísimos útiles que casi no le permitían moverse; creo que el cinturón también tenía hendiduras para cartuchos. Incluso asomaba un cañón del bolsillo de la cadera, hasta que John lo vio y le dijo amablemente, pero con firmeza, que se deshiciera de lo que llevara allí.

—En la excavación no, amigo mío —dijo—. ¿Qué impresión íbamos a dar? Quizá para los chacales del desierto, si quieres.

Hablamos de los chacales de la noche anterior. Entonces entró Hussein y dijo que habían llegado los *guftis*, y yo casi salí corriendo con la boca llena. Entonces John dijo algo que evidentemente significaba «Diles que pasen», porque entendí «*taal hina*», que yo sabía que significaba «venir aquí». En Palestina y en Siria *hinna* se transformó en *honi*, de modo que allí se dice «*Taal honi*», e incluso «*Taal ho*»; pero poca gente sabe que, cuando los cazadores ingleses gritan a sus perros «*Tally ho!*» en el campo, es un eco de las cruzadas, cuando los guerreros volvían a Inglaterra desde Palestina y les gustaba adornarse con frases que habían aprendido en países lejanos. Aquellos combatientes son probablemente los antepasados espirituales, si no los verdaderos ancestros, de toda la gente que una conoce y que, jubilados o de vacaciones en Oriente, vuelve a Inglaterra hablando del *tiffin* y de la *memsahib* («almuerzo» y «señora», especialmente en la India).

Al final resultó que los *guftis* eran unos veinte hombres de la pequeña población de Guft, cerca de Lúxor, a unos trescientos kilómetros al sur. Guft es una variante del nombre de la ciudad de Koptos; los coptos son los cristianos egipcios y, según la leyenda, su primera iglesia la fundó el

mismísimo san Marcos. Antiguamente era una floreciente ciudad comercial, situada en el extremo occidental de una ruta de caravanas que atravesaba el desierto hasta la ciudad costera de Quseir, en el mar Rojo. Hoy, perdida su prosperidad, se distingue por otro aspecto curioso. Es la cantera de la que se extraen los excavadores nativos más expertos. La razón es que Petrie, que hizo excavaciones en Egipto cuando era joven, empezó a adiestrar a un pequeño grupo de la localidad para que trabajara bajo su dirección; y, a partir de entonces, se han transmitido esas técnicas de padres a hijos y a nietos, de modo que hoy se les contrata para distintas excavaciones, y se puede decir que son los suboficiales de los yacimientos arqueológicos: aunque son empleados externos, a veces son más expertos y entendidos que los jóvenes asistentes de campo europeos que están en prácticas. Pueden sacar a la luz el plano de un edificio enterrado —por muy en ruinas que esté— del aparente caos. También dirigen un grupo de lugareños cuyo principal trabajo es precisamente retirar los escombros fuera del muro que los propios *guftis* trazan con sumo cuidado.

Estaban en fila detrás del pequeño parapeto de la galería; eran, en general, hombres altos, con túnicas azul oscuro o negras, y llevaban unas varas largas. Lucían brillantes turbantes blancos, enrollados en la cabeza con una milagrosa habilidad y una dignidad romántica. Por lo común, un extremo del tocado sobresalía como un penacho, mientras que el otro caía a un lado de la cara. Si hubieran sido de piel clara, cuando salimos a recibirlos casi habríamos tenido la impresión de haber vuelto a nuestro siglo XV.

El jefe era Umbarak, un anciano con muchas arrugas que parecía un poco preocupado; había venido con tres hijos: Mohamed, enjuto y tranquilo; Mahmud, de complexión más delicada y nerviosa; y Kasar, un adolescente muy guapo con unos ojos maravillosos y un rizo azabache que asomaba de su elegante turbante. Durante la campaña, los *guftis* vivían en una casa pequeña cerca de la nuestra; en realidad era una especie de cobertizo perteneciente a la antigua residencia.

Esa mañana, detrás de ellos, grupos de hombres, y de niños y niñas, andaban curioseando o esperaban en cuclillas; y desde las plantaciones venía más gente, a veces en burro. Todos pertenecían a las dos aldeas de los campos de cultivo de Amarna, Et Till, la más cercana, y Hagg Qandil, a unos pocos kilómetros al sur. Se había corrido la voz de que el *mudir* —el director— iba a contratar a los trabajadores.

Dedicamos la mañana a la selección de unos setenta y cinco hombres, para empezar. Primero, los que tendrían que hacer el trabajo duro de la excavación con un azadón corto de hoja ancha llamado *tourieh*; y luego escogimos a los niños (y niñas) que se encargarían de sacar los escombros en cestas. Se sentaron en un gran semicírculo, fuera del murete, y los *guftis* nos ayudaron en la selección, señalando a los que ya habían participado en campañas anteriores. Se descartó a aquellos de los que se sabía que habían sido despedidos por no ser honrados. A todos los elegidos se les dio una tarjeta impresa que era tan vital para ellos como el carné de los trabajadores ingleses. Los observé cuando se fueron levantando uno a uno, como escolares cuando suben al estrado en la entrega de premios del curso. Recibían la tarjeta con una amplia sonrisa en general, a veces con un saludo militar, otras con unas palabras de digno agradecimiento; y luego se retiraban calladamente, estudiando la preciada papeleta por todos sus ángulos, hasta que finalmente la doblaban y se la guardaban en algún pliegue de sus mugrientas túnicas.

Entretanto, yo me dedicaba a hacer una lista de todos sus nombres con el sueldo que había que pagarles. En cierto sentido era sencillo, porque todo el mundo se llamaba Hussein o Alí o Mohamed o una mezcla de los tres, pero por alguna razón era imprescindible llevar determinado orden, como comprobé cuando más adelante descubrí cómo funcionaba el sistema de pagos, que en breve era así: la tarjeta estaba impresa con seis divisiones, una para cada día laborable de la semana; tenía también una sección señalada con la palabra «Multas» y otra para las «Propinas». Al final de la jornada, en el yacimiento, el miembro del equipo que estuviera al mando ponía en fila a los trabajadores y hacía un agujero en la tarjeta con una perforadora especial en forma de estrella. En campañas anteriores, la jornada se marcaba sencillamente con un lápiz, hasta que algunos de los trabajadores descubrieron que podían hacer estupendamente ellos las marcas con un lápiz, a poco que practicasen. Uno se entusiasmó excesivamente con esta técnica particular para cobrar con facilidad y presentó una tarjeta en la que había trabajado dieciocho días en una sola semana. Fue su final como trabajador y el comienzo del uso de la perforadora metálica con una marca estrellada. Tanto las multas como las propinas se tasaban y se escribían en el momento en que se producían. Las multas se imponían por faltas menores de disciplina, y las propinas eran recompensas por algún trabajo de excavación especialmente cuidadoso, o por haber encontrado un objeto mientras excavaban. La principal razón para estos sobresueldos era eliminar la tentación de contrabandear con los hallazgos o de venderlos a algún tratante.

Resultaba difícil establecer la tarifa de las propinas para algunos objetos, pero tenían que ser ligeramente superiores a lo que probablemente ganarían vendiéndoselos a un traficante de antigüedades. La cantidad se reducía si el objeto se había dañado imprudentemente en el curso de la excavación. Estas disposiciones habían tenido el efecto benéfico de que los hombres tuvieran todo el cuidado posible cuando notaban que el *tourieh* tocaba algo sólido oculto en la arena.

La palabra *baksheesh* (propina) es la voz favorita en el mundo egipcio. Un día que pasábamos por delante de una casa de adobe, un niño pequeño que había en la puerta se sacó el dedo de la boca, nos tendió su mano diminuta y empezó a gritar: «*Bashkeesh, bashkeesh*». Se oyó entonces un grito de espanto de la madre, dentro de la casa: «*La, la, habibi!*» (¡No, no, cariño!); «Se dice *BAKSHEESH, BAK-SHEESH*». Es evidente que el niño acabaría aprendiendo bien la palabra, porque no parecía que le enseñaran otra cosa. La mujer sabía cuáles eran sus obligaciones como madre.



DÍA DE PAGA

Cada semana se recogían las tarjetas y buena parte de la tarde se dedicaba a sumar los totales del tiempo trabajado, con las propinas añadidas y con las multas restadas. Casi todo el mundo, por consiguiente, cobraba diferentes cantidades el día de la paga. Así que me tocaba ser especialmente cuidadosa.

Si Hussein Alí Mohamed había estado enfermo dos días, no podía confundirlo con Alí Mohamed Hussein que había trabajado todos los días y había encontrado dos buenos amuletos; y este no se lo tomaría muy bien si se confundía su tarjeta con la de Mohamed Alí Hussein, que había llegado tarde a trabajar un día y le había dado un soplamocos a un compañero.

Una vez completada la lista de los hombres que iban a cavar con las azadas, empezamos con los chicos. Los chicos parecían hombres en miniatura, con pequeños turbantes o gorritos redondos de fieltro marrón, y pantalones tobilleros blancos (que *fueron* blancos sería una descripción más ajustada). Las niñas iban muy alegres a pesar de los pañuelos negros que les cubrían la cabeza: vestían largas túnicas de algodón, de manga larga, de distintos colores, que les llegaban hasta los piecillos sucios; de vez en cuando se adivinaba el destello de algún brazalete barato en la muñeca o en el tobillo, y a veces un llamativo pendiente en un agujero de la nariz. Venían una a una, algunas muy tímidas, unas cuantas realmente guapas, y todas con risitas. Todo el mundo estaba contento, desde luego. Incluso el sobrio *gufti* que iba presentándonos a las chicas una tras otra, como debutantes en un baile, se permitió una grave sonrisa cuando una niña radiante dijo que su nombre era «Um Mohamed, Um Mohamed, Um Mohamed»: tres veces madre de Mohamed; y todos los que la oyeron claramente pensaron que estaba gritando.

Cuando por fin se completó la lista de los trabajadores, la multitud se disolvió entre los cultivos, y se llevaron consigo sus diez millones de moscas. Abd el Latif salió corriendo de la cocina, dando voces y aceleró la estampida haciendo uso de un rociador de insecticida. Odiaba las moscas, lo cual hacía de él una excepción única entre sus compatriotas, y un gran alivio si se pensaba en su cocina primitiva.

Después de comer nos pusimos en marcha y fuimos a la excavación; avanzamos a la sombra de las plantaciones mientras el sol hacía su camino al otro lado del río.

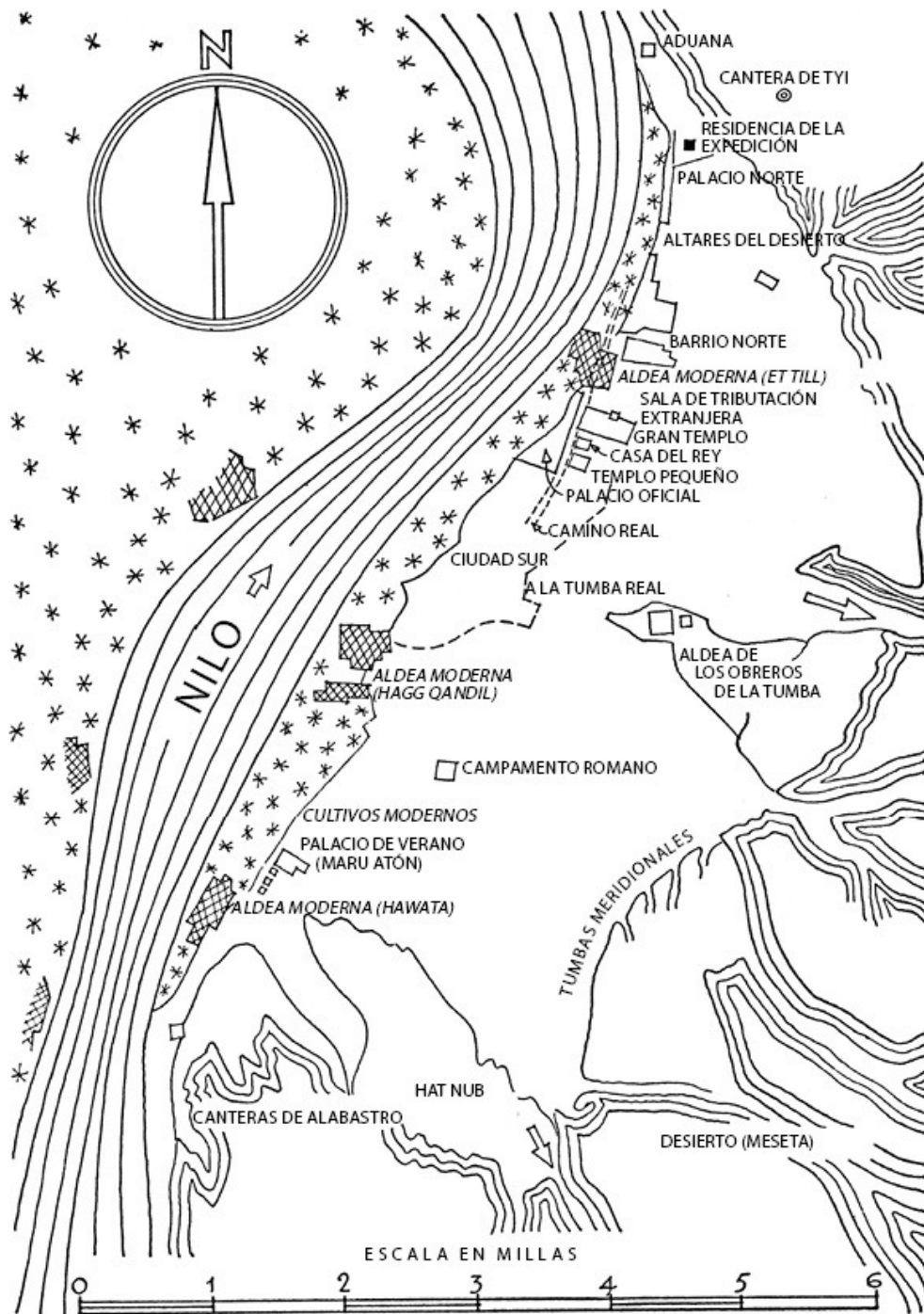
Fue la primera de las innumerables caminatas que llegué a hacer por el mismo sendero. Al recordarlo, pienso que lo poco que aprendí de egiptología lo aprendí por las malas. La mayor parte del sendero estaba trazada a pleno sol. Empezamos a andar juntos: John nos iba contando alguna teoría o algún plan mientras iba saltando por el terreno irregular y todo el mundo lo escuchaba. Luego empezó a complicarse la cosa, porque él seguía hablando, y se estaba quedando solo en cabeza; únicamente Tommy conseguía seguirle el

ritmo, y los demás apretábamos un poco el paso si la conversación nos concernía o era de vital importancia para nuestro trabajo, o nos rezagábamos si no era así. Hilda y yo nos tomamos nuestro tiempo para hacer el camino contemplando cómo las camisas de colores y caquis que iban por delante se alejaban triscando por las dunas de arena. Cuando por fin llegamos a la excavación, John seguramente les estaría diciendo a los supervivientes algo como «Y debo decir que esto lo demuestra claramente» o quizá «Bueno, dadas las pruebas, no creo que se pueda llegar a más de diecisiete, como mucho». Nadie podía asegurar bien, en este punto, mientras jadeábamos, qué era lo que demostraba qué o por qué no se podía llegar a más de diecisiete y, en fin, ¿diecisiete qué? Así que esperábamos que empezara otra vez. Todo resultaba muy confuso e hipnótico al principio; y pensé con tristeza que me enteraría de muchas cosas más sobre la excavación si midiera 1,70 en vez de 1,60.

Ese primer día John nos explicó su plan para toda la campaña. El trabajo principal consistiría en enlazar con la campaña del año anterior y continuarla; los trabajos se habían concentrado en un grupo aislado de edificios conocidos como el Barrio Norte, más o menos a un kilómetro y medio de la residencia de la expedición. Sin haber visto nada aún, yo tenía una idea aproximada de la zona, porque en la Sociedad había mapas con el plano general de la ciudad.

El núcleo de la ciudad antigua había ocupado la parte central del «arco» junto al Nilo y, por supuesto, era la parte que se había construido primero. Yo sabía que allí, a unos cinco kilómetros de nuestra residencia, se encontraba el palacio de Akenatón, a orillas del río. Una gran avenida principal partía hacia la zona oriental y un puente elevado, sobre la avenida, lo había conectado en su momento con su templo privado, y también con otra Casa Real, las residencias de los sacerdotes y los almacenes. Al norte de este complejo estaba el Gran Templo, con residencias importantes y estancias oficiales anejas. Justo al lado del templo privado estaba el «Ministerio de Asuntos Exteriores» y fue allí, precisamente, donde se encontraron hace mucho tiempo las famosas tablillas de arcilla: la correspondencia con los emisarios en el extranjero que desvelaron por primera vez la existencia del yacimiento. Un poco al sur había otra zona de mansiones particulares pertenecientes a cargos importantes de la administración, y allí estaba también el taller del escultor donde la expedición alemana había encontrado la soberbia cabeza de Nefertiti.

TELL EL-AMARNA ALTO EGIPTO



CIUDAD DE AKETATÓN 1375-1350 A. C.

Más al sur todavía, a unos tres kilómetros de la ciudad, Akenatón construyó un palacio de verano cerca del río para retirarse a descansar y divertirse; tenía un gran estanque poco profundo rodeado de árboles y flores,

y allí podía navegar en su barca de recreo, tomar un refrigerio bajo las palmeras mientras sus seis hijas pequeñas jugaban al lado de él y de Nefertiti y, al menos durante un tiempo, podía olvidar sus graves responsabilidades.

Todo el sur y las partes principales de la ciudad ya habían sido explorados por varios grupos de arqueólogos. Flinders Petrie había hecho un enorme trabajo en 1891, pocos años después del descubrimiento de las tablillas. En el palacio de Akenatón había descubierto el pavimento pintado, uno de los ejemplos más evidentes de la sorprendente ruptura con las tradiciones del arte egipcio que para muchos constituye la principal razón de la fascinación del período de la capitalidad de Amarna. El pavimento cubría unos veinticinco metros cuadrados pintados con escenas naturales, elegantes, vívidas y encantadoras, con colores delicados y vivos. Había pequeños terneros retozando, brincando entre los arbustos floridos y los juncos para llegar al agua fresca donde nadaban los peces y las grandes flores de loto se balanceaban en la corriente ribereña. Y, espantadas por los traviesos terneros, las aves acuáticas levantaban el vuelo, desde los arbustos, con sus patas finas y las grandes alas abiertas, las garras encogidas y los ojos brillantes y asustados.

Petrie, con su maravilloso talento práctico y su energía, conservó la mayor parte de ese suelo *in situ*, para que los visitantes pudieran verlo con todo detalle. Afortunadamente había muchas zonas sin pintar en el suelo, los espacios cuadrados donde habían estado las columnas en su momento, así que allí pudieron disponerse apoyos de escasa altura para sustentar pasarelas y barandillas para que el visitante pudiera pasear por encima del pavimento sin tocarlo. Petrie ideó este procedimiento también porque no podía confiar en que los obreros locales no arrastraran los tablonés y las herramientas sobre la frágil pintura.

Cubrió toda la superficie con una delgadísima capa transparente de almidón, y la extendió con el dedo, porque se dio cuenta de que incluso el más leve toque con una brocha desprendía el grano de la pintura. Fue un fabuloso ejemplo de paciencia... pero ¿qué ocurrió? Unos veinte años después, un agricultor de los campos que había entre el embarcadero y el palacio se puso furioso cuando los turistas que iban a ver el suelo pintado le pisotearon la cosecha. Al parecer nadie pensó en hacer un camino entre los cultivos. Así que una noche el campesino subió al palacio y destrozó el suelo pintado. Lo único que queda hoy de aquel hallazgo único son los dibujos y pinturas que hizo y publicó Petrie, y los pequeños restos del original que consiguió recuperar y llevar al Museo de El Cairo.

En fin, el lentísimo avance de los arqueólogos había ido subiendo desde el sur del yacimiento a medida que pasaban los años, descubriendo una manzana de casas aquí, un edificio oficial allí, avanzando y deteniéndose, avanzando y deteniéndose, conforme transcurrían las cortas campañas de excavación.

Caminábamos hacia la zona meridional, aquel caluroso día de verano, y parecía que nos dirigíamos al punto donde aquellos fantasmales pioneros habían concluido su trabajo, donde nos estarían esperando para que ocupáramos nuestro puesto en la formación, diéramos media vuelta y volviéramos a iniciar el lento avance hacia el norte: cavando, limpiando, planificando, midiendo, descubriendo y publicando.

Este punto concreto estaba cerca del barrio norte, que se encontraba, como he dicho, un poco por encima del núcleo principal de la ciudad, solo separado de éste por una depresión en el terreno, amplia pero no muy profunda, un *wadi* seco. Una parte de los trabajos en este barrio ya se había completado en la campaña anterior, con registros y planos ya listos para la publicación. En otra zona pequeña se había empezado a excavar, pero aún no se habían completado los trabajos; y la mayor parte estaba completamente sepultada por arena de más de tres mil años, intacta, durmiendo al sol. Esta era la parte a la que primero se llegaba desde la residencia.

Conseguimos abrirnos camino entre la confusión de montones de arena; en algunas partes los ladrillos del mismo color que la arena rompían la habitual superficie ondulada y la convertían en un terreno quebrado y anguloso. Mi emoción era más o menos así también. Al final llegamos al lugar exacto. La cruda realidad de lo que la expedición estaba a punto de emprender se apreciaba allí de un modo claro y meridiano, por encima de la trivialidad de las nuevas experiencias y los exóticos acontecimientos de los últimos días, que, aunque se relacionaban desde luego con la excavación, habían enturbiado un poco la verdadera razón de nuestra presencia. Tenía aún la cabeza llena de detalles administrativos (nuestras compras de material en El Cairo habían sido solo dos días antes) y para mí, en ese momento, los libros de cuentas eran mucho más importantes que Akenatón, los registros eran más decisivos que Nefertiti y la nueva máquina de escribir me parecía más relevante que el Imperio Nuevo. Había tenido que concentrarme como una loca en todos estos detalles, intentando no cometer errores y no olvidar nada en el corto tiempo disponible antes de ocuparme de cualquier otro asunto. Aún estaba, pues, en actitud «secretaria mojígata» cuando llegamos a las casas enterradas del barrio norte.

Dejamos esta zona atrás y continuamos un poco para echar un vistazo a la parte del barrio que ya se había excavado. Incluso para un verdadero egiptólogo, aquello debía parecer bastante ruinoso, porque la arena del verano anterior se había colado en las estancias y en los pasillos y había cubierto los muros más bajos, difuminando los contornos y las esquinas. A mí me pareció horrible, por mucho que estuviera acostumbrada a las fotografías que llegaban a la oficina de Londres; y, de todos modos, las fotografías al menos se habían tomado inmediatamente después de que las estancias estuvieran perfectamente limpias y despejadas. Para un turista que se hubiera acercado entre una campaña y otra, sin un guía que se lo explicara debidamente — como hacían la mayoría de los turistas—, a menos que tuviera un buen conocimiento del lugar y de su historia, y la imaginación de un vidente, las ruinas habrían resultado incomprensibles.

La mayoría de los muros apenas levantaban un metro del suelo. Pero todas las puertas, pasillos y estancias, y las callejuelas entre las casas aún estaban despejadas, y pudimos entrar y salir por ellas y escuchar a John mientras nos explicaba algunos de los detalles más interesantes. Era en buena medida casi como visitar un piso piloto, donde las paredes solo están empezando a construirse y el plano es lo único que se puede apreciar, pero muy poquito más, y uno puede ver por encima de las paredes a otras personas, de cintura para arriba, y en otras casas.

Además de la gran avenida principal que recorría todo el yacimiento junto al río, había un par de caminos más pequeños paralelos a ella, pero tierra adentro, conectados por otros caminos transversales, que iban de este a oeste, de modo que las casas se organizaban en grandes manzanas más o menos rectangulares. Los propietarios de las casas más grandes y mejor construidas se habían apropiado de los mejores emplazamientos, porque construyeron sus edificios junto a las avenidas, al norte, al sur, al este y al oeste: al principio, por tanto, había espacios vacíos en medio de cada manzana. Poco a poco estos espacios se fueron llenando con casas menos ampulosas; las mejores estaban lo más cerca posible de las avenidas, mientras que en el centro se apelotonaba un lío de casuchas y tugurios, con diminutas callejuelas y retorcidos callejones que discurrían entre los muros de las grandes mansiones, porque ese era el único medio de acceder a las avenidas principales. Esto era imposible verlo desde una altura de 1,60 sobre el nivel del suelo. A mí todo me parecía un revoltijo caótico de muros bajos grises y pardos, dispersos a lo largo de centenares de metros. A falta de un helicóptero, que sería el modo ideal de contemplar cualquier yacimiento arqueológico, sobrevolándolo

despacio y a la altura deseada, yo entendí que lo único que podía hacer era estudiar cuidadosamente los planos de las casas y luego intentar poco a poco identificar las paredes con los trazos dibujados.

Esto suena más complicado de lo que era. En realidad, era muy sencillo. Todo el yacimiento se había cuadrículado hacía mucho tiempo y se había dividido en un sistema de cuadrados imaginarios a los que se les habían asignado letras y números, como un mapa de Londres. Cada lado de la cuadrícula medía doscientos metros. Las letras se ordenaban de oeste a este y los números de norte a sur. Así que si decíamos que una casa estaba en T.36, por ejemplo, su situación en el yacimiento se identificaba inmediatamente. Y luego, a medida que se iba excavando, a cada casa se le adjudicaba un número de serie concreto, además de su posición en la cuadrícula, como por ejemplo, T.36.1, y así sucesivamente. Muchas de las casas que se habían excavado y limpiado metódica y pacientemente, y se habían numerado y clasificado, tenían poco o ningún interés, y por tanto sus referencias fueron cayendo en el olvido. En cambio, otras eran muy interesantes, bien por su espléndido trazado o por algún rasgo especial, o por los hallazgos que habían deparado y que envolvían en una especie de aureola de fama su número de identificación. Es curioso lo emocionante y querida que aún me resulta la clave T.36.68, incluso ahora, tantos años después. Se debe sencillamente a lo que encontramos en una de sus estancias: para mí es un nombre más cercano y tiene más repercusiones personales que las que tendrán jamás Chatsworth o Dunroaming. Me pasa lo mismo con la T.34.1 o con la T.36.63, por ejemplo. Pero todo esto remite a acontecimientos posteriores. Por cierto, la casa donde vivíamos los miembros de la expedición era oficialmente la U.25.11, porque estaba ligeramente hacia el este y bastante al norte del barrio septentrional.

El Barrio Norte estaba en el área de las letras S, T y U por un lado y de los números 32 al 37 por otro. Los lectores más quisquillosos quizá se pregunten por qué el borde occidental del yacimiento, tan cerca del río, tenía letras tan alejadas del orden natural del abecedario. ¿Por qué no eran A, B y C? La razón es que el yacimiento, aunque en esta parte septentrional tenía una orientación norte-sur bastante definida, desarrollaba una fuerte tendencia hacia el suroeste más abajo, con el curso del río; de modo que las excavaciones en la parte sur se ampliaban hacia el oeste, y esta es la parte de la cuadrícula que cubría las primeras letras del alfabeto.

La tarde se estaba esfumando rápidamente. Volvimos a la casa; todo el mundo parecía acalorado y ya un poco enrojecido por aquel primer día bajo el implacable sol de Amarna. En El Cairo, el sol había resultado más incómodo

que otra cosa: el resplandor hacía hervir las aceras y deslumbraba en las paredes, y conseguía que los miles de olores de la ciudad fueran mucho peores. Aquí el sol no deslumbraba de aquel modo insoportable: los rayos se colaban en el frescor de los palmerales y los cultivos, en la tierra dorada, y calentaba y purificaba la tierra.

Volvimos a cruzar los montículos y John se detuvo para enseñarnos exactamente dónde comenzaría la excavación al día siguiente. Luego cogimos el sendero para volver y tomar el té en el fresco salón de casa. Ralph parecía más feliz de lo que me había parecido hasta entonces. Se quitó el sombrero y, con la frente recalentada, empezó a cantar una tonadilla isabelina que resultaba extrañamente peculiar en aquel escenario, pero muy alegre:

Quiero gastar la suela de los zapatos
bailando alrededor del mayo,
dar vueltas, saltar y brincar,
y más vueltas, alborozado,
hasta que los huesos muy, muy cansados
apenas se puedan mover.

Cuando volvimos, el patio estaba lleno de cajas. Los chicos de la falúa las habían recogido en la estación y habían pasado la mañana bajándolas por el Nilo. Comida enlatada, medicinas, cámaras, material de oficina, archivos y algodón hidrófilo para los hallazgos, una máquina de escribir nueva... y mil cosas más. Se abrieron estas cajas después del té y empezamos a repartir el material. En general había llegado todo en buenas condiciones, pero una de las cámaras, que se había enviado por barco desde Londres, estaba completamente desmontada y parte del objetivo se había perdido, probablemente por un celo excesivo de algún aduanero en busca de hachís. Fue un golpe bajo. Seguimos sacando cosas, repartiendo y ordenando, y yo cogí todo lo que necesitaba para la oficina, y me dije que lo desempaquetaría al día siguiente, a primera hora, y lo arreglaría y ordenaría todo de la manera más eficiente posible. Ya había trabajado más de lo que hubiera trabajado cualquier día en Londres, sobre todo si se contaba como trabajo la caminata por aquel incomprensible laberinto de ruinas. Por supuesto. Qué bueno sería, pensé, irse a la cama pronto después de primer día agotador.

Cansados pero contentos, nos sentamos a cenar. John llevaba una capa cretense muy bonita; yo ya me había dado cuenta de que sería su indumentaria habitual nocturna en Amarna. Por fuera era de un azul oscuro

muy elegante, con bordados trenzados en negro y con una capucha que caía hacia atrás, todo festoneado en color rojo.

Hacia el final de la cena, me dijo en un tono de súplica culpable:

—Si consigues que la máquina de escribir funcione, ¿podrías pasar a limpio unas cuantas cartas? Tengo que escribir enseguida por lo de esa cámara, y si un chico la lleva al otro lado del río esta noche, podrá salir en el tren de El Cairo a primera hora de la mañana.

«¡Lo que me faltaba!», pensé, como habría pensado en Bloomsbury. Borré de mi cara la expresión de sorpresa en cuanto pude y contesté:

—Sí, por supuesto —y fui dando tumbos hasta la oficina. Empecé a desembalar la máquina de escribir, a rasgar los cartones, y a abrir todos los paquetes para encontrar papel timbrado y papel carbón para las copias, un bloc de notas y una pluma.

Copié dos cartas para la Aduana de Alejandría por lo de la cámara, al jefe de Policía pidiendo guardias para la excavación, a una empresa fotográfica de El Cairo que iba a encargarse de revelar las copias y a la Sociedad para decirles que ya habíamos llegado. Mientras las mecanografiaba, John habló con Ralph y Hilary de los instrumentos de medición. Yo me aparté a una mesa que había nacido con una pata más corta que las otras, pobrecita, y me serví de una lámpara colgada en una posición imposible. Sentí lástima de mí misma, y tenía un sueño que me moría. Entonces pensé que John debía de ser un tipo bastante raro, porque al parecer estaba tan familiarizado con las cámaras fotográficas y los teodolitos como con los datos numéricos y los jeroglíficos. Y, si iba a ser un negrero con nosotros, estaba muy claro que iba a ser de los negreros más duros. Un leve chispazo de emoción se abrió paso en mi agotamiento. Era la primera oportunidad —y apenas habíamos empezado— de demostrar que realmente tenía intención de desempeñar mi papel en el pequeño equipo, y no andar dando vueltas, perdiendo el tiempo, como había hecho en Londres.

Alrededor de las diez le llevé las cartas a John para que las firmara. Las leyó en silencio y las firmó una a una. Luego llamó al chico de la falúa, que estaba esperando a la puerta de la oficina, a la luz de la luna, acucillado contra el murete. El muchacho metió los sobres en una bolsa que llevaba colgada del hombro y con una sonrisa y un saludo se escabulló hacia el río.

John dijo:

—Tener una secretaria aquí me va a salvar la vida, porque así podré resolver enseguida todas estas cosas... Vamos a poder hacer mucho más si me las quitas de encima.

Era lo que necesitaba oír en ese momento. Puede que fuera un comentario completamente espontáneo, puede que fuera un poquito calculado; puede que fuera la actitud de un líder inteligente para ganarse incluso al miembro más humilde del equipo, mostrándole lo importante que es el trabajo de los burros si se hace bien; puede que fuera un poco de todo. No lo sé. Pero me animó de tal modo que en ese momento estuve dispuesta a dar lo mejor de mí en todo lo que se me pidiera, por muy pesado o enojoso que fuera.

John se levantó y nos dio las buenas noches.

—¿No es maravilloso —dijo alegremente— pensar que mañana, por fin, vamos a empezar a trabajar *de verdad*?

«¡Lo que me faltaba!», pensé otra vez. Pero esta vez lo pensé con una sonrisa.

Capítulo VII



Sol y silencio, otra vez. Pero al mirar por la ventana de la oficina, cuando empecé a trabajar al día siguiente, las cosas parecían distintas. En el Barrio Norte se podía ver una nube amarilla de polvo suspendida en el aire. La excavación había comenzado.

Hilda y yo íbamos a quedarnos en la residencia la mayor parte de la mañana y bajaríamos luego a la excavación. Terminé de ordenar los archivos y el material de oficina a mi entera satisfacción y nivelé la pata de la mesa con una pequeña cuña de madera. Luego preparamos el botiquín que estaba detrás de la puerta.

—En principio nos encargaremos tú y yo, pero si otros quieren echar una mano cuando haya una *urgencia*, que lo hagan —dijo Hilda.

La miré asombrada. Entonces empecé a vislumbrar algo: desde luego me había sorprendido que hubiéramos traído una cantidad tan enorme de medicamentos y productos médicos para las presuntas necesidades de seis personas que parecían estar especialmente sanas y en buenas condiciones físicas. «Qué agoreros», pensé.

—¿Qué tipo de *urgencia*? —pregunté prudentemente.

—Bueno —contestó—, habitualmente solo vienen unos cuantos después del trabajo... pero a veces caen todos enfermos a la vez y entonces es una *urgencia* de verdad, sobre todo cuando tienen la brillante idea de traer también

a toda la familia. No tenemos obligación de tratar más que a nuestros trabajadores, claro... pero resulta muy difícil... imposible, en realidad, negarle el tratamiento a los demás.

Luego se fue a hablar con Abd el Latif y yo me dispuse a seguir colocando las latas del ácido bórico desinfectante y los rollos de algodón en las estanterías. Esa tarea me deprimió. Aquel montón de medicinas me hizo pensar en los obreros y sus mujeres, todos enfermos al mismo tiempo, mustios como lirios macilentos y encorvados junto al muro de nuestra casa; no era un gran aliciente. Había sido divertido verlos aisladamente, cuando se acercaban a buscar sus tarjetas uno por uno, pero no había imaginado —ni querido— que fuéramos a tener un contacto más estrecho; y, aunque algunos parecían despiertos y bastante limpios, la mayoría iban sucios, por decirlo suavemente, y todos tenían a su alrededor una nube de moscas pertinaces. En ese momento, un enorme frasco de jabón carbólico que acababa de sacar de una caja me pareció tan elegante como un exótico perfume parisino. Mi conocimiento del árabe era todavía infimo, y mi conocimiento de primeros auxilios, podría decirse, aún menor: si no quería contribuir a la despoblación del lugar, tenía que aprender un poco de las dos cosas lo antes posible.

Nos acercamos a la excavación. Hilda era la mujer idónea para cualquier arqueólogo, porque además de ocuparse de la parte doméstica de la excavación, también era una erudita en clásicas, y después de haberse casado con John había ampliado su trabajo a la arqueología cretense y egipcia. Me contó cómo era su vida en Creta, donde pasaba los meses de verano todos los años después de trabajar en Egipto. Tenía una pinta maravillosa. Vivían en Villa Ariadne, cerca del palacio de Minos en Cnosos, donde John ejercía como restaurador y conservador.

El nombre de Creta ya resulta mágico. O eso me parecía a mí desde niña, cuando me contaron por primera vez la historia de Teseo y Ariadna y la madeja de hilo rojo que la princesa le dio para que pudiera salir del terrible laberinto después de acabar con el Minotauro. Más adelante vi fotos del arte cretense, tan extraño y tan maravillosamente natural, con flores y delfines voladores pintados en los muros del palacio, criaturas marinas y plantas acuáticas enredándose en la delicada cerámica, y los frescos con atletas ejecutando sus tremendas piruetas, brincando y dando saltos mortales por encima de toros que embestían.

Pero hasta esa mañana nunca se me había ocurrido pensar cómo esa imagen precisa de Creta encajaba en el gran tapiz de la Historia; y, desde

luego, no tenía ni idea de que hubiera una posible conexión entre el encantador arte de Creta y el arte «nuevo» de Egipto, que había alcanzado su florecimiento pleno en la época de Akenatón, y con gran profusión, naturalmente, en el mismo lugar en el que nos encontrábamos, su nueva capital.

Subíamos casi arrastrándonos por la arena, mientras Hilda me lo iba contando todo. No mucho antes de la época de Akenatón, probablemente en la época de su padre, Creta había sido destruida y con ella su gran poder marítimo, sucumbiendo finalmente a la fuerza cada vez más imponente y la ambición de los griegos continentales. Cnosos y las otras ciudades de la isla fueron arrasadas hasta sus cimientos. Tal vez toda la historia de Teseo, que, viniendo de Atenas, se enfrentaba al Minotauro en su propia guarida, fuera una visión legendaria, incluso simbólica, de acontecimientos reales, difundidos por los victoriosos continentales a lo largo de los siglos. En la historia, cuando la flor de una civilización ha sido cortada por una invasión o una revolución, siempre han quedado vestigios y remanentes de su cultura en el talento de artistas que huyeron antes del terror y que llevaron su música, su pintura y su literatura a los países que les concedían asilo; países que recibían, como recompensa, esa gran riqueza. Es posible, pues, que los artistas cretenses también huyeran antes de la tormenta y que encontraran un refugio en Egipto, precisamente, en la época en que el padre de Akenatón fue faraón. En el exilio siguieron pintando y puede que los artistas egipcios aprendieran de los cretenses el uso de sus elocuentes pinceles. En cualquier caso, fue justo en esa época cuando los artistas egipcios empezaron a trabajar de una forma completamente nueva. En gran medida desaparecieron las abstracciones formales de las escenas pictográficas: empezaron a pintar objetos naturales como si les encantara su intrínseca belleza, como si valiera la pena pintarlos por sí mismos, y no como hieráticos detalles en una pintura de historia en la que fueran el decorado de las hazañas de un faraón. Hilda dijo que había fragmentos de frescos en un palacio de Tebas, construido por el padre de Akenatón, donde ya se observaban las nuevas formas pictóricas, con rollizos patos emplumados perfectamente dibujados, nadando entre las flores de loto. Así que el elegante Akenatón debió de conocer este tipo de pintura ya en su infancia. Además, la nueva sensibilidad coincidía —tal vez incluso había contribuido a formarlo— con su odio al militarismo, a la crueldad del hombre cazador y del exterminador de aves y animales del campo.

Ya estábamos a medio camino de la excavación. A nuestra derecha, las palmeras se alejaban un poco, hacia el río, y en esa hondonada arenosa había

un laberinto de muretes desmoronados que me había llamado la atención el día anterior. Ya había visto suficientes ruinas para inferir que se trataba probablemente de un gran edificio, más que de un conjunto de casas.

—El suelo del palacio de verano, en el sur, tenía algunas de las pinturas más exquisitas del nuevo estilo —dijo Hilda—. Conoces las reproducciones que hizo Petrie, ¿no?

Le dije que sí y añadí:

—Pero también había un palacio en la zona norte con maravillosas pinturas en las paredes. He visto las reproducciones en color, pero... ¿dónde estaba exactamente el palacio?

Hilda se detuvo y se echó a reír.

—Aquí —dijo, y señaló los muros derruidos que teníamos al lado.

—¿Esto es el Palacio Norte?

—Sí. ¿No escuchaste a John cuando lo explicó ayer cuando pasamos por aquí?

—No pude oírlo —dije tristemente.

—Sí, ya —dijo—. Anda deprisa, ¿no?

Me contó que, aunque la pauta normal de la excavación había sido habitualmente de sur a norte —eso era lo que yo siempre había pensado—, se habían hecho algunas excepciones; una de ellas, muy importante, había sido la excavación del Palacio Norte que teníamos justamente al lado, realizada bastantes años antes; también se habían examinado algunos otros edificios importantes del norte.

Pensé en las maravillosas pinturas del Palacio Norte que había visto publicadas. Las plantas de las marismas y las flores, en verde claro, pintadas por todas las paredes; la vegetación y por encima, volando y posándose entre el follaje, los extraños pájaros emplumados de colores delicados y sin embargo vivos, y palomas y martines pescadores.

Todo esto se había sacado de aquellas ruinas abrasadas por el sol y cubiertas de polvo. Las imágenes que yo había visto en Londres y los muros originales que estaba viendo allí... por un momento intenté relacionarlos, y ver el palacio como debió de ser en su momento —deseaba verlo—, refinado, diáfano, de un blanco resplandeciente contra el cielo azul, elevándose sobre las palmeras, mientras en el interior, las fascinantes estancias se iluminaban con aquellas delicadas escenas llenas de vida.

Seguimos avanzando.

Enseguida nos acercamos a la zona de excavación. Pero ya oímos los ruidos y las voces antes de sortear un grupo de árboles para poder verla: era como un hormiguero que acabaran de patear. De vez en cuando se oían gritos, y arrebatos de canciones raras. Al parecer, el trabajo estaba desarrollándose en dos zonas. El Barrio Norte estaba dividido por un curso de agua seco (*wadi*) que, en un punto determinado, se dirigía en ángulo recto hacia el río; John había dicho que antiguamente tal vez fuera un canal, para que las mercancías pudieran llegar por barco hasta el mismo corazón del barrio. La mayoría de los obreros, a juzgar por el ruido que hacían y el polvo que levantaban, estaban cavando al otro lado del *wadi*. Pero un pequeño grupo de ellos, con unos veinte niños y un *gufti* al mando, había empezado a atacar el extremo suroeste del barrio, al norte del *wadi*. John estaba hablando con el *gufti* y nos reunimos con él.

Nos dijo que había empezado por la casa de la cuadrícula T.34. Observamos la excavación. La arena aún ocupaba todas las estancias a una altura de un metro, más o menos, así que el trabajo prosperaba rápidamente, porque era cuestión simplemente de limpiar hasta el nivel del suelo, que se alcanzaría con facilidad, y donde naturalmente se encontrarían la mayor parte de los objetos —algunos frágiles— y estructuras quebradizas, como escaleras, fuentes para abluciones o bancos de ladrillo. Terminada esta fase, la excavación tendría que llevarse a cabo con mucho más cuidado y más lentamente.

Cada *tourieh* cogía una cesta de cáñamo de alguno de sus diminutos ayudantes, la apoyaba en sus canillas y en media docena de movimientos rápidos con el azadón lo llenaba de arena y lo apartaba. Entonces el niño se lo llevaba y se unía a una fila infinita de otros niños y niñas que se dirigían al vertedero de escombros. Estos escombros tenían que depositarse con sumo cuidado, no muy lejos del yacimiento y, sin embargo, no podían sepultar otro edificio que pudiera estar debajo. Los niños iban hasta el final de la escombrera, descargaban las canastas en la rampa inclinada y volvían rápidamente a por más, balanceando sus cestos o riéndose y cantando. Cada escombrera empezaba como un gran montón de arena y luego se iba alargando como un dique estrecho de un metro de altura, en dirección al desierto. Los niños pisaban por allí, de un lado a otro, de acá para allá, un camino trillado y aplanado con sus pies.

Era increíble lo rápido que se movían tantas toneladas de arena con este método primitivo basado en la cooperación humana. Parecía que los escombros se evaporaban en las estancias y no daba la impresión de que los niños estuvieran cansados. El patrón que seguían cuando salían de la casa excavada, subían a la escombrera, daban la vuelta y volvían tenía la alegría encantadora de un baile rural. Las túnicas de algodón, en rojo, azul, verde, naranja o blanco, revoloteaban en el vertedero gris, levantando polvo, y luego volvían al yacimiento, a veces con gesto tímido, y nos miraban con ojos brillantes cuando dejaban la canasta vacía a los pies de su padre para que la llenara por enésima vez.

—Es evidente que esta casa es muy interesante —dijo John con satisfacción—. Mirad esto.

Cogió algo que había encima de un murete, entre cajas de cartón y cuadernos de notas. Me pareció la basa de una columna insignificante, igual que las que había en casa, pero mucho más pequeña. No se me ocurría ninguna razón por la que John hubiera acabado pensando que aquella era una casa interesante.

—El zócalo es mucho más pequeño que otros que he visto —apunté.

—Exactamente —dijo—. Y ¿dónde encontramos basas de columnas habitualmente?

—Bueno, no sé... en el suelo, claro —contesté, consciente de que estaba pasando un test de inteligencia.

—Exactamente —repitió—, pero en estos momentos no estamos cerca del suelo todavía. Esto lo ha encontrado un hombre casi en cuanto quitamos la primera capa esta mañana, a un metro aproximadamente del nivel del suelo. ¿Qué te parece?

Hilda y él me miraron como si esperaran una respuesta. Pensé rápida y desesperadamente: una basa pequeña de una columna, pero que no tiene nada que ver con el suelo, o no se habría encontrado donde se ha encontrado... Entonces lo pillé.

—¿Me estáis diciendo... que pertenecía a un piso superior y que se cayó al derrumbarse la casa?

—Sí —dijeron los dos al unísono.

—Y, por supuesto —continuó John—, tenían que ser columnas mucho más delgadas y pequeñas, y con basas mucho más ligeras, para cargar lo

menos posible el techo del piso de abajo. Sobresaliente. Venga, vamos a comer.

Me sentí un poco como Alicia en el Té de los Locos.^[19] Primero me sometían a un interrogatorio lleno de acertijos y después me invitaban de repente a comer en un vertedero de ladrillos desmenuzados: el lugar menos indicado para encontrar algo que comer. Pero en ese momento apareció el viejo Umbarak. Subió a lo más alto de una antigua escombrera, con un silbato; luego, asegurándose de que todo el mundo pudiera verlo, lentamente sacó de entre sus ropajes un colosal reloj de plata (era de la *mejor* marca). Lo miró orgullosamente un rato —creo que del revés— y luego lanzó una mirada rápida y precisa al sol. Después, tocó el silbato.

Entonces, los golpes, los raspados y el acarreo de escombros se detuvieron. Los niños bajaron de las escombreras dando saltos y gritos. El polvo se fue asentando. Los hombres se incorporaron y se estiraron, como para recolocar los huesos de la columna vertebral, y luego se acercaron lentamente hasta la sombra; allí se sentaron en el suelo para la hora de descanso, con sus hatillos de pan, cebollas, dátiles y botellas de agua. Tommy, Ralph y Hilary, sofocados, vinieron con nosotros. Otra pequeña procesión se fue aproximando desde nuestra casa. John la había visto cinco minutos antes: eran dos chicas —de las mayores— a las que se les había encomendado acarrear el agua, la lavandería y otros trabajos enojosos, seguidas por el joven Abu Bakr. Pero mientras que él venía con las manos vacías, las dos chicas llevaban en equilibrio sobre la cabeza sendas cajas de madera.

Cuando llegaron, nosotros seis ya estábamos sentados a la sombra, en el suelo, con la espalda apoyada en una de las paredes bajas. Las chicas bajaron las cajas de la cabeza, las dejaron a nuestros pies y se retiraron entre risillas. Abu Bakr desempaquetó cuidadosamente una de las cajas y empezó a repartir: un plato (caliente), un vaso, un tenedor, pan e incluso una servilleta de papel. En la otra caja había un enorme pastel de carne con verduras que aún estaba ardiendo y humeante, incluso después del largo trayecto desde la casa. Me asomé para ver qué más había en la caja y vi que Abd el Latif sabía todo lo que había que saber del método para cocinar en caja de heno.^[20] La caja estaba llena de paja y firmemente embutida con rollos de periódico, y tenía un nido en el medio lo suficientemente grande para colocar la tartera en él. Creo que habría sido un miembro destacadísimo del Instituto de las Mujeres.^[21]

Abu Bakr nos sirvió con toda su cortesía y, aunque casi tenía que hacer el pino para atendernos en el suelo, se las arregló para ejecutar el proceso con la dignidad de un banquete en el Guildhall.^[22] Acabamos con un bizcocho de fruta y chocolate, limonada y unos cigarrillos, y luego estuvimos hablando tranquilamente mientras Abu Bakr lo recogía todo, llamaba a sus subalternas y las enviaba de vuelta a la casa.

Fue un momento muy agradable: estar allí recostados, al calor y el sol del mediodía, apoyados en la pared de una casa antiquísima, con el oído atento... Ralph y Hilary habían trabajado en la prospección topográfica la mayor parte de la mañana, con la ayuda del joven Kassar Umbarak. Ambos estaban de acuerdo en que era un chico listo e inteligente, sobre todo teniendo en cuenta que ninguno de los dos sabía suficiente árabe para explicarle las cosas.

—Cuanto antes lo hagas, mejor —dijo John con los ojos cerrados.

Tommy había estado examinando la excavación al otro lado del *wadi*, pero no había encontrado aún ninguna inscripción en la que trabajar. John dijo que daría una vuelta por la excavación justo antes de la hora de marchar, pero que tenía la intención de pasar la mayor parte de la tarde en la casa grande.

—¿Cuál es el nombre que se le ha dado para llamarla? —preguntó Ralph, que conocía los clásicos.^[23] John se echó a reír y dijo:

—T.34.1.



Luego, el viejo Umbarak volvió a soplar el silbato. Y enseguida el polvo volvió a volar y los niños a corretear con sus canastas. Hilda y yo regresamos a la casa, y apenas me había sentado cuando Hussein apareció como un espectro, casi como Jeeves,^[24] con una taza de té. Y fue una suerte, porque

cuando llegaron los otros, más tarde, abrasados y polvorientos, clamando por una taza de té, Hilda y yo ya estábamos listas para atender a las bajas (cinco en total) que vinieron con ellos. Yo corrí nerviosa a buscar el botiquín. Entre las dos nos repartimos las magulladuras: un corte pequeño, una nariz raspada, un furúnculo y dos casos de conjuntivitis, ambos en niños; descubrí que esta dolencia parecía afectar más a los niños que a los adultos. Al principio la conjuntivitis solo me daba náuseas: párpados enrojecidos y muy hinchados, los ojos medio cerrados y supurantes, y el globo ocular, si conseguías verlo, bastante sanguinolento. El único tratamiento de que disponíamos era limpiar bien los ojos con agua caliente y desinfectante, y, si era posible, poner un poco de esta solución bajo las pestañas con un cuentagotas; luego despachábamos al paciente con un algodón impregnado en desinfectante, advirtiéndole que debía limpiárselo varias veces antes de volver. Al principio me pareció un tratamiento completamente impreciso e inútil, pero poco después descubrí que los niños reaccionaban extraordinariamente a este simple gesto de higiene. A veces un crío se asomaba al murete, todo sonrisas, señalándose los ojos muy abiertos, con el blanco brillante y el iris negro y lustroso; yo me preguntaba si lo había visto antes, y entonces, de repente, reconocía al pobrecillo vagabundo que había venido hacía dos o tres días, llorando de dolor, con los ojos cerrados e hinchados. La mayoría eran niños sanos y fuertes —tenías que serlo si querías sobrevivir a una infancia en una aldea de Egipto—, así que un sencillo tratamiento germicida tenía casi un efecto instantáneo. Esto resultaba bastante alentador, y llegaría a seguir tan de cerca determinados casos individuales y su desarrollo que enseguida superé mi primera repugnancia y procuré entender cómo se podían curar, cómo tener a raya la enfermedad y prevenirla con unas simples normas de limpieza.



Pero aquella primera tarde no sentí más que náuseas mezcladas con compasión por las condiciones en que se encontraban los niños. Me fui a mi cuarto armada con desinfectantes y antisépticos y me los administré a conciencia antes de hacer nada. Había un balde redondo y plano de hojalata en el suelo, y una enorme jofaina de agua caliente al lado; una vez que me quité de encima el polvo del día, me animé de nuevo.



En cuanto se levantó la mesa, después de cenar, fui iniciada en los misterios del Registro, porque ya ese primer día se habían encontrado unos cuantos objetos. Probablemente procedían de las estancias superiores de la casa en la que se había encontrado la pequeña basa de una columna, porque se

habían recogido de la arena, bastante por encima del nivel del suelo, al que aún no se había llegado.

Los objetos se colocaron en la mesa, bajo la lámpara, cada uno sobre una hoja de papel donde se indicaba el lugar exacto en el que se había encontrado. Había, por ejemplo, una piedra pequeña, tallada con la forma de un pato: John dijo que era una pesa; dos agujas de bronce con los ojos aún intactos; parte de una hoja de bronce; y unos cuantos amuletos y cuentas de colores. Al cabo de las noches me acostumbre a este tipo de piezas; pero al principio era muy curiosa la sensación de tener en las manos cosas que, hasta ese día, no había tocado nadie más que algún súbdito de Akenatón, que probablemente había visto al faraón y a su dama, Nefertiti, y a sus hijas paseando sin ceremonia por la ciudad, y que había tenido en la mano esos objetos, que luego se le habrían caído o habría perdido.

En la mesa había un montón de grandes tarjetas cuadradas, impresas con el nombre de «Tell el-Amarna». Estaban cuadradas por centímetros y subdivididas en milímetros, de modo que resultaba muy sencillo hacer dibujos a escala en ellos. Cada objeto se registraba en una de esas tarjetas, donde se indicaba la fecha en la que se había encontrado, su número de serie, una breve descripción, el lugar exacto del hallazgo, sus medidas, su material y un dibujo a tamaño real, si era posible, o a escala, y otras anotaciones relevantes; más adelante se añadiría el número de negativo fotográfico. Era imprescindible que estas operaciones fueran precisas, porque las tarjetas eran el único registro con la información necesaria para la publicación final de esas piezas.

El mismo procedimiento se seguía para cada objeto nuevo, o para las muestras de cuentas, amuletos, anillos, brazaletes o sellos de arcilla que fueran especialmente interesantes. Pero para la gran mayoría de los pequeños objetos, que se producían en masa en moldes de arcilla y a miles, se recurría a otra modalidad de registro; porque obviamente habría sido un trabajo imposible formalizar una tarjeta para cada uno de ellos. Sin embargo, era necesario registrar los detalles con cuidado, porque su valor como testimonio histórico era importante, aunque en un sentido diferente respecto a otro tipo de piezas exclusivas. Y era particularmente necesario en el caso de las joyas reales, que a menudo tenían grabados los nombres de la realeza. El menor testimonio es por supuesto importante para el buen arqueólogo de campo, y se calibra de acuerdo con el conjunto que permite establecer determinadas conclusiones. Un sello de cerámica aislado, de colores vivos (amarillo, verde o azul), puede que no le diga nada, por muy bonito que sea. Pero si, además del nombre real en el sello y el lugar del hallazgo, descubre que en una parte

de la excavación aparece un nombre real en un número mucho mayor que en otra, y que tal vez en otra parte de la excavación la balanza se decanta por el primero, eso le dará mucho que pensar, como mostraré enseguida. Los objetos producidos en serie, aunque son muy humildes, procuran utilísimos testimonios basados en la estadística. El método para registrar estas pruebas ya había sido establecido por Petrie y fue adoptado por toda la profesión, aunque con variaciones y modificaciones; resultaba completamente eficaz y no era necesario emplear ni mucho tiempo ni mucho esfuerzo.

Nuestro método particular era el siguiente: John ya había colgado en la pared, frente a la mesa en la que nos sentábamos, unas hojas grandes con diagramas en tinta negra. Había dos secciones para catalogar la cerámica, por dentro y por fuera; otra para cuentas: cada cuenta debía dibujarse lateralmente y en conjunto, en una alucinante variedad de formas y tamaños; otra para amuletos; y otra para anillos con sello. Cada uno de estos apartados tenía un número que se especificaba en la parte inferior de la hoja, con las subdivisiones oportunas para reflejar las distintas variaciones. Cuando una cuenta, un amuleto o un anillo llegaba para su registro, buscábamos su tipología en ese catálogo y, si estaba allí definida, simplemente anotábamos en un cuaderno especial que una cuenta del tipo tal y tal se había encontrado en tal o cual sitio. Eso era todo, no se necesitaban tarjetas. Y luego las cuentas se clasificaban para que pudiéramos confeccionar a nuestro antojo [sic] abalorios y collares. Si el tipo de objeto no aparecía en el catálogo de John, es decir, si no se había encontrado nunca nada por el estilo, se procedía entonces a dignificarlo con una tarjeta para él solo, como he dicho, así como a hacer un dibujo que se añadía al catálogo de la pared; por el momento, claro, no había objetos nuevos.

Las cuentas de cerámica, los amuletos y los anillos con grabados se hacían con moldes de arcilla, que se encontraban con frecuencia; las huellas dactilares del antiguo artesano aún aparecían a veces y mostraban que había presionado la arcilla recientemente para hacer la copia. Las piezas metálicas se vertían en moldes de piedra que podían soportar grandes temperaturas.

Aquel primer registro fue breve porque había pocos objetos. John y Hilda tipificaron las cuentas y los amuletos, mientras Tommy y yo nos encargábamos de las tarjetas. Tommy seguía diciendo que no quería dibujar, de ningún modo, y no era aconsejable pedírselo; pero terminaba la sesión con un milagroso ejercicio de pulcritud y precisión, ciñéndose a los cuadrados milimétricos y midiendo todas las dimensiones posibles de sus objetos; en cambio, a mí, que me encantaba dibujar, me dijeron que me estuviera quieta y

que no me preocupara por los dibujos. Fue divertidísimo registrar los primeros hallazgos de nuestra campaña. Cuando creía que ya habíamos acabado, Tommy dijo:

—Bueno, ahora, claro, tienes que marcar los propios objetos con el número de serie que has puesto en las tarjetas. —Y me enseñó cómo había que hacerlo.

Este proceso también exigía mucha atención, porque el número debe señalarse claramente, en tinta permanente, y sin embargo en un lugar discreto y poco visible, para no estropearlo. Para los objetos muy pequeños teníamos cajas diminutas con el número en la tapa o utilizábamos etiquetas diminutas si podían pegarse sin peligro de que se perdieran: eran bastante complicadas de hacer. Luego lo llevábamos todo a la sala de antigüedades y lo dejábamos en un extremo de la estantería. Creo que aquellos primeros hallazgos solo consiguieron que el espacio vacío de las estanterías pareciera más vacío que antes, pero yo estaba increíblemente orgullosa.

Quitamos el polvo y la arena de la mesa y John dijo, como un faraón:

—Mi majestad exige cerveza.

Llegó la cerveza, seguida a una distancia asombrosamente corta de Ralph y Hilary, que venían de la sala de dibujo. Todos bebimos cerveza. Se respiraba una agradable sensación de haber puesto en marcha una rutina, con esta alegre reunión al final de un largo día de trabajo. Mientras hablaba, John seguía haciendo garabatos en la parte de atrás de un cuaderno: desde donde yo estaba parecía un escudo de armas coronado con la cabeza de un *gufti*.

—Este será el escudo de armas de la excavación —dijo—. He puesto cruzadas unas azadas *touriehs* en el primer y en el cuarto cuartel. ¿Qué ponemos en el segundo y el tercero?

—Un cestillo —dijo enseguida Ralph, que venía de Chelsea.^[25]

John sonrió educadamente sin levantar la vista, y puso una cestilla en el segundo cuartel y en el tercero. Luego dibujó un hermoso rollo de pergamino bajo el escudo de armas.

—Bueno, ahora necesitamos un lema.

La modestia me impide mencionar el nombre de la persona que dijo:

—*Infra dig.*^[26]

Pero aún pienso que, dadas las circunstancias, era bastante bueno.

John volvió a sonreír y, cuidadosamente, lo escribió.

Capítulo VIII



La excavación avanzaba a toda máquina y el ritmo se aceleraba. A pesar de las enérgicas protestas de los demás, Ralph, Hilary y Tommy fueron desapareciendo poco a poco por debajo de tres espantosas barbas. Decían que así ahorran un montón de tiempo por la mañana, pero una se daba cuenta de que John seguía escrupulosamente afeitado y, sin embargo, parecía que seguía sacando adelante más trabajo que nadie.

John era el que hacía todas las fotografías —un trabajo que habitualmente era de jornada completa en los yacimientos—, lo cual significaba no solo que tenía que registrar todos los aspectos arquitectónicos importantes y significativos de la excavación, sino también —y en imágenes perfectamente claras— cada objeto. La calidad de una publicación arqueológica, por no mencionar su relevancia, podía verse disminuida ostensiblemente por culpa de fotos borrosas (y así ocurre en general, por desgracia), y sea cual sea el método que se emplee en la reproducción, o la calidad del papel, se imprima en semitono o fototipia^[27] o como se quiera, siempre se pierde una parte de la nitidez en el proceso. Es, pues, esencial conseguir el mayor grado de claridad en la impresión original. John extendía un paño negro sobre una de las basas del patio y colocaba los objetos allí, luego fijaba el trípode, para que la cámara enfocara las piezas en vertical. Hacía el revelado él mismo en el ya mencionado e infame cubículo que hacía de cuarto oscuro. Luego enviábamos los negativos —planchas medias de película—^[28] a El Cairo para la

impresión, y aunque uno se podía hacer una idea de la calidad de la fotografía a partir del negativo, era emocionante recibir el paquete y ver cómo habían quedado las fotos. Cuando se daban por buenas, me las llevaba a mi despacho para archivarlas y establecer las referencias cruzadas: el número de negativo tenía que corresponder con las tarjetas, y el número del objeto tenía que corresponder con los negativos y las impresiones. Muchos objetos pequeños se fotografiaban en una sola placa, juntos, precisamente por su similitud, y por esta misma razón había que tener muchísimo cuidado al cotejar las tarjetas con las fotografías, para estar seguros de que cada objeto tenía el número que le correspondía; porque el número muchas veces estaba en la parte de atrás o en un lateral del objeto, y por tanto quedaba oculto en la fotografía. No tardé en descubrir lo importante que era dibujar correctamente las medidas en las tarjetas; a veces era la única clave para clasificar bien, por ejemplo, una serie de anzuelos de bronce casi idénticos o de filos de cuchillo.

Los números de las piezas se escribían en el reverso de cada una de las tres copias en un lugar concreto, casi como en las fotos de vacaciones que se envían a los familiares, y los objetos eran casi tan difíciles de identificar como las personas en esas fotografías, porque había que mirarlas y darles la vuelta una y otra vez: «Jim, el amigo de Jim (lee mi carta), la señora Peabody, yo, Johnny (el del sombrero), Fred (el que está con Ginger) y Pam (la que está movida)». Cuando en la misma foto aparecía un montón de objetos casi idénticos, era un trabajo muy pesado y se tardaba un buen rato en hacer todas las comprobaciones. Esto explica por qué, sin una persona del equipo dedicada exclusivamente a este trabajo, los registros anteriores llegaban a la oficina de Londres tan desastrosamente: porque los especialistas tenían que ocuparse de todos estos detalles en su trabajo diario.

Mis días habitualmente estaban dedicados a trabajar en estos detalles administrativos; luego también tenía que llevar las cuentas, escribir cartas, mecanografiar informes, limpiar piezas y tal vez arreglarlas. A veces no tenía tiempo para ir a la excavación y pasaba un día o dos sin pisarla. Levantaba la vista de la máquina de escribir y miraba por la ventana: veía la calima amarilla que siempre flotaba sobre la excavación, y deseaba estar allí... Otras veces, intencionadamente, me quedaba felizmente enzarzada en un montón de fotos, consciente de que podría acabar el trabajo administrativo antes de comer si quisiera, y entonces siempre llegaba una indeseable interrupción: un mensaje de la excavación para que acudiera enseguida, y ya sabía que el trabajo en el que estaba ocupada tendría que aplazarse hasta después del registro nocturno, si es que se podía terminar ese mismo día.

Cuando se encontraba algo muy frágil y se necesitaba un cuidado extremo (y muchísimo tiempo) y la máxima delicadeza en la manipulación, generalmente llegaba un aviso a la residencia, y bien Hilda o bien yo, o ambas si podíamos, íbamos a la excavación. Los *guftis* eran muy aplicados en su trabajo, pero no siempre teníamos un *gufti* a mano si aparecían objetos delicados en más de un sitio a la vez.

Lo que voy a contar ocurrió uno de esos días. Yo estaba intentando descifrar los apuntes para el primer informe que John tenía que enviar a un periódico londinense, cuando noté que había alguien en la puerta que tenía a mi espalda. Era el joven Kassar Umbarak, que venía corriendo de la excavación (había casi un kilómetro y medio, y era un día caluroso, pero ni estaba sudando). Traía una nota. Esperó la respuesta, escuálido y alegre, con su cara morena muy atenta. «Creo que hemos encontrado una gargantilla — decía la nota—. ¿Puedes venir y ocuparte de ella, por favor?» Kassar salió pitando a anunciar que yo estaba en camino; cogí mi pequeña carpeta de dibujo, los lápices, los pinceles, las pinzas, un cuchillo, las gafas de sol y un sombrero, me despedí de la oficina y salí, refunfuñando un poco, a la solanera deslumbrante. ¿Cuándo podría volver a ocuparme del informe? Pero en cuanto me puse en marcha empecé a pensar que en realidad era bastante divertido tener un trabajo tan raro como el mío: en un momento dado estabas tecleando en una máquina de escribir y de pronto estabas desenterrando gargantillas antiguas.

La casa donde se había producido el hallazgo ya estaba limpia; apenas quedaban unos escombros que había junto a un muro bajo. Ya se habían encontrado algunos anillos de cerámica en ese montón, y uno de ellos tenía el «cartucho»^[29] de Nefertiti; y había por todas partes cuentas de cerámica esmaltada. John dijo que ahí estaba evidentemente la mayor parte de la gargantilla a la que habrían pertenecido casi todas las cuentas. Me preguntó si podría ocuparme de ordenarlas mientras él se trasladaba con el equipo a otra casa. Le dije que sí, eché un vistazo al rompecabezas que tenía delante y enseguida supe que el informe que se había quedado en la mesa de mi despacho no estaría listo hasta la noche.

Las gargantillas eran un engorro, porque los hilos habían desaparecido, así que cada colgante tenía que cogerse por separado; y, si una gargantilla se había desordenado antes de ser enterrada, era imposible saber si estábamos reconstruyendo correctamente el patrón del diseño. En este caso, el hilo había desaparecido, por supuesto, pero los colgantes y las cuentas estaban exactamente como si siguieran ensartados, con su forma de abanico con tres

filas. Si conseguía contener la respiración y ser sumamente cuidadosa, tal vez podría salvar aquel diminuto fragmento de conocimiento arqueológico.

Todos los colgantes tenían forma de frutos y flores: había encantadoras margaritas blancas, racimos de uvas azules, pétalos de loto con la punta malva y granadas de un rojo burdeos. De nuevo me encontraba ante el encantador pueblo de Akenatón, que confeccionaba piezas de una preciosa sencillez con dibujos y colores naturales. De repente me acordé, mientras estaba en cuclillas mirándolas, de una gargantilla de cuentas que había tenido cuando era pequeña, y que me tenía completamente fascinada: pequeñas margaritas blancas, con el centro amarillo, unidas por delicados hilos de diminutas cuentas verdes. Estaba segura de que la gargantilla que ahora tenía delante también había pertenecido a alguien bastante joven, alguien que había sentido el mismo placer que yo llevando semejante preciosidad con su mejor vestido blanco. A menudo me preguntaba qué hacía la gente de Amarna para perder tantas cosas, porque nosotros encontrábamos una cosa tras otra en los montones de escombros... pero, bueno, a fin de cuentas, ¿dónde estaría ahora también mi gargantilla de margaritas? Alguna de las extrañas criaturas de H. G. Wells,^[30] dentro de tres mil años, cuando excaven bajo las colinas herbosas que cubrirán Londres, y entre los escombros y los cascotes de lo que en su momento fue Bloomsbury, la encontrará, la cogerá con cuidado y... ¿le parecerá un poco sentimental?

Pero las ensoñaciones eran un peligro en el trabajo de campo. Me las quité de la cabeza y empecé a concentrarme en la tarea de recuperar la gargantilla en su debido orden. Hice un dibujo del patrón de colores y figuras en el cuaderno, anotando el orden de colores, porque algunos de los colgantes tenían la misma forma, pero colores distintos. Luego empecé a coger cada colgante y cada cuenta diminuta con las pinzas, dejándolos en la carpeta, al lado del esquema y por orden. Esto me ahorraría tiempo cuando tuviera que reensartarlo todo; pero aún tenía que dibujarlo completo, por si acaso la gargantilla se descomponía cuando la lleváramos a la casa, o incluso si por desgracia se me caía al suelo: así podríamos reconstruirla entera gracias a mi esquema.

Trabajé toda la tarde en el montón de escombros, cogiendo los colgantes sueltos que pertenecían a la gargantilla; había que ir poco a poco, para no descomponer otra hilera de cuentas tal vez dispuestas en un orden distinto; un golpecito mal calibrado con el cuchillo en la tierra podía desencadenar una lluvia de arena y, con ella, una cascada de cuentas y colgantes, llevándose por delante el patrón secreto de su diseño y echándolo a perder para siempre. Al

final resultó que no había ninguna gargantilla como tal, pero encontré una cosa que pertenecía a una: una pequeña pieza triangular de cerámica color crema, decorada con una pequeña flor de loto inclinada en malva y verde. Tenía un agujero en el ángulo superior y otros tres juntos en la base. Era uno de los dos extremos de la gargantilla: las hileras de cuentas habrían estado sujetas a uno de los tres agujeros. La gargantilla se habría unido en la parte posterior del cuello con alguna especie de broche, quizá un cordelito fino que pasara por el agujero del ángulo superior en cada uno de los extremos.

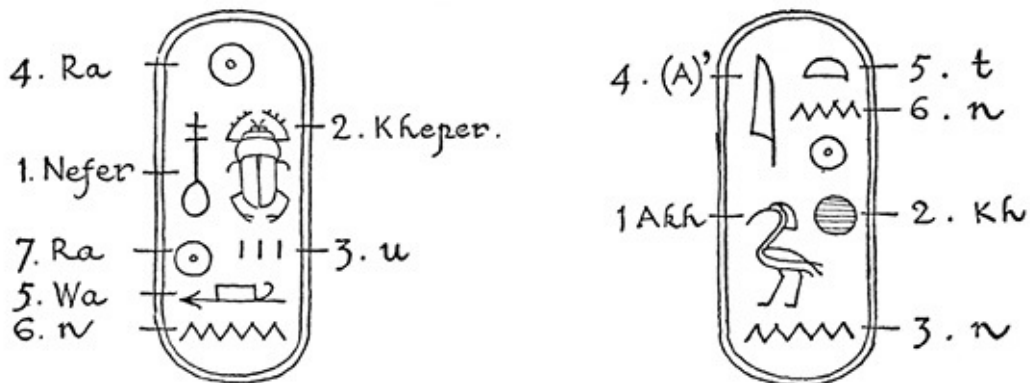
Al final de la tarde, Kassar y otro joven *gufti* llevaron la bandeja a la casa sin que se moviera una cuenta, con una calma increíble. Y fue maravilloso, de verdad, porque fui dando vueltas a su alrededor todo el camino, igual que una vaca con su ternero. Lo dejaron todo en la sala de antigüedades para su registro y luego se fueron corriendo a cenar. Yo nunca me había sentido tan arenosa y polvorienta... ni tan entusiasmada. Le pedí al joven Abu Bakr que me trajera una *tisht* (una tina baja para un baño, según mi manual de lengua árabe) a la habitación en cuanto pudiera. El muchacho salió a buscarla, tan respetuoso como siempre, pero con la misma cara de desconcierto que me ponía siempre que se lo pedía. Era una especie de risilla disimulada... aunque no la escondía con tanta habilidad como para que yo no la viera. Luego, siendo la mismísima imagen del decoro, traía la *tisht* y abundante agua caliente y se retiraba. Tardé varias semanas en saber que en aquella parte del país *tisht* significaba «sartén».

Esta era una de las dificultades a la hora de aprender la lengua. Los egipcios son demasiado educados para decirte que te estás equivocando; mientras entiendan lo que quieres decir, no te harán ningún comentario ni corrección, incluso hablarán mal a sabiendas contigo con tal de no molestarte. O quizá no era tanto una cuestión de consideración por su parte con aquellas almas cándidas como cierta renuencia a estropear un buen chiste. Seguro que le amenicé la existencia considerablemente a la familia de Abu Bakr mientras estuve en Amarna. Ya me puedo imaginar al joven Abu Bakr volviendo a la cocina y contándole al tío Abd el Latif que la señorita estaba otra vez dándose un baño en la sartén. Y el tío partiéndose de risa cada vez, mientras preparaba la sopa para la cena.

Aquella noche hubo tiempo antes de cenar para echar un vistazo a los broncees que estábamos limpiando. Teníamos en una de las estancias interiores una bandeja grande de revelado llena de ácido —sal de La Rochelle,^[31] sobre todo— donde dejábamos los broncees oxidados días enteros y donde iban perdiendo gradualmente esa pátina azul verdosa de siglos para dejar ver de

nuevo sus formas originales y afiladas de un ocre oscuro. Había azadillas, aunque no como nuestras modernas *touriehs*, hachas, hojas de todo tipo, platillos de balanza, pesas, algún anillo curioso de vez en cuando, anzuelos y agujas, tenacillas, tijeras y pinzas. Yo cepillaba los objetos todos los días con sumo cuidado, confiando en que apareciera una inscripción en el mango o en el filo, para alegrarle el día a Tommy, el especialista en inscripciones. Un par de sellos esmaltados tenían grabadas diferentes formas de la denominación de Akenatón. El sobrenombre oficial era «Nefer-kheperu-ra Wa-en-ra» (bellas son las manifestaciones de Ra, el elegido de Ra); su nombre propio, Akenatón, significaba «el que complace a Atón»:

Desde que la piedra de Rosetta proporcionó las primeras claves, los filólogos han dedicado todos sus esfuerzos a explicar el significado de esos dibujos diminutos de escarabajos, discos solares, pájaros y agua —de todos los jeroglíficos, en realidad—, atribuyéndoles primero fonemas simples, y luego asociándolos en grupos, para expresar ideas abstractas tales como belleza, verdad, fuerza o existencia. Por lo que a mí respecta, apenas sabía lo suficiente de los fonemas y significados para leer los pocos nombres reales que surgían en relación con el yacimiento de Amarna; pero, aunque solo fuera eso —ser capaz de descifrar los nombres de unos cuantos jeroglíficos—, resultaba fascinante.



Me habría gustado creer que aquellos anillos de bronce con inscripciones habían pertenecido realmente al propio Akenatón... pero se habían encontrado en casas del Barrio Norte, y era mucho más probable que fueran de ciudadanos que demostraban de esa manera su lealtad.

En el baño de ácido también habíamos metido una encantadora rana de bronce, con un diminuto aro en la espalda por donde poder pasar una cadena;

parecía bastante cómoda en aquel estanque tan raro, mientras pasaba de un verde brillante a un ocre oscuro. Había otros amuletos de animales, patos y una cabeza de cocodrilo. Era normal que abundaran las aves acuáticas y los animales del río. El río era una parte esencial de la vida de Egipto, omnipresente en el espíritu del pueblo: conscientemente, como gran vía de agua y suministrador de pescado, aves y caza para la mesa; inconscientemente, tal vez, como la gran fuente de vida, ya que sus ricas aguas fluían tierra adentro gracias a los canales abiertos entre huertos y cultivos.

Este pequeño grupo de bronce, por sí mismo, aunque no estuviera relacionado con otros hallazgos, ofrecía una visión impresionante de lo que pudo ser la vida cotidiana del pueblo de Akenatón. Creo que tuve mucha suerte yendo a Amarna en tales circunstancias, porque en cierto sentido, no sé, mi inexperiencia me daba una pequeña pero clara ventaja sobre los profesionales; todo lo que ocurría era para mí como una pequeña descarga eléctrica, porque no sabía lo suficiente de nada para dar nada por sentado. No había manera de mitigar, contener o reprimir el entusiasmo que sentía cuando tocaba incluso las cosas más comunes y cotidianas que encontrábamos; y este entusiasmo las hacía tan vívidas que no solo me hacía sentir como si viajara a la capital de Akenatón en el espacio, sino también en el tiempo.

Creo que la extraña sensación de que el tiempo se pliega sobre sí mismo se intensificaba con la conciencia de que las estancias en las que estábamos viviendo y trabajando —incluida la que ocupaba yo en ese momento de reflexión— habían sido también las «suyas». Ellos habían entrado y salido mil veces por esa puerta. Me parecía perfectamente posible que, en vez de Hussein llamándome para la cena, apareciera otra figura en el marco de la puerta, un hombre de pelo recio y negro anudado con una cinta, con una falda blanca plisada, brazaletes por encima de los codos y sandalias.

Profesionalmente hablando, lo estaba haciendo fatal: lo primero era el trabajo práctico, y después la ensoñación. Pero para mí, como aficionada, era todo lo contrario. Tener en las manos objetos de la gente común me impulsaba, en primer lugar, a querer saber realmente más sobre su vida, y luego, tal vez, pero de una manera menos urgente, a interesarme algo más en los grandes nombres, los gobernantes, y su relevancia en la historia, en un sentido más amplio y más abstracto.

Todo había empezado a cobrar vida desde el principio: eso pensaba. Algunos de los bronce que cepillaba en ese momento salieron a la luz el

primer día de excavación y ahora, además, tenía los restos de aquella bonita gargantilla. Tres mil años no habían cambiado mucho las necesidades y los deseos cotidianos, ni la habilidad para dar forma a los mismos objetos para satisfacerlos. «Tal vez —pensé—, cuando pase al comedor, todo me parezca diferente: puede que haya gente rara sentada en divanes acolchados, justo donde está nuestro destartado sofá, comiendo fruta de una gran bandeja dorada. Tal vez vea a una joven sentada al lado de un incensario, manipulando con sus dedos morenos unas tijeras retorcidas —como las que yo acababa de sacar del ácido— y recortando una pieza de tela en torno a un papel sujeto con alfileres. Seguramente será una túnica nueva para una ceremonia en el templo, o para el balcón de las apariciones públicas, cuando el faraón honre a uno de sus fieles sirvientes con regalos de oro.» Me parecía estar viendo a la joven cortando el vestido, con el ceño ligeramente fruncido por la concentración, con las cejas tan depiladas —con las pequeñas pinzas que en esos momentos yo estaba metiendo en el ácido— que no eran más que una delgada y elegante línea. «Tal vez esas agujas brillantes que tiene al lado en la acolchada cesta de labor sean las mismas agujas oxidadas y costrosas que acabo de tener en la mano. Un hombre, sentado a su lado, coge unas tenazas —¿eran las mías?— y añade un poco de carbón al brasero; y luego coge una caja llena de retorcidos anzuelitos lustrosos —los mismos que yo acababa de cepillar con cuidado— y empieza a tejer una red de arrastre. Y, mientras trabaja, veo un amuleto con una pequeña rana que cuelga de una pulida cadena alrededor de su cuello, que refleja, parpadeando, el resplandor de las llamas. Hablan muy bajo y se ríen un poco; gente encantadora.»

Se oía un murmullo de voces y pasos en la sala de al lado; un haz de luz que se movía por las paredes en penumbra me sacó de la ensoñación; y, cuando me decidí a mirar, pensé que —después de todo— era una suerte que el intruso fuera el viejo y sonriente Hussein, con una lámpara, preparando la cena en la mesa.

Puse todos los bronces de nuevo en la solución y entré en el salón cálido y familiar. Tenía su aspecto habitual, el de la cabaña de la isla en *El admirable Crichton*:^[32] las esterillas en el suelo de tierra, los taburetes de madera y las sillas plegables, los rústicos pilares de madera que sostenían el techo... y, a través de la puerta abierta de par en par, la imagen de las palmeras y, de vez en cuando, un destello plateado del río.

Hilary estaba en la puerta, hablándole a un perro medio salvaje que había amaestrado. Le encantaban los animales, demasiado a veces: en alguna ocasión, aun teniendo pendiente un trabajo en su mesa de dibujo, lo habían

encontrado extasiado mirando un lagarto en una pared, y examinándolo con la ayuda de una linterna y una lupa. Creo que fue el único de nosotros que no se asustó cuando aquella bestia peluda y hambrienta con pinta de lobo se abalanzó sobre nosotros desde unos plantíos, gruñendo y rugiendo, poco después de nuestra llegada. Día tras día, lo único que hacía era atacarnos. Pero Hilary no descansó hasta que se hizo amigo suyo. Con palabras amables, pequeños trocitos de comida y mucha paciencia, al final se lo ganó: primero consiguió un silencio desconfiado, luego una especie de aproximación esquiva y algo avergonzada, mientras olisqueaba con ansia alguna golosina que se le ofrecía. Luego, un día, vimos que la mano de Hilary descansaba en la feroz cabeza del animal, mientras este devoraba las sobras de la comida en el suelo. Al final asistimos a la rendición completa: apoyó el hocico peludo en la rodilla de Hilary y agitó torpemente el rabo lanudo en un gesto de buena voluntad al que parecía muy poco acostumbrado.

Después de esto, el perro entraba tranquilamente en casa, y se convirtió en un buen guardián. En honor del famoso arqueólogo que trabajó algunos años en Amarna después de la Primera Guerra Mundial, Hilary lo llamó Leonard, porque era muy lanudo.^[33] Uno de los momentos más divertidos fue verlo, con la media docena de palabras árabes que conocía, intentando explicarle este chiste a Hussein, que por supuesto se acordaba de sir Leonard Woolley también. En fin, no creo que lo pillara, pero Hussein se esforzó en reírse de todos modos.

La conversación de la cena versó sobre la T.34.1. Había muchas expectativas de que fuera una casa interesante; porque esa tarde, a última hora, se había descubierto una hermosa puerta, enmarcada en piedra pintada de rojo, al final de un pasillo que conducía a las estancias del ala oeste. Tanto las jambas como el dintel se habían derrumbado sobre el pasillo cuando se desmoronaron las paredes de adobe; pero, aunque una jamba se había roto en un par de sitios, el conjunto aún estaba completo.

—Voy a tener que reconstruirlo y colocarlo en su sitio mañana —dijo John—. Es muy raro encontrar una estructura entera así; todos los quicios de las otras puertas son de piedra también; y aún no hemos limpiado la puerta principal de la Sala Central. Puede que sea incluso más bonita.

A la mañana siguiente fuimos todos a la T.34.1 y observamos el levantamiento de las pesadas jambas rojas. Las piezas rotas se cementaron y se unieron; por último, se levantó con cuerdas el macizo dintel, que tenía una cornisa curva en lo alto, y los *guftis* lo pusieron en su sitio haciendo

malabarismos sobre un dudoso andamiaje de cajas y tablonces. Se fijaron listones de madera, por delante y por detrás, para que tuviera una sujeción firme hasta que el cemento estuviera totalmente seco. Pero no parecía que el pórtico lo necesitara: robusto y a la vez elegante, volvió a ocupar su sitio; con sus casi dos metros de altura y sin decoración alguna, exceptuando la capa de pintura roja, tenía un aspecto fabuloso.

John ordenó a continuación que se levantaran las paredes de los dos lados hasta la misma altura del dintel, a lo largo de un trecho, en parte para sujetar el conjunto y en parte para hacer más realista el escenario. Mientras se acometían estos trabajos, vino un hombre desde el otro lado de la casa, en zona norte, donde Tommy dirigía a un grupo de hombres para limpiar la puerta principal que conducía desde el vestíbulo norte a la Sala Central. Que si podía ir el *mudir*^[34] a ver una cosa, por favor. El *mudir* sí podía, y fue; y nosotros fuimos tras él.

Se había retirado buena parte de la arena hasta el nivel del suelo. Al otro lado del quicio vimos una gran piedra caliza rectangular, como de dos metros de largo y uno de ancho. Era, desde luego, demasiado grande y rugosa para ser el umbral de una puerta y, en cualquier caso, aquello no era el muro exterior de la casa.

—Otro dintel, creo —dijo John—. Ha caído de plano y de cara. Tal vez por el otro lado esté pintado también.

Debía de pesar varios quintales. Se buscaron cuatro palos cortos y se metieron con mucho cuidado debajo de la piedra por la parte de fuera del lado largo. Sudando y con mucha dificultad, cuatro obreros empezaron a levantarla centímetro a centímetro, haciéndola pivotar hacia el lado interior. Cuando hacían una pausa para respirar o para meter las palancas más adentro, se colocaban piedras para sujetarla. Unos trozos de piedra caliza, quebrados probablemente en el primer golpe, cuando se derrumbó, se desprendieron del cuerpo del dintel y cayeron a la arena. ¿Se rompería todo el dintel en pedazos cuando el gran peso se levantara del suelo?

A una orden de Alí Sheraif, el *gufti* al mando, los hombres se inclinaron sobre los palos otra vez, con una maravillosa lentitud y cuidado, murmurándose palabras de precaución. Todos estábamos pendientes y, de algún modo, participábamos en la operación. Ellos querían tanto como nosotros levantarla intacta, y yo estoy completamente segura de que no era solo por la perspectiva de ganarse una buena propina. Nosotros esperábamos en una suerte de tensión y desesperación silenciosas. Cuando el frontal estuvo

a unos quince centímetros del suelo y se habían puesto más cuñas para sujetarlo, Tommy se tiró todo lo largo que era y metió la cabeza en el estrecho espacio que quedaba.

—¿Esos apoyos son seguros? —dijo Hilda con preocupación.

Se oyó entonces una voz ahogada y arenosa desde las profundidades del dintel:

—¡Joder!

—¿Hay algo? —preguntó John, que iba de un lado para otro muy nervioso.

Tommy sacó la cabeza y, con una deliberada e irritante parsimonia, se puso en pie de nuevo, casi como un camello, primero los cuartos traseros, hasta que pudo ponerse en cuclillas, y nos miró de hito en hito. Su cara, quemada ya, roja como un tomate, resplandecía, y sus gafas lanzaban destellos al sol.

—Está lleno de colores increíbles —dijo con voz temblorosa y, luego, sacando el as—: ¡Y repleto de inscripciones!

John, Ralph y Hilary tuvieron una reunión inmediatamente al borde del dintel. Hilda y yo decidimos esperar hasta que pudiéramos verlo desde un ángulo menos exigente. Los obreros se dieron cuenta de que estaba ocurriendo algo excepcionalmente bueno y se pusieron a reír y cantar. Alí Sheraif, un capataz perfecto, como siempre, aunque estaba profundamente emocionado, guardó la compostura, y empezó a dirigir de nuevo las operaciones de levantamiento.

Al final el enorme dintel quedó a la vista; entonces, con mucha delicadeza, los hombres lo trasladaron un par de centímetros para que quedara justo encima del quicio que antiguamente había coronado, apoyado en los muros bajos de ambos lados.

Fue un momento maravilloso. La mayor parte de las excavaciones y buena parte de los hallazgos son testimonios que solo pueden interpretarse por conjeturas razonables, a falta de pruebas definitivas. Pero las inscripciones son otra cosa. Ahí teníamos una declaración concreta, información segura y de primera mano. Era como una voz clara gritando entre un montón de murmullos medio oídos, medio adivinados.

A la hora del almuerzo nos sentamos todos alrededor del dintel mientras Tommy y John examinaban las inscripciones. El gran dintel, con una especie de cornisa o alero curvado, estaba pintado con colores alegres, en bandas

verticales rojas, verdes y azules. Aunque en el borde superior estaba bastante deteriorado, todos los trozos rotos estaban allí, en el suelo, y era evidente que bastaría un trabajo sencillo con un material adhesivo para que quedara como nuevo.

Por debajo de la cornisa curvada, el dintel tenía una moldura redondeada, pintada de amarillo y decorada con un patrón azul, que parecía una cinta retorcida en todo su perímetro. Por debajo se veían claramente tres paneles. El del centro, cuyo tamaño era el doble del de los paneles exteriores, tenía diez cartuchos, cuatro muy grandes en el centro, y otros tres a cada lado. Los cuatro cartuchos grandes tenían los distintos nombres de Atón; los tres de un lado se correspondían con los tres del otro; el nombre de Nefertiti aparecía en los cartuchos de los dos extremos y el de Akenatón en los dos cartuchos interiores de cada lado, junto a los centrales grandes. Digo que eran los cartuchos de Nefertiti y Akenatón con toda la intención, porque ya no podían leerse: habían sido picados y eliminados concienzuda y completamente en la antigüedad. Yo sabía, claro, que las ideas religiosas de Akenatón habían suscitado violencia y odios enconados contra él, pero esta era la primera vez que veía una prueba concreta de semejante hostilidad. El nombre del hereje había sido borrado para siempre; sin embargo, el nombre de su consorte, el de la encantadora dama que siempre estuvo a su lado, apoyando todas sus ideas revolucionarias, había sobrevivido, inviolado y permanente. ¿Por qué motivo se habría hecho tal diferenciación entre los dos miembros de la pareja real? He aquí una cuestión interesante que plantear a mis pacientes mentores.

Todo el panel central era bastante convencional. Pero los paneles laterales, más pequeños, tenían sus peculiaridades y, por lo tanto, mayor interés. En ambos lados, y mirando hacia el panel central, se veía la figura de un hombre arrodillado con los brazos alzados, bellamente trazados, tallados y pintados, adorando los reales y divinos nombres de Atón. Encima de cada figura había seis columnas breves de jeroglíficos, que nos proporcionaron el nombre y el oficio del propietario y el constructor de la T.34.1. Su nombre era Hatiay, y debió ser un hombre de cierta importancia, porque la inscripción decía que era «supervisor de obras». Y de alto rango. Un hombre de su posición estaba en condiciones de instalar en su casa unas magníficas puertas, con jambas de piedra y preciosos dinteles.

Después del descanso de mediodía, se emprendió el traslado del dintel hasta la casa. Por lo visto nadie había pensado en la maquinaria necesaria para la tarea; ya nos habíamos dado cuenta antes de que, cada vez que se planteaba un problema nuevo para la organización del personal, la solución ya estaba

fijada, y no sugerida por ningún *gufti* ni ningún obrero más listo que los demás, sino como algo ya decidido y conocido por todos, como si fuera la manera normal de hacer las cosas. Nunca se transportaba nada con ruedas. Todo se cumplía gracias a una organización bien estructurada, elaborada y precisa de la mano de obra, increíblemente sencilla y sin embargo asombrosamente efectiva. Hoy en día, en los países desarrollados, la gente se devana los sesos buscando fórmulas científicas para resolver las tensiones, fatigas y puntos de presión con el fin de conseguir el mejor modo de trasladar grandes pesos en la industria. Aunque en Egipto se carece de estas posibilidades técnicas, no obstante, a su manera sencilla y primitiva, parece que han comprendido instintivamente todos los principios científicos para llevar a cabo un trabajo pesado con el menor gasto de energía. Y, si no tienen ni idea de distribución de pesos, ni de centros de gravedad, ¿cómo consiguen trabajar con la precisión con la que lo hacen? La única manera de llegar a tales niveles de sencilla eficacia forzosamente tenía que ser la experiencia heredada, forjada mediante un proceso de ensayo y error, y perfeccionada hace milenios. Estoy segura de que el conocimiento innato de aquellos campesinos se remontaba seis mil años, por lo menos, a los días en que el tamaño de las construcciones en Egipto empezó a necesitar tales habilidades para levantar y transportar grandes masas pétreas.

Creo que asistimos a algo maravilloso aquella tarde, porque a pesar de su ruda sencillez, algo animaba a aquellos hombres morenos y diestros: una vibración antigua latía en su corriente sanguínea mientras se convertían en una máquina de carne y hueso cuyo funcionamiento habían aprendido de sus padres, en un lejano y fabuloso pasado, de los hombres que también habían sudado juntos para trasladar los enormes bloques de piedra en trineos y sobre balsas de troncos de madera desde las canteras situadas al este del río hasta las llanuras del oeste, donde se estaban levantando poco a poco sobre la arena las primeras grandes tumbas piramidales y los templos de los faraones empezaban a recortar su silueta contra el sol del atardecer.

Nuestra gente supo inmediata y exactamente cómo había que transportar el dintel. Para nosotros, que dependemos de la idea de la rueda, y que en ese momento carecíamos de ruedas de ninguna clase, la solución del problema habría requerido una buena cantidad de reflexión y experimentación. Sin embargo, lo único que hicieron ellos fue unir distintos palos hasta formar cuatro listones bastante largos, cada uno de unos cuatro o cinco metros. Los colocaron como si un gigante fuera a jugar una partida de tres en raya y los ataron muy fuerte. El cuadrado central se hizo un poco más pequeño que el

propio dintel. Luego, se trasladó la gran cruz hasta que los extremos del par de listones superiores estuvieron bajo el dintel; y no pasó mucho tiempo antes de que el dintel mismo fuera arrastrado cuidadosamente a lo largo de estos dos rieles de madera por medio de tres palos cortos que actuaban como rodillos; cuando un rodillo quedaba atrás, se volvía a poner delante, bajo el dintel otra vez. Enseguida pudimos ver la gran piedra en un lienzo almohadillado que habían extendido en el centro de la cruz; la sujetaron un poco con cuerdas por seguridad. A continuación, unos cuarenta hombres, cinco más o menos en cada extremo de las parihuelas, levantaron la piedra como si fuera una pluma. Contado así, parece la idea más evidente y sencilla; pero dudo mucho de que alguien que lea esto, enfrentado al mismo problema, hubiera dado rápidamente con una solución tan sencilla y tan práctica para juntar a tantos hombres tan cerca del centro de gravedad de semejante peso.

John se adelantó un poco para estar en la casa cuando fueran a descargar el dintel. Alí Sheraif dio la orden y todo el mundo emprendió la marcha tras él, siguiéndolo a unos metros de distancia todo el camino. Fuera casualidad o decisión de Alí, el grupo parecía exactamente una pequeña formación militar con un líder incuestionable a la cabeza. No solo lo parecía: lo era efectivamente. El jefe de la compañía llevaba a sus hombres a casa con los despojos de la victoria, al lado de su comandante fiel, Alí Sheraif, y su escuadrón. En la mirada de John, cuando se adelantó, parecía verse una expresión de júbilo y orgullo: y efectivamente, nos lo confirmó más adelante, así se sentía.

Los costaleros se vieron enseguida envueltos en una nube de polvo a medida que iban avanzando, pero oímos que Alí Sheraif empezaba a improvisar una canción de acción de gracias, en honor del buen día que habían tenido y del espléndido hallazgo que estaban trasladando a la casa de la expedición. Los hombres coreaban el estribillo, lo que les ayudaba a marcar el ritmo de la marcha. Se podría llamar una canción arenera, porque era el equivalente exacto de una canción marinera: primero el solista ensalzaba el trabajo hecho, y luego venía la animosa respuesta. John nos contó después que el coro, al ritmo de sus pisadas, decía: «*W'Allah negib! W'Allah negib!*» (¡Gracias a Dios, ya lo traemos! ¡Gracias a Dios, ya lo traemos!). Una y otra vez, una y otra vez.

Para cuando los demás llegamos a la casa, el dintel ya descansaba contra uno de los muros interiores del patio, cubierto con arpillera. Todo estaba en calma y silencio otra vez: un día maravilloso estaba llegando a su fin.

La campaña aún no había alcanzado su ecuador, pero ya teníamos muy buenos resultados. Teníamos la esperanza de que aquel alegre estribillo pudiera aplicarse también a toda la temporada de excavación. Tal vez nosotros también podríamos cantar con razón: «*W'Allah negib! W'Allah negib!*».

Capítulo IX



Una noche, después del registro, después de que en algunos sellos hubiera aparecido varias veces el nombre de Semenejkara, le pregunté a Tommy si tendría la amabilidad de hacerme un esquema del árbol genealógico de la familia de Akenatón, para tenerlo claro de una vez por todas.^[35]

—«De una vez por todas» no se puede —dijo—. Lo único que podemos hacer es establecer relaciones familiares que se ajusten a los hechos conocidos y que se remitan a cómo se referían los unos a los otros; y, donde haya aspectos inciertos, ajustarlos a partir de lo que sabemos por la cronología, las fechas de su vida o los años de reinado. En cualquier momento pueden aparecer nuevos testimonios que lo desmonten todo... pero hasta entonces, no hay nada que demuestre que lo que pensamos ahora no es acertado. La mayoría de los expertos están de acuerdo con el árbol genealógico que ha propuesto John y que muy probablemente es verdadero.

—¿Quién es Semenejkara y dónde entra en esta historia?

—El padre de Akenatón fue Amenofis III —dijo Tommy con paciencia.

—Eso ya lo sé —dije con modestia—, pero Semenejkara...

—El padre de Akenatón fue Amenofis III —repitió Tommy, empezando a poner cara de profesor que ha sufrido una molesta interrupción.

No dije nada.

—Sus hijos —prosiguió amablemente— fueron, con toda seguridad, Akenatón y Nefertiti; probablemente Semenejkara e incluso Tutankamón también lo eran; Tutankamón tenía tal vez tres años cuando Amenofis murió. Había también otra hermana, Sitamón, que quizá fuera la madre de Semenejkara y de Tutankamón, además de ser su medio hermana.

Comenté que ya sabía que Akenatón y Nefertiti eran probablemente hermanos.

—Bueno, ya sabes que tuvieron seis hijas —dijo Tommy—; por orden: Meritatón, Maketatón, Anjesenpaatón, Neferneferuatón, Neferneferura y Setepenra. No se sabe mucho de las tres menores, salvo que aparecen de vez en cuando en las pinturas familiares. Pero, de las otras tres, la mayor se casó con su joven medio tío Semenejkara; la siguiente, Maketatón, murió joven; y Anjesenpaatón se casó con su medio tío, aún más joven, Tutankamón.^[36]

Ralph empezó a atender también. Estaba haciendo un primer esbozo para una posible reconstrucción de la casa de Hatiay.

—Pero ¿por qué es importante Semenejkara? ¿Por qué su nombre aparece en tantos anillos y otros adornos?

—Entró a formar parte de la línea de sucesión al trono por su matrimonio con la hija de Akenatón —contestó Tommy.

—¿Ah, sí? —preguntó Hilary, que estaba intentando que su lagarto mascota bebiera cerveza con una pajita.

Tommy pareció sorprendido, pero también halagado ante la perspectiva de aumentar el alumnado.

—Bueno, era lo más normal cuando la heredera del faraón se hacía mayor: la pretensión de Semenejkara al trono era totalmente válida por su matrimonio con la hija del rey. Pero, en este caso, yo creo que hubo una razón especial para que la designación del futuro faraón se hiciera cuando se hizo.

Me puse un anillo de esmalte aguamarina, que llevaba el nombre de Semenejkara. Lo habíamos encontrado ese día y acababa de etiquetarlo.

Tommy continuó:

—Ya sabéis que las tablillas diplomáticas de Amarna demuestran que Akenatón no era militarista, ni partidario de la mano dura con los elementos hostiles más allá de sus fronteras, ni siquiera de enviar refuerzos a sus súbditos leales, y que por eso las fronteras estaban desmoronándose.

Los demás asentimos.

—Bueno, la idea es que, para empezar, Akenatón y Nefertiti estaban completamente de acuerdo en su postura ante los sacerdotes de Amón y la vieja religión, y también en sus nuevos ideales de vivir para la belleza, libres e independientes. Pero, aunque Nefertiti siguió siendo una fiel defensora de estas ideas hasta el día de su muerte, parece que el mismo Akenatón, poco antes de morir, vio que las cosas se estaban poniendo tan feas en las fronteras (por no mencionar los conflictos internos también) que, si quería seguir siendo faraón, debía buscar un acuerdo, o una solución de compromiso al menos: llegar a un arreglo de algún modo con los poderosos sacerdotes de Tebas.

—¿Crees que estaba ya desilusionado de sus ideas en ese momento? —preguntó Ralph, esbozando un dintel en miniatura sobre la puerta de Hatia —. Ese lagarto se va a coger una borrachera tremebunda, Hilary.

—No se sabe —dijo Tommy, contestando a la pregunta—. De lo único de lo que podemos estar bastante seguros es de que tuvo el talento de ver que no iba a ser capaz, aunque fuera el faraón, de imponer y difundir sus ideas por todo el imperio, como supongo que pensaría al principio. Es casi seguro que esto propició una ruptura con Nefertiti. Y las decisiones que tomó después probablemente empeoraron las cosas.



Se detuvo y miró hacia la puerta. Todo estaba en silencio: solo se oía a Leonard, que estaba pegado a la pared exterior y daba dentelladas a los saltamontes que saltaban cerca de su nariz.

—¿Qué hizo? —pregunté al final.

—Bueno, habiendo señalado a Semenejkara como sucesor al trono, lo envió a Tebas, con su esposa Meritatón, para tender una ramita de olivo a los sacerdotes, más o menos.

—¿Hay algún retrato de él o de ella? —pregunté. Tommy rebuscó en las estanterías de libros y volvió con un libro en alemán sobre la religión y el arte en Amarna. Fue pasando páginas hasta que encontró lo que quería. Deslizó el libro sobre la mesa y me lo puso delante, abierto por una fotografía de una plancha de piedra cuadrada, en la que había dos figuras talladas en relieve. Un joven con una falda plisada muy suelta, con el símbolo real en la frente y un gran collar que casi le cubría el pecho, apoyaba la mano derecha en un bastón

de una forma un poco rara. Tenía una rodilla doblada, porque el pie con su sandalia descansaba tranquilamente en la puntera. La actitud era despreocupada, escasamente viril, casi como si su cuerpo enclenque fuera ya presa de alguna enfermedad oculta y galopante: el cuello largo y delgado, la barbilla prominente, el pecho hundido y unas manos más bien inexpresivas.

Por el contrario, la joven princesa que estaba frente a él parecía gozar de mucha más vitalidad. Tenía la cabeza alargada, como todas las hijas de Akenatón, y su característico cuello largo y fino, pero con la cabeza erguida; era de constitución fuerte y firme, y estaba retratada con un gesto muy animado. Llevaba en la mano unas flores que le entregaba a su delicado compañero.

—Probablemente son Semenejkara y Meritatón —dijo Tommy.

—Él me recuerda mucho a Akenatón —dije—, y ella a Nefertiti. ¿Crees que podemos fiarnos de un parecido real?

—Casi seguro que es un retrato familiar bien delineado —afirmó Tommy—. La idea general del arte en ese período era reproducir exactamente lo que se veía. Los artistas seguramente recibieron instrucciones del mismísimo Akenatón... y los hombres de la familia probablemente tenían de hecho alguna alteración física que les daba esa apariencia. Todas las princesas tienen esa rara cabeza alargada; sin embargo, ellas y Nefertiti parecen mucho más despiertas que sus maridos y hermanos. Es como si ellas se resintieran un poco, pero mucho menos, de los efectos de tanta consanguinidad.

—Y, cuando Semenejkara fue a Tebas —dijo Ralph—, ¿qué fue de la gente que se quedó aquí?

Acababa de dibujar un precioso carro en el porche de Hatiay, con pequeños caballitos que llevaban plumeros en la cabeza.

—Ahí es donde entran las pruebas basadas en las estadísticas —dijo Tommy—. Al igual que la proporción de nombres reales que uno encuentra en distintos puntos. En la pequeña parte que se ha excavado hasta ahora y, sobre todo, en la parte de la ciudad que se levantó al final (incluida esta casa, cuando fue restaurada como residencia para los arqueólogos), casi en todos los objetos que tienen una inscripción se lee el nombre o los distintos nombres de Nefertiti; pero también hay una buena cantidad de objetos con los nombres de Tutankatón (el futuro Tutankamón) y su esposa Anjesenpaatón (que luego se cambió el nombre por el de Ankesenamón).

—¿No hay ni rastro de Akenatón?

—Apenas un caso —contestó Tommy—. La deducción es evidente.

John había salido de la sala de revelado y, tras desplomarse en una silla con una jarra de cerveza en la mano, se había puesto a escuchar atentamente.

—«Pero ahora ya se han separado» —tarareó, recurriendo a su extenso repertorio del *music-hall* victoriano.

—¿Se separaron al final? —preguntó Hilary.

—Sí —dijo John—. Casi al final de su reinado. Puede que ella lo dejara por propia iniciativa o puede que fuera apartada. Es más probable que fuera repudiada, porque en la parte sur del yacimiento su nombre aparece picado y borrado en todas partes, y sustituido por el de su hija Meritátón. Pero, de alguna manera, Nefertiti consiguió traer a Tutankamón aquí y, por supuesto, a todos los partidarios que pudo reclutar.

—Sí, bueno, pero ¿qué me dices del raspado de las caras? —preguntó Ralph—. ¿Los fanáticos de Atón llegaron hasta el punto de picar y suprimir el nombre a Akenatón aquí? En el dintel de Hatiay, por ejemplo, el único nombre picado y borrado es el de Akenatón. Es como si fuera él y no el culto lo que había perdido el favor de la gente.

—Lo mismo iba a preguntar yo también —dije.

—Es muy probable que no picaran ni borrarán su nombre mientras Akenatón estuviera vivo, ni siquiera en este extremo de la ciudad —dijo Tommy, y John asintió—. Y, en cualquier caso, Hatiay vivía mucho más cerca del centro de la ciudad, y ostentaba una posición importante. Pero en esta zona de arriba parece que quisieron constatar la ruptura de un modo agresivo y decidieron no reproducir más el nombre de Akenatón, ni en anillos ni en escarabajos.

—Además, independientemente de cuáles fueran sus sentimientos personales, Nefertiti seguiría honrando al faraón como era debido, al menos de cara al exterior —añadió John—. Supongo que cabe la posibilidad de que un funcionario importante como Hatiay borrara el nombre del dintel sin más, después de la muerte de Akenatón, que ocurrió no mucho después de la disputa conyugal, al ver el rumbo que estaban tomando las cosas. Porque todo el mundo sabía que Nefertiti viviría muchos años alimentando la fidelidad de su joven hermano faraón a Atón. Un hombre como Hatiay (si quería conservar su situación privilegiada) no podía equivocarse de bando. Su discurso sería: «Abajo con el traidor a Atón», y en su caso, siendo un hombre sociable y probablemente un poquito cínico, esta actitud, además de aportarle

alguna seguridad, tendría el aliciente añadido de tener que destrozarse lo menos posible su nuevo dintel...

»Pero las cosas no salieron como se pensaba, aunque Tutankamón se coronara faraón gracias a su matrimonio con una hija de Akenatón: solo tenía unos diez años, y Nefertiti todavía mantenía un férreo control sobre la corte. Pero era casi el final. Semenejkara, que nunca volvió de Tebas, ya había muerto por esas fechas, y no mucho después también murió Nefertiti.

»Este fue el final no solo de las figuras centrales de todo el conflicto, sino del propio atonismo. Pero la violencia generalizada contra el difunto faraón y su herejía no estalló hasta varios años después. Desde luego, no antes de que Tutankatón muriera en Tebas cuando tenía solo dieciocho años y ya era conocido, claro, como Tutankamón, y cuando todo había vuelto a la tranquilidad de los viejos tiempos. Porque, al fin y al cabo, Tutankamón se había visto enredado en el conflicto siendo niño, e incluso los reaccionarios más belicosos se habrían cuidado mucho de ofender a personas tan cercanas al faraón reinante. Pero seguro que poco tiempo después de la muerte de Tutankamón se empezó a borrar cualquier vestigio de Akenatón, “el criminal de Aketatón”, solo por si acaso, supongo, la chispa volvía a prender de nuevo, en algún lado, algún día. Así que lo borraron todo, sus nombres y sus retratos, los de Nefertiti también, y los símbolos pintados y grabados del culto de Atón.

Yo sabía que la muerte de Nefertiti significó también la muerte de la ciudad de Akenatón. Para los sacerdotes y para los funcionarios de Tebas seguramente no fue especialmente difícil convencer a un chico joven y hedonista para que se cambiara el nombre y, de paso, reemplazar la reclusión en Aketatón por los brillos y la pompa de la antigua capital.

Nadie sabía dónde descansaban los restos mortales de Nefertiti, ni siquiera si se le rindieron honores cuando murió. Pero una cosa sí sabía: que Nefertiti había vivido cerca de la vieja casa donde en esos momentos estaba yo hablando de ella; allí había pasado los últimos y más amargos años de su vida, en el lugar que había convertido en el último bastión del atonismo.

Nuestra casa, situada bastante cerca de su residencia del norte, la que ella llamaba «el castillo de Atón», era muy grande en comparación con la mayoría de las casas particulares; tal vez había pertenecido a alguno de sus partidarios, o a un ministro del nuevo y joven faraón.

Nefertiti seguramente conoció la casa donde nos alojábamos nosotros. No era descabellado pensar que, hace muchísimo tiempo, en esa misma sala, con

los murmullos de fondo de los criados al otro lado de la sala principal, hubiera gente que murmurara su bonito nombre al verla pasar: «Es Nefertiti. Es Nefertiti. ¡Viene la Bella Dama!». [37] Y puede que un instante después cruzara ella en persona el umbral de la casa, pisara estos suelos y tal vez se pusiera a hablar con su dueño con un pie apoyado en la basa de la columna que tengo aquí al lado de la silla.

Quizá un poco encorvada, envejecida antes de tiempo, con la mirada ensombrecida por la pena, el párpado más caído de lo habitual sobre el ojo dañado; [38] y la encantadora boca, más delgada y afilada que en los buenos tiempos, cuando era la «Gran Favorita de Akenatón, la Señora de la Felicidad, con cuya Voz uno se regocija, que calma el corazón del Rey en casa, la Gran Esposa Amada del Rey», pero aún orgullosa, aún firme en sus creencias, con una actitud decididamente real.

Perdí el hilo de la conversación unos minutos; de pronto me pareció que la sala volvía a estar iluminada por aquella reina muerta hacía tanto tiempo. Yo sabía lo peligrosa que puede ser la fantasía si se le permite vagar sin control sobre los escasos hechos contrastados de la antigüedad; pero también sabía que, a veces, hechos inconexos y anodinos habían cobrado sentido gracias a una repentina y brillante chispa de imaginación que había llenado los vacíos. Y, en cierto modo, con Nefertiti y su familia era imposible quedarse al margen, escuchar los pocos datos fehacientes de aquellas gentes extrañas sin sentir que volvían a la vida. Y esto ocurría incluso con el faraón fantasma, el hermano fantasma, Semenejkara.

No se necesitaba mucha fantasía ni una imaginación desbordante para hacer que su historia fuera más real. Una sencillamente averiguaba cosas de su vida, y era suficiente; su humanidad, sus esperanzas, sus frustraciones, sus temores parecían crecer mientras una escuchaba su historia, hasta que se desprendían del friso plano e impersonal de la historia antigua y se convertían en figuras autónomas que deambulaban a nuestro alrededor. Por supuesto, esta misteriosa evocación, esta sensación de percepción interior, se veía en parte estimulada por los maravillosos análisis de la personalidad que nos han dejado sus retratos, pintados, tallados y esculpidos en el estilo naturalista del período. Esto era lo que ocurría. Pero solo en parte, porque realmente creo que, aunque no se hubiera conservado ni un solo retrato, algo de la extraña magia de la familia real de Amarna aún habría llegado hasta nosotros, atravesando años y siglos, solo por los hechos conocidos.

Qué parecidos eran sus rostros y sus gestos, mientras los veíamos salir de las sombras y moverse por el luminoso y lejano escenario para representar su breve drama. Todos con ese sutil hundimiento bajo las mejillas prominentes, esa mandíbula alargada hasta la firme barbilla redondeada, los ojos con esos párpados gruesos, hundidos en sus cuencas. Incluso bajo la juvenil redondez de la cara de Tutankamón, y de su pequeña esposa, puede ver una la misma estructura que habría adquirido un aspecto demacrado cuando alcanzaran la edad madura, a la que ninguno de los dos llegó.

Mis compañeros aún seguían hablando del odio que se suscitó contra Akenatón.

—Eso se ve, desde luego, en las tumbas y en todas partes —estaba diciendo John—. La desfiguración de los retratos del rey y de sus nombres. Y, por supuesto, hicieron añicos el sarcófago en su propia tumba.

Le pregunté si se había encontrado algún mínimo indicio del lugar donde se enterró a Nefertiti.

—No —dijo—. Por supuesto, se cuentan muchas historias (tan maravillosas como poco fiables) sobre alguna gente que a finales del siglo pasado vio que se llevaban un sarcófago de oro por el desierto. Pero en la tumba de Akenatón no se encontró nada de ella. Ni siquiera es seguro que a él lo enterraran ahí. Sin embargo, cuando se descubrió la tumba, en los años ochenta del siglo XIX, encontraron el cuerpo de un hombre... un cuerpo quemado algunos años después de haber sido momificado. Creo que deberíamos dedicar un día a echar un vistazo a las tumbas otra vez, y especialmente a la de Akenatón. No me cabe duda de que la tumba real tendría que investigarse de nuevo: puede que encontráramos pistas nuevas. De todos modos, sería buena idea dar una vuelta por allí. Hilda y yo subimos el año pasado y vosotros también tendríais que verla. Mañana es día de paga. Nos levantaremos pronto pasado mañana y veremos todas las tumbas que podamos.

Los obreros tenían una jornada libre después del día de paga, así que un día a la semana no había trabajos en el yacimiento. Normalmente empleábamos esas horas preciosas en ponernos al día en nuestros diferentes trabajos. Pero, como era también la única ocasión que teníamos para ver el resto del yacimiento, aparte de los lugares en donde se estaba excavando entonces, no quedaba más remedio que hacer todas las excursiones posibles esos días, y encajar el exceso de trabajo como pudiéramos en los ratos libres de los días de diario.

Ya era tarde. El lagarto de Hilary se había quedado dormido en su mano con una sonrisa beatífica, con sus diminutas garras extendidas e inmóviles bajo la cálida luz de la lámpara. Tommy devolvió *Religion und Kunst in Amarna* a la estantería, sonrió encantado cuando le di las gracias por su explicación y se escabulló a la pequeña sala donde copiaba y traducía las inscripciones y fragmentos de inscripciones que iban apareciendo ya casi todos los días en sellos de arcilla de ánforas de vino y tarros de carne y en los *ostraca*.^[39]

Recogí los hallazgos del día, ya registrados, y los llevé a la sala de antigüedades, ordenándolos en sus grupos correspondientes con la ayuda de una linterna eléctrica. En una bandeja, anillos esmaltados de muchos colores, algunos fragmentados pero otros enteros, lanzaron sus destellos rojos, verdes, azules y amarillos cuando añadí a la colección el anillo de azul aguamarina con el nombre de Semenejkara. Allí, en la oscuridad, descansaban los pequeños restos tangibles de la ciudad, sin relación aparente entre ellos, pero formando poco a poco un conjunto de testimonios para aquellos cuyo talento y sabiduría fueran capaces de conjurar a quienes fueron sus propietarios y hacerles contar su historia silenciada. Los huecos de las estanterías se iban llenando. Y también mi ignorancia, un poquito. Porque, igual que los objetos llenaban las estanterías, los nuevos conocimientos se iban haciendo un sitio en los huecos vacíos de mi cabeza.

Si salías de la casa y mirabas hacia la excavación, podías ver la gran pared de barrancos que se extendía, a la izquierda, en dirección sureste a lo largo de unos cinco kilómetros, luego cambiaba de dirección, hacia el sur, y después, a medida que disminuía su altura, adquiría tonalidades grises y se difuminaba en la distancia, volvía a curvarse de nuevo hacia el Nilo. Precisamente donde el talud cambiaba de dirección —a unos cinco kilómetros— se podía ver una fisura en el terraplén, una grieta oscura; y hacia ese punto partimos a primera hora dos días más tarde.

Esa hendidura era la entrada a un gran *wadi*, un cauce seco, un valle que discurría sinuoso desde la llanura de la ciudad hasta el corazón del desierto, en la elevada meseta oriental. Nos costó más de una hora llegar, porque era difícil avanzar por la arena suelta y el pedregal. A medida que nos aproximábamos empezamos a ver, abiertas en la pared, en distintos puntos, las entradas oscuras y estrechas de las tumbas de los nobles y de los altos

dignatarios. Yo sabía que había otras tumbas más al sur, más allá de la hendidura por la que íbamos a entrar; y que ninguna de ellas se utilizó nunca: muchas estaban inacabadas cuando concluyó la breve existencia de la ciudad.

Por fin estábamos ya remontando un poco hacia las estribaciones de la torrentera seca y, antes de entrar en el valle sombrío, me volví a mirar aquel paisaje ya familiar: el valle, umbrío y fresco; el sol de la mañana aún no lo había despertado. A lo lejos, frente a nosotros, estaban las ruinas y los montones de escombros de la Gran Ciudad, que se veían muy pequeños y blanquecinos al lado del lejano y oscuro palmeral. Ya estábamos a suficiente altura para ver el tramo del Nilo que, frente al promontorio, cerraba el arco de Amarna por el norte, con un brillo azul por encima de los palmerales. Dos pinceladas de un blanco deslumbrante nos indicaron que había un par de barcas de vela rodeando el cabo. Todo el paisaje se extendía ahora, ya entibiado por el sol, brillante, acogedor, fascinante. Me parecía maravilloso, porque la perspectiva de pasar un día caminando por empinadas cuestas y entrando y saliendo de tumbas me ponía un poco melancólica. Nunca he sido muy aficionada a los paisajes verticales en ningún caso, pero, cuando además se ven horadados con entradas oscuras que conducen a pasadizos empinados, ruinosos, tortuosos, la aversión se convierte en algo muy parecido al terror. Mi idea de un paisaje magnífico son las marismas de Norfolk, donde el cielo siempre está a la vista y el pico más alto es el encantador perfil de una vela de pescadores moviéndose detrás de los juncos.

Pero al menos las cosas fueron mejor que el día en que, temblando de miedo, y con los dientes castañeteando, encogida, seguí a mi jefe en la Gran Pirámide. Es maravilloso cómo la curiosidad puede superar a la prevención; y, en este caso, el interés y el conocimiento, aumentando constantemente y persiguiéndose en una espiral ascendente, me habían convertido en una persona lo suficientemente curiosa para querer ver el lugar donde fue enterrado Akenatón. Pero, especialmente y sobre todo, el nerviosismo no dura mucho cuando tus compañeros ya no son educados desconocidos, sino amigos encantadores en los que puedes confiar. Todo era muy agradable: una experiencia estupenda. Para entonces ya podíamos considerarnos un equipo sólido con las tareas bien definidas, las dudas despejadas, y ya con una idea fundada de la mejor manera de hacer el trabajo y encajar cada tarea particular con la de los demás del mejor modo posible. A lo largo del proceso habíamos aprendido mucho los unos de los otros, y muy rápido, como suele ocurrir en los pequeños grupos aislados, y la mayor parte de lo que sabíamos de los demás nos agradaba; así que nos reíamos un montón, y, hasta el momento, los

pequeños enfrentamientos que a veces alteran la vida de los campamentos se habían solventado sin mayores daños en un ambiente de tranquila cordialidad.

Avanzamos por el Wadi Real, pues este era el nombre del desfiladero. Cuando miré atrás, un par de minutos después, comprobé que ya no era posible ver la llanura. La angostura había virado un poco su orientación, y un espolón de roca se interponía entre nosotros y la planicie donde estaba la ciudad, cortando el camino que habíamos recorrido, como una barrera que quisiera impedirnos volver a los lugares conocidos.

Era como estar en la cara oculta de la luna. Nos encontrábamos en un mundo nuevo. El valle era amplio, y a ambos lados se elevaban cortados imponentes, con las paredes rasgadas y agrietadas en enormes estrías horizontales. No había el menor rastro de humedad o vegetación. El silencio era absoluto. El suelo estaba sembrado de grandes rocas que se habían desprendido de las alturas a lo largo de los siglos, convirtiéndose al caer en pequeños cantos y polvo. En el lado izquierdo de la torrentera brillaba el sol y, mientras avanzábamos por el antiguo camino umbrío, la luz fue bajando hasta que alcanzó el sendero por el que caminábamos.

Al final el sol nos golpeó con toda su fuerza en aquel lugar yermo y allí nos atrapó. En apenas unos minutos estábamos empapados en sudor. Las rocas que teníamos a nuestra izquierda y la tierra empezaron a desprender una temblorosa bruma de aire recalentado. Intentamos apartarnos hacia la derecha para ir a la sombra, cada vez más escasa. Pero pronto nos vimos obligados a seguir por las laderas de ese flanco si queríamos avanzar. Si queríamos seguir a la sombra, tendríamos que caminar peleándonos con un pedregal escarpado y quebradizo. La alternativa era continuar por el camino que discurría por el fondo del valle, ahora a pleno sol, entre las rocas. Al final decidimos bajar al camino: al menos así podíamos avanzar rápido hacia nuestro objetivo. Por una vez, me sorprendí pensando favorablemente en la idea de entrar en las tumbas —en ese momento me habría venido fenomenal una agradable tumba fresca para sentarme un rato—, preferiblemente a través de un largo pasillo que llevara a la parte derecha en el corazón de la montaña, tan lejos del sol como fuera posible.

Seguimos así unos cinco kilómetros. Luego el paisaje cambió; el valle se estrechó repentinamente y empezó a serpentear hacia el este; a izquierda y derecha se abrían más barrancos. John, Hilda y Tommy iban delante, y vimos que se detenían. John nos señaló con el bastón que iban a adentrarse por un barranco a la izquierda; les hicimos un leve gesto de asentimiento con la

mano y desaparecieron tras el saliente. Nos apresuramos, Hilary y yo casi sin aliento a estas alturas; Ralph se arrastraba detrás de nosotros y lloriqueaba de vez en cuando:

—¡Madre mía, ayúdame![40]

Rodeamos el ribazo y vimos un valle mucho más estrecho que zigzagueaba en dirección noreste, y se empinaba a medida que avanzaba. El sol caía a plomo sobre nuestras espaldas; pero una leve brisa bajaba hacia el valle, dándonos la bienvenida. Tal vez hubiera recorrido toda la alta meseta desértica desde el golfo de Suez. Hilary juró que podía oler la sal en la brisa. Ya casi habíamos llegado. Alcanzamos a ver a los otros, un poco más adelante, parados a los pies de un pedregal que había a la izquierda del barranco. Entonces empezaron a subir poco a poco. Cuando llegamos nosotros, los encontramos sentados a la sombra, en un pequeño rellano a unos cinco metros de altura sobre el fondo del valle, con las espaldas apoyadas en la pared de la ladera. Y en esa pared, a su lado, había una abertura alta y oscura, enmarcada en mampostería antigua. Una voz triste pareció oírse como un eco en aquel paraje desolado y abrasado por el sol: «Mi sepulcro, que está en las montañas orientales».

Avanzamos hacia la entrada y nos quedamos quietos unos instantes, cegados en la oscuridad, aunque en los primeros metros de la tumba entraba una buena cantidad de luz, reflejada por el resplandor del otro lado del estrecho valle. La entrada descendía y casi enseguida llegamos a un tramo de escalones y un raíl de piedra de alrededor de un metro de ancho que se había dejado sin picar en el centro y se había alisado para arrastrar el gran sarcófago. Debíamos de estar ya al nivel del suelo exterior, pensé. El largo pasadizo continuaba, y seguía bajando. Encendimos las linternas porque, para entonces, apenas llegaba la luz exterior. Al final del pasadizo salimos a otro tramo de escaleras, más corto pero más empinado, con el mismo raíl descendente en el medio. Seguimos bajando. Ya debíamos de estar bastante por debajo del nivel del suelo exterior y bastante dentro de las entrañas del barranco. Salimos a una pequeña sala con el suelo accidentado y lleno de escombros.

—Esto en realidad era un pozo bastante profundo —dijo John—, excavado enfrente de la cámara funeraria a modo de protección contra los ladrones de tumbas. Pero se relleno después de descubrir el sepulcro. Tendríamos que limpiarlo otra vez, me parece a mí, y examinar detenidamente este relleno.

Crucé con cautela por encima de los escombros, confiando en no tener que examinarlos antes de lo necesario.

Un poco más adelante, el pasadizo se ensanchaba de repente y se convertía en una gran sala. Era la cámara principal. Vacía, con escombros, destartada. Había unos cuantos murales, muy deteriorados, en la pared de la derecha. John dijo que la piedra era de muy mala calidad, así que las habían cubierto de estuco, y las decoraciones se habían tallado en el yeso, de ahí que estuvieran tan estropeadas. De todos modos, podíamos entrever las figuras de Akenatón, de Nefertiti y las princesas, adorando los benignos rayos del disco solar (cada rayo acaba en una mano tendida en acción de gracias). Aún quedaba una gran columna que reforzaba el techo de la cámara. Nos movíamos muy despacio en aquel extraño lugar. Años más tarde, claro, conocí las famosas tumbas de Tebas, los relieves brillantemente coloreados y tallados en la delicada y dura piedra, tan deslumbrantes hoy como lo fueron siempre, los pasadizos con bruscos vericuetos, los guías profesionales, la luz eléctrica en el interior de las tumbas, la procesión de turistas con gafas de sol... pero, de todas las que he conocido, solo recuerdo vívidamente la tumba oscura y destartada de Akenatón, en la que apenas unas pocas personas habían entrado desde el día en que un grupo de hombres esforzados trasladaron el sarcófago para que descansara en esa sala toda la eternidad. Lo recuerdo porque la tumba solitaria reproducía de un modo muy conmovedor la historia de Akenatón: sus mismas condiciones desastradas recordaban el fracaso del faraón. Al igual que se quiso apartar de la vida social, distinto de sus iguales en cuerpo y alma, actuó contra la tradición, pero se rindió al final: así en la hora de su muerte yació solo, lejos de su propio pueblo; y en la hora de su muerte también, aún acosado por la tradición, su cuerpo fue despedazado y quemado por los zelotes de Tebas.

Cuando ya salíamos de la cámara real, pensé en los obreros esperando que los pocos deudos que habían acudido salieran de la tumba para que ellos pudieran sellar la puerta interior; luego, lentamente, subirían los escalones igual que lo hacíamos nosotros ahora, pero con sus propios aparejos, las cuerdas, los troncos de rodamiento o las palancas; y luego empezarían el gran trabajo de asegurar la entrada exterior. Y finalmente, cuando cayera la noche, con el trabajo concluido, la confusión de voces se haría cada vez más débil mientras sus pasos se alejaban por el valle. Después, un silencio indescriptible. Allí dejaban, en lo más profundo de la Montaña Oriental, envuelta en las frías vendas del olvido, la figura inmóvil del faraón, empobrecida, despreciada y sola.

Tal vez los obreros se fueran preguntando, en voz baja, qué ocurriría después, y si el joven faraón regresaría de Tebas. Seguro que dijeron que el joven faraón también estaba a punto de morir. Bueno, y si ocurría eso, el otro muchacho ascendería al trono («¡Que el cielo le sea propicio al chico!»), lo que significaría que *ella* controlaría el trono una vez más... Es extraño que se pueda volver a hablar de ella sin correr peligro...^[41]

Al final del tramo interior de escaleras vimos una oscura abertura en la pared, a la izquierda, porque había espacio para otro enterramiento en la tumba. En los años felices del matrimonio, una gran sombra había caído sobre la familia real. La segunda hija, la princesa Maketatón, murió. Entramos en las cámaras funerarias de la princesa. No había ni rastro del sarcófago, que probablemente había estado en la más profunda de las tres cámaras; pero las paredes decoradas contaban la eterna historia del duelo familiar. Se veía a sus padres llorando, y la habitual recua de las seis niñas se había quedado en cinco, la más pequeña aún en brazos de una niñera. Los ritos funerarios se representaban en diferentes etapas: los padres junto a un pequeño féretro, y luego la momia expuesta bajo un dosel, y en otra escena que se puede ver debajo. Todos estos murales estaban desconchados y también destrozados, como una evocación de aquella pena lejana que de alguna manera perduraba en el aire mohoso.

Salimos por fin a la luz del día; el cielo, por encima de los empinados taludes, tenía un azul prodigioso en ese momento; y los rayos del disco solar entibiaban por fortuna nuestros cuerpos y corazones ateridos.

Yo no sé lo que pensaban los demás cuando volvimos a bajar al valle, después de haber comido y descansado, y salimos a la llanura de la ciudad, donde estaban las tumbas de los nobles. Pero ninguno estuvo muy hablador. Tal vez ellos se sentían también como si estuvieran acompañando al pequeño grupo de apesadumbrados familiares y amigos que habían hecho este camino tantos años antes. El valle, abrasado por el sol, se retorció y zizgagueaba: también ellos debieron de verlo así.

A media tarde rodeamos el último espolón de la torrentera y volvimos a salir al mundo que conocíamos; solo la luz había cambiado desde la mañana. A lo lejos, en la planicie, la ciudad antigua se encontraba ahora envuelta en sombras. Y, de un modo parecido, mi impresión de ella nunca volvería a ser la misma. La luz había cambiado; ya nunca sería capaz de verla con aire indiferente, como una observadora distante que conociera su historia pero sin dejarse llevar demasiado por la emoción. Sentí cómo las sombras se cernían

sobre la ciudad antigua, sentí en mi corazón el fracaso latente de aquella gran empresa; pero ahora, mientras podía recorrer las calles soleadas y las casas, y contribuía a rescatar un objeto tras otro, todos maravillosos, fui consciente de que todo aquello se había acabado. Fui consciente de la enorme grieta negra que se abría en las murallas antes intactas, y del camino duro y terrible que conducía a una tumba ignominiosa y profanada.

Capítulo X



El tiempo estaba cambiando. Era enero; aún demasiado pronto para el habitual jamsin o jamasin:^[42] nosotros tendríamos que haber acabado el trabajo para cuando llegara, a primeros de marzo; pero de todos modos, de vez en cuando, desde el sur soplaba un viento seco y ardiente, levantando nubes de polvo y arena que oscurecían el sol, enturbiaban el color del cielo y lo hacían todo mucho más desagradable. Había arena por todas partes: te reseca la piel y te ensuciaba los dedos en cuanto tocabas una mesa, una silla o un libro. Se colaba por la ventana de la oficina, aunque estuviera bien cerrada, y se amontonaba en el papel de la máquina de escribir; y, cuando intentaba soplarla, los granos que habían aterrizado en las palabras tecleadas, aún ligeramente húmedos por la tinta de la cinta, se quedaban allí pegados... Al final me encontraba con una especie de emplasto amarillento... muy pintoresco y curioso, si estabas de humor para considerarlo en esos términos.

Y yo no lo estaba. Había estado haciendo cuentas aquella mañana y me pareció que, incluyendo el siguiente y último giro de Londres, solo tendríamos dinero para seguir con la excavación un mes más, como mucho, en vez de las seis o siete semanas, o incluso ocho, con las que contaba John antes de que el jamsin nos impidiera seguir trabajando; no le iba a gustar nada saberlo, viendo las cifras en negro sobre blanco.

La falta de dinero era la espada de Damocles de todas las expediciones pequeñas. Teníamos que fiarlo todo a unas cuantas donaciones importantes de fuentes privadas, y el resto, a cualquier cantidad que la Sociedad pudiera sacar de cualquier sitio. Una situación poco recomendable, porque, si los grandes promotores se caían, íbamos servidos.

La única forma de planificar una campaña a largo plazo, de varias temporadas, sería asegurando ingresos procedentes de un gran número de personas que donaran pequeñas cantidades, pero de forma regular y permanente. Sin embargo, era bastante improbable que una gran cantidad de británicos se interesara por la parte menos espectacular de la arqueología hasta el punto de desprenderse de unos cuantos peniques por la causa. No cabía ninguna duda del tirón que podría tener un hallazgo espectacular, por lo que se refiere al interés del público y también a las fuentes del dinero. La tumba de Tutankamón lo había dejado claro; era normal. Pero, aun en ese caso extraordinario, el interés de las masas se desvaneció al cabo de unos pocos años y, con él, también las donaciones, así que la planificación de una campaña de varias temporadas a gran escala ni siquiera se planteaba.

Desde el punto de vista científico, la campaña estaba cumpliendo perfectamente; el trabajo seguía su curso, constante y eficiente, se registraba adecuadamente, se planificaba y se informaba. Teníamos bastantes hallazgos interesantes y unos pocos de primera calidad. Pero estaba clarísimo que no disponíamos de nada que lanzara al público británico en masa a amontonarse en la entrada de la Sociedad, agitando chequeras y monederos, deseoso de financiar una prórroga de nuestra estancia en la excavación.

La incertidumbre también favorecía que el cierre de la campaña resultara incómodo: si el director no sabía si iba a poder volver en otoño, constituía un grave problema: ¿debía aprovechar su precioso tiempo y el trabajo de los obreros para excavar cada casa diminuta (aunque cualquiera de ellas, aunque no lo pareciera, pudiera ofrecer algo verdaderamente importante), o debía examinar rápidamente una zona más amplia, seleccionando las casas que parecieran más importantes, dado que no había manera de asegurar que fuéramos a tener otra oportunidad para volver y excavar allí? Yo sabía que este último método de prueba y error iba contra las ideas de John.

Y sabía, también, que estaba empeñado en cumplir su plan inicial de terminar todo el Barrio Norte en esta campaña; y que el trabajo era excesivo para nuestro pequeño equipo. Hilary y Ralph supervisaban la excavación todo el día y dibujaban planos hasta altas horas de la noche; y, para ayudarlos,

John y Tommy se repartían la mayor parte de la supervisión de las primeras fases de las excavaciones, lo cual significaba que tenían que levantarse todos los días a las cinco y media de la mañana, con unas dieciséis horas diarias de trabajo por delante. La tensión empezaba a notarse. Hacía días que Ralph no tenía buena cara.

Hilda y yo intentábamos sacar entre las dos, esquemáticamente, esbozos coloreados de los dibujos encontrados en algunas vigas que se habían caído con el techo en una casa. Si hubiéramos tenido tiempo de sobra, habría resultado divertido; pero sobre cada cosa que hacíamos se cernía una sensación agobiante de presión, la conciencia de que había otras labores por hacer y que se acumulaban sin parar.

Unos pasos en el patio interrumpieron mis funestas meditaciones. Ralph entró en la oficina. Intentó sin mucho éxito abrir la puertecilla del botiquín, y luego se sentó en una silla.

—Está cerrado —dije—. ¿Qué pasa?

Me miraba fijamente con una cara gris y polvorienta.

—He pensado que lo mejor era venir a morir aquí —dijo tristemente—. Me encuentro fatal.

Busqué un termómetro. Tuve la desagradable sensación que se experimenta cuando se comprueba que la línea gris está por encima de la raya roja.

—Tienes un poco de fiebre —dije precavidamente—. Será mejor que vayas y te acuestes un poco.

—Vamos, enséñamelo —dijo—. Tu cara lo dice todo.

Le di el termómetro. Le dio un par de vueltas, sin saber muy bien qué hacía, y luego lo miró con aire contrariado.

—Treinta y nueve y medio —murmuró—. Me lo imaginaba. En fin, no es buena idea ir a trabajar así. Casi no puedo ver del dolor de cabeza... No he sido capaz de hacer ni una línea en los últimos dos días. Iré a sentarme un rato en el salón... Allí se está más fresco.

—Vete a la cama —le dije—. Venga. Iré a ver cómo estás por la tarde. Vuelve a la cesta, Bertram.^[43]

Sonrió de mala gana, se levantó lentamente y desapareció en dirección a su habitación. Fui a buscar a Hilda. Lo seguimos y lo encontramos temblando; decía que se levantaría después de la cena para acabar el plano de

la T.36.36, porque John lo necesitaba con urgencia. Le dijimos cariñosamente que no hiciera tonterías.

—Seguro que se pone bien en cuanto descanse un rato —dijo Hilda un poco dubitativa, mientras volvíamos de la habitación de Ralph—. Pero John se pondrá histérico. Ya vamos muy retrasados; esta mañana decía que necesitaríamos un hombre más para la supervisión, y ahora resulta que tendremos uno *menos*...

Salió a buscar unas aspirinas y agua de cebada, y me pidió que llenara una botella con agua caliente.

Después volví a mi oficina. Estaba anocheciendo, y el paisaje que se divisaba por la ventana no era muy halagüeño. Violentas ráfagas de viento azotaban la casa y se ensañaban con ella; una calima ardiente y polvorienta ocultaba el cielo, y las palmeras grisáceas y llenas de arena se agitaban furiosas. Vi a John, a Hilary y a Tommy salir lentamente de la nube de polvo. Me pareció como si John cojeara ligeramente. ¿Y ahora eso también?

Entró en la oficina sin decir palabra, dejó la cámara y los cuadernos, y salió otra vez sin decir nada. Me acerqué a la sala de dibujo, donde Hilary estaba colocando su tablero y sus cintas métricas.

—¿Cómo está Ralph? —preguntó.

Le conté, y me dijo que probablemente no iba a estar para nada en unos cuantos días.

—Bueno, yo no puedo hacer nada más —dijo con un gesto de desesperación—, y John quiere que empecemos una nueva casa y el jardín mañana.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté.

Pareció sorprenderse.

—Dice que está perfectamente... ¿Cómo demonios lo sabes?

—Va cojeando y está de mal humor —dije—. ¿Qué le ha pasado?

—Se arrodilló encima de un escorpión a mediodía —contestó—, cuando estaba examinando un nicho en una pared. Seguro que le dolió muchísimo. Luego se puso fatal, pero decía que se encontraba mejor; yo creo que todavía tiene la rodilla hinchada. Él no quiere ni hablar de ello.

Fuimos al salón para tomar un té de última hora. John estaba ya con una taza en la mano, pero sin comer nada. Yo sabía que una mala picadura de un escorpión puede ser un asunto muy feo. Un escorpión puede matar a un niño.

John estaba bastante pálido, pero muy tranquilo. Hilda, por supuesto, había averiguado lo que había ocurrido y él acababa de enterarse de lo de Ralph. Yo rezaba para no tener que hablar de nuestras finanzas aquella noche nefasta.

—¿Crees que Ralph estará mejor mañana? —le preguntó a Hilda con preocupación.

—Lo siento, John, pero no deberías preocuparte por eso ahora —contestó—. Aunque le baje la fiebre, no estará en condiciones de ir a la excavación en un par de días, visto lo mal que se encuentra. Tendría que haber venido a casa antes. Sencillamente, yo diría que no cuentes con él los próximos tres o cuatro días, por lo menos... y no sabemos exactamente qué le pasa. Y tú también tendrías que tomarte un día libre, con esa rodilla...

—Imposible —dijo tozudamente—. Yo estaré bien mañana. Y, si tenemos que ir un poco más despacio ahora, podremos recuperarlo quedándonos un poco más de lo que teníamos pensado... digamos, como ocho semanas más a partir de hoy.

Lo estaba viendo venir.

—Supongo que esto sí lo podremos hacer, ¿no? —dijo, volviéndose hacia mí—. Desde el punto de vista económico, quiero decir. En este momento, ¿es posible calcular cómo van las cosas?

No tenía escapatoria.

—He hecho algunos cálculos hoy, John —dije—. Tan ajustados como me ha sido posible. Y me temo que el resultado no es bueno. Como cogimos a veinticinco obreros más, solo la factura de la mano de obra semanal asciende a casi sesenta libras, contando a los *guftis* y al personal de la casa. Por lo que he podido calcular, creo que el dinero solo nos alcanzará para otras cinco semanas, como mucho. Necesitaríamos al menos doscientas libras para seguir otras tres semanas más.

Se hizo un silencio incómodo. Un capitán infeliz siempre tendrá una tripulación infeliz. Pude verlo calculando cinco semanas más pensando en el Barrio Norte, un período de mal tiempo y un equipo agotado. Pude ver que estaba dándose cuenta de que era imposible; pude verlo asimilando la decepción en su cuerpo aún conmocionado y dolorido, víctima del veneno del escorpión.

—Entiendo —dijo al final, casi en un susurro—. Bueno, es lo que hay. Llegaremos hasta donde podamos, y procuraremos asegurarnos de que podremos volver el próximo invierno: y, si puede ser, con más fondos. —

Vimos cómo intentaba salir a duras penas del abismo—. Tenemos que pensar alguna idea *ahora* para sacar dinero a lo largo del verano —añadió lentamente—. Habrá que hacer una exposición tremendamente atractiva para el gran público; y mientras tanto —sonrió con un gesto bastante amargo— confiar en que encontremos un tesoro escondido de doscientas libras.

Entró Hussein con un montón de correo que acababa de llegar. Tenía la mirada desencajada; nos contó que en el río había grandes olas y que a los chicos de la falúa casi les había costado una hora cruzar las turbulentas aguas. No se habían atrevido a levantar la vela.

Tommy cogió las cartas de Ralph y se las llevó a su habitación; cuando volvió, dijo que estaba dormido.

—No creo que podamos llamar al médico sirio de Mallawi con este tiempo —dijo Hilda—. Espero que mañana no esté peor.

John repartió las cartas. Y durante unos segundos no hubo ni un solo ruido, excepto los crujidos de los sobres al rasgarse, las hojas al desplegarse y el viento soplando furioso en el patio.



EL CORREO

Al cabo de un par de minutos, dijo:

—Esto es gracioso, acaba de llegar. —Todos levantamos la cabeza—. Es una carta de un joven americano que me pregunta si puede venir a echarnos una mano en la excavación durante un tiempo, y solo por la manutención,

«porque le interesan mucho las excavaciones arqueológicas». George Nosqué, y escribe desde Lúxor. Un turista, supongo.

—Parece una respuesta a tus plegarias —dijo Hilary medio dormido.

Lo discutimos: el chico podía ser un inútil, tal vez no sirviera para nada. Al final, John dijo que en este momento no podíamos permitirnos el lujo de rechazar una oferta de ayuda; y Hilda asintió agradecida, pero habló de la falta de espacio.

—Tommy, Hilary, ¿os importaría compartir una habitación?

Ambos negaron con la cabeza.

—Bueno, entonces, ¿le escribes y le dices que puede venir? —me preguntó John, entregándome la carta—. Y cuanto antes mejor: y déjale claro que esto no es un pícnic. Se va a llevar una sorpresa si espera algo parecido a la residencia que tienen los americanos en Lúxor. ¡Qué no podríamos hacer nosotros con una mínima parte del dinero que ellos se gastan en cocineros suizos y baños!

Me llevé la carta a la oficina, con el resto del correo administrativo, y esboqué una respuesta antes de cenar. Pensé que, en circunstancias normales, John jamás habría corrido el riesgo de admitir a un desconocido en nuestro pequeño y aislado círculo. Las posibilidades de que no encajara eran demasiado elevadas. Cualquiera que haya vivido en una pequeña comunidad aislada durante meses sabe que las tormentas psicológicas pueden estallar, cuando los nervios están de punta, incluso entre personas que se llevan muy bien y, si se prolongan en el tiempo, pueden poner en peligro toda la expedición. Pero la necesidad de ayuda y la casualidad de la carta coincidieron en el momento justo e inclinaron la balanza a favor del intruso. Los presagios y los augurios resultaban más significativos en Amarna que en Inglaterra. Y si, por un milagro, el nuevo resultaba ser un individuo increíblemente aceptable, inteligente y laborioso, y no alteraba nuestras cuentas ni en un penique, puede que hasta fuera la solución para acabar con el Barrio Norte a tiempo.

Eché otro vistazo a la desgarbada caligrafía del solicitante; y, sin ser una experta en grafología, tuve todas las dudas imaginables de que pudiera salir algo bueno de todo aquello.

Los siguientes días no fueron buenos. John estaba de un humor sombrío; y, aunque la fiebre de Ralph iba bajando paulatinamente, el proceso fue muy lento. Aún había torbellinos de polvo en el aire y cada vez venían más obreros

por la noche con los ojos rojos y doloridos y tos seca después de largas horas en el exterior. Cuando hacía este tiempo, habitualmente se quedaban bajo los palmerales, o cerca del río, con la cabeza enrollada en sus turbantes, protegiéndose la frente, la nariz y la boca del polvo en suspensión.

Y por fin llegó el día en que el viento se convirtió en una ligera brisa, el polvo se asentó y el cielo cambió lentamente de una fea calima a un gris perla y, finalmente, a un azul muy claro; supimos también que nuestro nuevo chico llegaría a la estación del pueblo a primera hora de la tarde. Enviamos una embarcación por la mañana y, cuando Hilda y yo bajamos al río antes del té, vimos cómo la diminuta falúa, con su deslumbrante vela triangular — demasiado grande, siempre daba esa impresión—, se hacía más grande ante nosotras mientras surcaba unas aguas aún bastante agitadas.

A medida que se acercaba, nos llamaron la atención unas maletas carísimas amontonadas por todas partes. En medio del barco se veía la cúpula de un salacot de color crema. Los chicos acercaron cuidadosamente la falúa al embarcadero y empezaron a descargar las maletas. El salacot se levantó lentamente y apareció una cara redonda y pálida seguida de un precioso traje de seda de *tussar*, el mismísimo efecto de un malvavisco tostado. El chico saltó cautelosamente a la orilla y se acercó tendiéndonos su mano regordeta.

Los barqueros estaban apilando en el embarcadero su ajuar infinito. Al lado de nuestro nuevo compañero, parecían increíblemente avispados y vivos —incluso atractivos—, con aquella tez tersa, morena y curtida, como cobre pulido, que marcaba los huesos, mientras los músculos se tensaban bajo la piel. Nos habíamos acostumbrado tanto a este tipo de vigor delicadamente delineado que supongo que George partía con una injusta desventaja.

Era joven y bastante alto, pero regordete, y con la cara pálida; tenía un pelo fino, rubio y rizado que empezaba a caerse rápidamente, y una pequeña naricilla de loro por encima de unos labios excesivos. También tenía una barbilla floja y partida. De perfil, parecía uno de los emperadores romanos menos atractivos.

Conversamos un par de minutos educadamente e hicimos los comentarios apropiados. Luego, en fila india, empezamos a subir por el estrecho sendero que discurría entre una zanja profunda y el campo de cebollas de algún particular, alimentando ese tipo de conversación deprimente que se espera de una cuando tiene la obligación de comenzarla y la seguridad de que todo acabará en un desastre gordo. El chico sugirió que una lancha motora sería

una buena idea en un río tan ancho; dijo que era realmente maravilloso estar en el salvaje Egipto y que estaba deseando darse una buena ducha.

Hilda dijo que nosotros preferíamos nuestra vieja falúa; y yo añadí que a nosotras no nos parecía especialmente salvaje esta zona de Egipto; y las dos comentamos que nos temíamos que no sería factible darse una ducha. El silencio que se hizo a continuación —concentrados en no caer nos en la acequia ni pisar las cebollas— nos permitió no interesarnos demasiado en lo que pensarán los demás.

La cena fue una cosa discreta. Creo que hicimos todo lo que pudimos; pero los ingleses no son especialmente afortunados a la hora de abrir sus castillos a los desconocidos, aun cuando se trate de espíritus claramente amigables. Los ingleses observan al desconocido desde las ventanas saeteras y las almenas días y días, con recelo, intentando averiguar el carácter y las intenciones del tipo que se aproxima. Si da la casualidad de que este también es inglés —o no lo es, pero conoce las costumbres de la tribu—, reconocerá la maniobra y esperará pacientemente en el césped, al otro lado del foso, hasta que alguien le permita entrar. Pero si el recién llegado es un joven americano, se asombrará del tiempo que tarda en bajar el puente levadizo.

George intentó entrar corriendo en nuestro castillo: un comienzo fatal. Dijo que estaba seguro de que todos teníamos apodos y que le gustaría saber cuáles eran; a él siempre lo llamaban Doc en casa, porque siempre estaba tomando medicinas y recetándoselas a sus amigos. Sus principales actividades eran, al parecer, jugar y experimentar con agujas hipodérmicas.

John, mirando su plato, le dijo que ninguna de estas dos habilidades tenía mucha demanda en Amarna, y le preguntó si sabía algo de árabe. Al parecer, no; porque acababa de llegar a El Cairo, hacía quince días, después de pasar varias semanas en Europa, y luego había estado una semana con una expedición americana en Lúxor. Habló muy poéticamente de las neveras que tenían allí, de la pista de bádminton y de la biblioteca con su suelo de parqué.

—El caso es que necesitamos que nos ayudes en la excavación, así como en otros trabajos esporádicos —prosiguió John, interrumpiendo el panegírico—. Andamos escasos de mano de obra y tenemos mucho trabajo por delante las próximas semanas. Cuando subas con nosotros a la excavación te lo enseñaré. Tendrás que aprender el suficiente árabe para entender lo que el *reis* que esté al mando te diga: te daré una lista de las palabras y expresiones más habituales. Pero, aunque lo entiendas, no debes tomar ninguna decisión por tu cuenta sin decírnoslo primero a nosotros.

Pronunció estas palabras sosegada y amablemente, pero dio la impresión de que George se daba cuenta por primera vez de que se había tomado muy en serio su ofrecimiento de ir a Amarna a *trabajar*. Se dio cuenta también de que John, a pesar de sus modales joviales y espontáneos, era el jefe, de que le había dado una orden y de que seguiría haciéndolo el tiempo que decidiera quedarse allí compartiendo nuestra comida, aunque no se conservara en un frigorífico.

El recién llegado miró a John con sorpresa y respeto, como si le divirtiera, aunque fuera de mala gana. La sonrisa probablemente pretendía ser un poco condescendiente, un intento de recuperar la dignidad perdida.

—Estaré preparado mañana por la mañana —dijo—. Nunca se me han dado bien las lenguas, pero lo intentaré. He leído bastantes cosas sobre este sitio, de todos modos. ¿No vivió aquí Tutandkamón? Y ¿no fue aquí donde encontraron aquella cabeza de Nefertiti?

—Claro —murmuró Ralph, que aún parecía bastante aturdido y decaído después de su primer día levantado—. Supongo que esperas encontrarte sarcófagos de oro por las esquinas.

George se echó a reír.

—No soy tan tonto... —dijo con ánimo cordial; y de repente todos sentimos que éramos un grupo de aburridos británicos. Estábamos confabulándonos contra él. Pero lo que dijo a continuación consiguió que me pusiera en su contra todavía más—. Pero quizá encontréis algo sensacional mientras yo estoy aquí... Podría utilizarlo. Tengo un acuerdo con un periódico en Estados Unidos para enviarles un telegrama con cualquier noticia que pudiera causar sensación.

John se levantó. Le dijo a George en términos inequívocos que una publicación de Londres tenía prioridad en todas las noticias que salieran de Amarna, y que enviar antes una noticia de ese tipo a cualquier otro lugar sería incumplir el acuerdo.

—Lo entiendes, ¿no?

—Claro, claro... pero es una pena, en fin.

—Lo siento, pero es lo que hay: no serás periodista, ¿no?

—No, por supuesto que no —contestó—. Todavía no me he decidido por una profesión, desde que salí de Princeton. Papá me obligó a hacer este viaje confiando en que, cuando volviera, ya me hubiera decidido por algo. Pero

supongo que no he dedicado mucho tiempo a pensarlo; aunque lo he pasado muy bien.

Se le escaparon unas risillas por algo que recordó y, a juzgar por su gesto impúdico y displicente, no era difícil imaginar el tipo de aventuras que papá había estado financiando.

Fuimos conscientes de que papá no había dejado de trabajar en toda su vida, pero quería que su vástago disfrutara de las cosas que él no había podido disfrutar a su edad. Lo sentí por papá. Me recordaba a aquel millonario de los barcos y los ferrocarriles del que hablaba Kipling, cuyo pequeño hijo mimado había salvado su cuerpo y su alma después de caer por la borda de un transatlántico y ser recogido en la orilla por una goleta de pesca.^[44] Solo que George no había tenido la suerte de caerse por la borda de ningún barco. Era un blando vividor criado entre algodones; y todo lo que a nosotros nos parecía aceptable, natural y bueno en el campo de trabajo —camas plegables, lámparas de petróleo, baños con baldes en el suelo, etcétera— a él le debía parecer inconcebiblemente primitivo e intolerable. Sin embargo, a algunos de los arqueólogos pioneros del siglo anterior, que tantas veces no tuvieron por único mobiliario y refugio más que unas cuantas cajas de embalaje dentro de una tumba de roca, y que durante semanas apenas se alimentaban de chuscos de pan, sardinas y café, nuestra forma de vida en el campo de excavaciones seguramente les habría parecido escandalosamente lujosa.

Todos habíamos oído hablar de este tipo de joven americano —sobre todo en las novelas— y ya era mala suerte que el primero con el que nos cruzáramos en la vida real se ajustara tan precisamente a nuestra idea preconcebida. En cualquier caso, lo cierto es que yo, joven, engreída e insular, cometí durante un tiempo el gran error de pensar que George era el típico pasajero americano de transatlántico. Por fortuna para mí, no pasó mucho tiempo antes de que volviera a trabajar con muchos otros americanos, que curaron mi manía de juzgar precipitadamente a las personas basándome en un solo ejemplo. Y, aunque aún sigo pensando que tienen una obsesión prácticamente patológica por la higiene y las comodidades, y estoy bastante segura de que consideran mi manera de vivir no muy alejada de la Edad Media, nada de esto ha impedido que hayan surgido amistades profundas y duraderas.

Pero éramos jóvenes y despiadados, sin tiempo ni ganas para tratar a George con consideración.

Al día siguiente no apareció a la hora del desayuno; pero, justo cuando me disponía a ir a la excavación y empezar el dibujo de un trozo de pared pintada que se había encontrado, Hussein entró con una jarra de café recién hecho y se acabaron los nervios.

A continuación apareció George, listo para pasar todo el día en la excavación.

Empezando por arriba, volví a ver el salacot marrón. Luego, un cuello blanco y largo que habría empequeñecido a la mismísima Annie Laurie.^[45] Llevaba un jersecito azul claro, con cuello redondo y unas minúsculas mangas cortas. Siguiendo hacia abajo, unos pantalones cortos increíblemente ajustados y deslumbrantemente blancos; luego, unas piernas asombrosamente largas, delgadas y blancas que acababan en unos diminutos calcetinitos azul claro, y unas zapatillas cerradas con hebilla. Llevaba un espantamoscas, adornado con abalorios de un color azul claro.

Me temo que murmuré algo como «¡Hurra por el capitán Spalding!», porque había visto unos meses antes la película del famoso explorador de África interpretado por Groucho Marx, con su salacot, su puro, su bigote negro y las gafas.^[46]

Evidentemente, él reconoció la cita y sonrió un poco avergonzado.

—¿Le pasa algo a mi equipación?

Pensé en la cara que pondría Hussein; tenía muy buenos modales. Luego pensé en el centenar de rudos obreros que trabajaban en la excavación, y que no tenían modales tan refinados. No hacía falta mucho para que se rieran de ti. Un tobillo discretísimo era lo único que una podía ver de las piernas egipcias, a menos que fuera uno de los chicos de las falúas o un pescador, que enrollaban y se metían los extremos de la túnica por el cinturón. Yo estaba segura de que los pantaloncitos cortos de George y sus largas y escuálidas piernecillas levantarían una algarada, y se acabaría la fiesta; por el bien de los trabajos de excavación, tenía que conseguir de alguna manera que se pusiera unos pantalones largos antes de salir de casa.

El razonamiento de que, aunque por nuestra parte no había inconveniente, los obreros podrían sorprenderse o reírse le dejó indiferente. No le importaba mucho lo que pudiera pensar un atajo de negros primitivos. El razonamiento de que la excavación era un lugar muy polvoriento y accidentado en los momentos de mayor actividad, que su ropa resplandeciente podía ensuciarse en nada y que sus zapatos se harían trizas tampoco tuvo mayor peso. Lo que finalmente le hizo cambiar de opinión y consiguió que se pusiera unos

pantalones largos de color caqui fue mi funesto augurio de que, con tanta piel expuesta a los colmillos, las garras y los espolones de mosquitos y garrapatas del desierto, era casi seguro que cogería unas fiebres y estaría enfermo por la noche. Fue una inspiración, no una idea espectacular: todos habíamos tenido un poco de fiebre por culpa de las moscas de la arena al principio de la campaña, y el único remedio consistía en cubrirse. Me miró con aire solemne y dijo que no tenía suero contra la mosca de la arena en su botiquín. Yo le devolví la mirada con toda solemnidad y le dije que, bueno, entonces, cuanto más se cubriera, mejor. Y media hora más tarde salimos de la casa decorosamente ataviados, George con los citados pantalones de color caqui y el añadido de un pañuelo vaquero anudado elegantemente por debajo de la oreja, y oliendo a repelente de mosquitos.

Yo creo, de verdad, que comparado con lo que sería su vida normal, lo que hizo en Amarna fue un trabajo durísimo. Pero, ya acostumbrados, a nosotros no nos impresionó su esfuerzo en la misma medida. La caminata diaria de kilómetro y medio de ida y vuelta a la excavación casi lo dejaba derrotado.

—Nunca camino más de dos manzanas en mi país —nos confesó una cálida noche, mientras recuperaba el aliento apoyado en una pared—. Siempre voy en coche... Bueno, ¿por qué no tenéis un coche aquí? Pensad en el tiempo y la energía que os ahorraríais.

John, que odiaba los coches, y solo los toleraba como males necesarios que había en la vida al otro lado del río, y que habría considerado un absoluto sacrilegio tener uno en Amarna, no dijo nada; pero levantó la cabeza como si Eduardo III estuviera diciendo que necesitaba ese maravilloso cañón del que habla todo el mundo para su próxima batalla. Se había puesto claramente más medieval desde la llegada de George.

Los días se sucedieron y a George le empezó a quedar claro que excavar un yacimiento de la antigüedad consiste, sobre todo, en una rutina que requiere toda la paciencia infatigable, meticulosa y concienzuda de un amanuense unida al estado físico de un atleta casi profesional. Y, aunque se esforzó en cumplir los objetivos que se le encomendaron, estaba casi siempre al margen, con un aire casi de desprecio burlón, simplemente porque no tenía las claves para entender qué era en realidad lo que se estaba haciendo allí. En todo caso, se habría tomado muy en serio un hallazgo llamativo. Las estanterías de la sala de antigüedades, para entonces ya llenas, lo dejaron completamente frío, porque no tenía conocimientos para ver la relevancia y la

significación de ninguno de aquellos objetos. Nadie lo culpó por no saber nada; pero nos dio la impresión de que él nunca pensó que valiera la pena aprender algo. Como era de prever, empezó a aburrirse horriblemente. Sin descubrimientos no hay diversión. Dado que no podría impresionar a sus amigos cuando volviera a casa con historias de espectaculares hallazgos de la antigüedad, tendría que compensarlo con relatos desternillantes de la vida con un grupo de acémilas británicas. Yo estaba segura de que eso lo haría muy bien, porque tenía talento para la comedia cuando se olvidaba por unos minutos de los rigores de su espartana existencia.

Al parecer no pudo aguantar más, porque al cabo de tres semanas llegó una supuesta carta del «viejo» que le exigía volver. Para alguien que alardeaba de su talento como hombre de mundo, resultó conmovedoramente transparente. Poco a poco todos habíamos llegado a la conclusión, por un par de cosas que había dejado caer, de que una de las razones para quedarse tanto tiempo era que había superado su asignación ampliamente, tenía muchas deudas y mucho miedo de decírselo a papá, y estaba aguantando donde no tenía gastos hasta que el rescate —otro giro en dólares ganados con el esfuerzo de papá— se depositara en un banco de El Cairo. Hilary nos contaría después que, justo antes de marcharse, George le había dicho que había sido la noticia de este feliz acontecimiento, y no una llamada apremiante, lo que le había decidido a dejar su puesto en su primer trabajo de verdad.

De todos modos, le preguntó a John —y fue bastante ofensivo— si pensaba que podría arreglárselas sin él durante el resto de la campaña; y John, disculpándose por todos los frigoríficos que no había en Amarna, contestó que lo intentaría.

Sin hallazgos no hay diversión. Pobre George. Porque el mismo día que se fue ocurrió.

Capítulo XI



Era otro de esos desagradables días ventosos de arena y calima. Yo acababa de copiar el dibujo de un fragmento de una pared pintada, un friso de alrededor de medio metro que representaba un pájaro volando contra un fondo amarillo muy vivo. El ojo aún brillaba como si estuviera húmedo, delicadamente, con un leve destello, tenía las plumas grises del cuello y las alas extendidas, moteadas de verde y púrpura. Resplandecía con una pátina iridiscente que contrastaba con los restos polvorientos de la pared en ruinas. John quería llevarse el original, sacarlo de la pared, si era posible, y trasladarlo a la residencia de la expedición. Hilda y yo estábamos ocupadas en la delicada labor de separar el yeso en el que se había realizado la pintura — no era más que una película de una fracción milimétrica de grosor— de la pared en la que estaba colocada. De hecho, lo que hicimos fue quitar la pared de la escayola, utilizando una técnica ideada por Petrie casi cincuenta años antes.

En primer lugar, hubo que rociar la pintura con una solución de celuloide en acetato de amilo, que es casi lo mismo que un esmalte de uñas; pusimos una película muy fina y transparente, pero reforzante, en la superficie pintada, delicada y extraordinariamente frágil. Luego, trabajando desde la parte posterior del murete, fuimos deshaciendo los adobes y quitándolos poquito a poco. Un *gufti* joven removía un cubo de yeso para que siguiera líquido y sin cuajar, para el momento en que lo necesitaríamos. Cuando empezaron a

aparecer las primeras y diminutas grietas entre los adobes y el estuco con la pintura, nos apresuramos a echar por detrás paletadas y paletadas de yeso, hasta que al final la pintura quedó fijada en una nueva pared blanca, como de un par de centímetros de grosor. Después hubo que esperar un buen rato hasta que la escayola se endureciera, antes de empezar con el proceso final de trasladar toda la pieza.

Estábamos esperando a que se secase la escayola cuando oímos el silbato del viejo Umbarak. Como era media tarde, resultaba bastante raro. Miramos hacia el Barrio Norte y vimos a un montón de obreros en una pequeña casa que estaban excavando bastante cerca de la zona de cultivos. Cada vez más trabajadores se dirigían allí para ver qué estaba pasando. La disciplina parecía haberse roto por completo. Creo que Hilda y yo, las dos, pensamos para nuestros adentros: «Accidente». Era relativamente fácil partirse un brazo o una pierna al caer en uno de los fosos o en alguna de las zanjas más profundas. Hilda le dijo al chico que vigilara bien la pintura hasta que volviéramos, y fuimos a ver qué había pasado.

En el centro del tumulto, todo el mundo estaba mirando el suelo de una humilde salita de una casa pequeña, la T.36.63, cuyas paredes casi se alineaban con el verde lindero de grano primaveral que marcaba el borde de los cultivos. Un *gufti* y otro con un *tourieh* estaban arrodillados en la arena al lado de una gran vasija; nos dijeron que la habían encontrado en el hueco que se veía en el suelo. También tenían un platillo de cerámica con una gran grieta, que había servido como tapadera hasta que el *gufti* lo había retirado. Pero no fue ni el agujero del suelo ni la tinaja ni el platillo lo que atrajo nuestra mirada; era lo que había en la arena, junto a la oscura boca de la vasija: unos lingotes brillantes y amarillos. Cuando el *gufti* movió la tinaja con cuidado y puso la mano para que saliera parte de lo que tenía dentro, fueron saliendo, uno tras otro, lingotes resplandecientes que acabaron formando un montón cada vez más grande y brillaban con dorados reflejos de la luz del sol. Lingotes de oro. Luego vino una cascada de lingotes blancos y mates, anillos y espirales: ¿serían de plata?

Parecía que toda la excavación estaba allí; la mayoría de los obreros guardaban silencio, atónitos, pero de vez en cuando alguien exclamaba «*Ma'sh'allah!*» o «*Wah! Wah! Wah!*». Después supimos que, cuando el *gufti* que estaba al mando vio el primer lingote y supo de qué se trataba, había enviado un mensaje secreto al viejo Umbarak para que le pidiera a John que se acercara sin falta, pensando que era mejor que enviar a uno de los obreros. Pero el viejo Umbarak, oliéndose algo interesante, se había acercado a ver

qué era y se había vuelto loco de emoción, y, lo peor de todo, había tocado el silbato. Si hubiera mantenido la calma, se podría haber tapado de nuevo la vasija, y podríamos haberla llevado a casa tranquilamente. Pero, tal y como se desarrollaron los acontecimientos, la noticia corrió como la pólvora por toda la excavación: la cantidad de oro encontrada en la vasija aumentaba, multiplicada por cien, cada vez que la noticia pasaba de un obrero a otro, y ya no había forma de ocultar que habíamos encontrado un tesoro de oro y plata, embarazosamente grande, sin necesidad de exageraciones fantásticas. Debió de esconderlo un ladrón en tiempos de Akenatón; tal vez fuera el tesoro del templo o del palacio, una vez fundido.

Siguieron apareciendo más lingotes y espirales de plata blanca. Al final salió un gran barrote de oro, de más de medio metro de largo, y un fino reguero de arenilla gris. Había algo brillante. El *gufti* lo cogió y se lo entregó a John. Era un diminuto amuleto, una figurilla humana, como de un par de centímetros, de plata, con una arandelita por detrás para poder meter una cadena. Encima de la cabeza —unos ojos grandes y una nariz aguileña— tenía una especie de gorro redondo de oro. Era como si el amuleto de oro y plata se hubiera dejado allí a modo de talismán, para proteger o vigilar el tesoro de los mismos materiales de los que estaba hecha la figurilla, hasta que llegara el momento en que su dueño pudiera desenterrarlo. Pero, por alguna razón, ese momento nunca llegó. El hombre que había llenado aquella tinaja de oro y plata y había cubierto la embocadura con una tapa de cerámica, y la había enterrado tan cuidadosamente bajo el suelo de su pequeña casa, debió de irse a la tumba con el secreto sin habérselo revelado a nadie.

Hubo un repentino revuelo de conversaciones y gesticulaciones cuando los hombres volvieron al trabajo. John se encargó del traslado del hallazgo a la residencia; Hilary fue escoltándolo y se quedó vigilándolo todo el día; Ralph ya estaba recuperado y se estaba poniendo al día con los planos, a marchas forzadas; y George hacía las maletas, porque iba a cruzar el río aquella misma tarde para coger el tren nocturno a El Cairo. Cuando Hilary se fue con la tinaja de oro, John volvió al lugar en el que Hilda y yo habíamos estado concentradas en nuestro pajarillo, encantador pero angustiosamente frágil. John estaba preocupado. Los obreros que trabajaban en la excavación eran bastante amigables, y en general bastante ingenuos, espíritus bienintencionados; pero había muchos tipos peligrosos por los alrededores, trabajando en las tierras de cultivo; sobre todo había que preocuparse por unos cuantos descontentos que habían perdido el trabajo en la excavación por una razón u otra.

Era improbable, pero posible —eso pensaba John—, que de la noticia del hallazgo de un montón de oro y de que lo teníamos en casa pudiera derivarse algún contratiempo; lo menos preocupante, un intento de robo de un par de tipos; lo peor, un ataque organizado.

—No va a ser ninguno de nuestros trabajadores —dijo, obstinadamente leal—, estoy seguro. Pero la noticia podría llegar a otras aldeas de los alrededores. La paradoja es que, desde el punto de vista arqueológico, este tesoro no tiene el menor valor, dejando aparte el pequeño amuleto, que yo creo que es un hitita. Lo demás no es más que plata y oro fundidos.

—Todo esto te pasa por buscar tesoros escondidos —dijo Hilda riéndose, mientras envolvía con una gruesa tela de algodón un tablero de dibujo—. Es lo que querías.

—Sí, es verdad: un tesoro de doscientas libras —dijo John entre risas—. Supongo que en El Cairo lo llevarán todo a la comisión de distribución y reparto...^[47] pero si efectivamente lo reparten con nosotros, no sé si podríamos convertir nuestra parte en fondos para la excavación del año que viene: me encantaría excavar con fondos cedidos por un ladrón de la decimoctava dinastía.

La escayola ya se había secado. John llevó el tablero acolchado hasta la pared y con mucho cuidado lo colocó frente a la pintura, casi tocando la película de barniz. Yo cogí los bordes de la escayola mientras Hilda seguía trabajando con un cuchillo en la parte inferior. En un par de minutos vi que la escayola solo estaba sujeta por mis dedos; se balanceaba si los movía. John acercó el tablero un milímetro más; empujé la escayola con muchísimo cuidado hacia delante y entonces, a una indicación de Hilda, él bajó el tablero hasta dejarlo en el suelo, con la pintura boca abajo, sobre la superficie acolchada. Volvimos a respirar. No estaríamos en condiciones de decir si la pintura había sufrido desperfectos hasta que la levantáramos del tablero otra vez, en la casa, pero, si el yeso y el barniz funcionaban como esperábamos, probablemente estaría bien.

El joven *gufti* se encaminó hacia la casa llevando el tablero con un cuidado infinito.

Hicimos acopio de toda nuestra parafernalia de cuencos de mezclas, cuchillas, espráis, cucharillas, telas de algodón, vendas, etcétera, lo metimos en una caja grande y le dijimos a uno de los chicos cesteros de más edad que nos lo llevara a la residencia después. John dejó a Tommy a cargo de la excavación y se vino con nosotras.

—Al señorito George le fastidiará perderse todo esto —dijo—. Seguramente ahora querrá quedarse... pero se va a tener que ir. Me siento como si estas últimas tres semanas hubiera estado llevando de paseo por la excavación a una medusa gorda e inútil.

—Ha perdido bastantes kilos en el proceso —dije—. Se está poniendo bastante delgado y moreno.

—Supongo que todo es culpa de papá —dijo Hilda—. No es un mal chico: sencillamente ha crecido entre algodones. No te embales, John.

—Estoy seguro de que todo es cuestión de imponer determinada formación a tiempo —dijo, volviendo a acomodarse a nuestro ritmo—. Yo mismo habría sido un perezoso insoportable si mi padre no lo hubiera visto desde el principio.

El esfuerzo de imaginarme a John siendo un perezoso insoportable ocupó mi imaginación todo lo que quedaba de camino a casa.

En la residencia encontramos a Ralph con aire sombrío, dibujando planos y diciéndole de mal humor a Hilary, cada vez que lo veía pasar por la puerta de la sala de dibujo, que no se pusiera melodramático. Porque, fiel hasta la muerte, Hilary había puesto la tinaja del oro en la sala de antigüedades y ahora hacía guardia en el patio, yendo de un lado a otro, vigilando, con un revólver desenfundado. Se lo estaba pasando en grande. Y la familia de Abu Bakr se había congregado en la puerta de la cocina, naturalmente impresionada: o, al menos, exclamaban: «*Wah! Wah! Wah!*», que parece ser la fórmula egipcia para decir: «¡Vaya, vaya, vaya!».

George ya se había ido.

—Pero el tren de Lúxor no llega aquí hasta las diez de la noche —dijo John—. ¿Cuándo se fue?

—Una media hora después de que llegara yo —dijo Hilary—. Estaba nerviosísimo por el tesoro. Era la primera vez que parecía que no estuviera medio dormido. Reunió a los chicos de la falúa y se largaron. Ralph bajó al río para despedirlo... yo no pude, claro: estaba de guardia.

—Pensé que *alguien* debería acompañar al chico —dijo Ralph—. Él sabía que no había sido muy útil, vale. Supongo que se fue antes para evitar embarazosas despedidas.

—Seguramente —dijo John pensativamente—. Puede ser.

Tommy, al volver de la excavación, dijo que todo estaba tranquilo. Al parecer los trabajadores se habían reído a carcajadas de un pobre desgraciado

que era el dueño de la parcela de centeno que estaba al lado de la T.36.63, la Casa de la Vasija de Oro. Tenía un burro, al que durante años había atado a una estaca en un terreno baldío, a un par de metros de sus tierras. Había sido la punta de esa estaca la que había roto la tapa de loza que cubría el tesoro, apenas a un par de palmos por debajo del suelo. Y ahora veía que durante años había estado pisando un increíble tesoro... Los comentarios del pobre hombre, que claramente habían entusiasmado a los obreros, habían sido muy expresivos. Tommy solo lamentaba que la mayor parte de los comentarios hubieran quedado fuera de su respetable conocimiento del árabe.

Después de la cena fuimos a ver la pintura. Lo hicimos colocando un tablero muy ligero sobre el yeso de la parte posterior y, luego, dándole la vuelta con mucho cuidado a todo el sándwich —dos tableros con la pintura en medio—, para ponerla boca arriba. Después de ejecutar esta maniobra, nadie parecía tener el valor de quitar el primer tablero de la pintura, por si daba la terrible casualidad de que hubiera ocurrido lo peor.

—Vamos, ¿nadie se anima? —dijo John—. Vamos a ver este pajarito.

Levantamos entre todos el bastidor y lo dejamos en el suelo. La pintura estaba bien. A la suave luz de la lámpara de petróleo, las plumas grises, verdes y púrpuras aún volaban por el cielo amarillo, con el delicado ojillo aún brillante... un poco más tenue, tal vez, bajo la nueva superficie de barniz, pero completo, redondo y oscuro.

—Precioso —dijo John—. Aunque tendremos que hacer una caja especial para transportarlo. Y creo que el joven Sawag se merece una *baksheesh*; le habrá costado mucho conseguir que esto llegara aquí entero.

Luego se fue a la oficina para escribir un artículo sobre el trabajo de las últimas semanas, que culminaba con el extraño hallazgo del día. Se enviaría a un periódico de Londres, con copias al Departamento de Antigüedades en El Cairo y a la oficina de la Sociedad en Londres. Entretanto, yo me ocupé del registro diario, donde anoté el tesoro, porque era una norma ineludible —y una buena norma— que todo debía registrarse y etiquetarse el mismo día que se encontraba. En esos momentos los demás estaban febrilmente ocupados lidiando con la actualización de sus propios trabajos especializados, así que era imposible que me echaran una mano. Tardé muchísimo y, mientras ataba con los ojos medio cerrados ya la última etiqueta y registraba el último fragmento, el oro y la plata esparcidos en la enorme mesa parecían fundirse bajo la luz de la lámpara en un charco ondulante y luminoso. Dejé el amuleto

del pequeño hitita para el final, lo llevé a la sala de antigüedades y le concedí una pequeña caja de cartón blanca para él solo, forrada con algodón.

Después de tres mil años, por fin lo liberamos de su responsabilidad; porque aquella noche, John trasladó el resto del tesoro a su habitación particular; y, para alegría de Hilary, le preguntó si podía prestarle el revólver. Olvidó todas las burlas que había soportado haciendo de explorador intrépido cuando se dio cuenta de que la causa de todas las mofas —su pequeña pistolilla— por fin iba a tener un papel destacado. Empezó a explicarle a John todas sus características y cómo funcionaba.

—No tengo intención de usarla, ¿sabes? —dijo John amablemente—. Lo único que quiero es asustar a un posible intruso... aunque, en realidad, no creo que vaya a pasar nada.

—Y luego, siempre nos queda Leonard —dijo Hilary, medio orgulloso, medio melancólico—. No dejará pasar a nadie.

No ocurrió nada, ni aquella noche ni después. Leonard ladró como un loco una sola vez, y supongo que Hilary albergaría alguna esperanza en ese momento; pero enseguida volvió el melodioso silencio de Amarna.

A los chicos de la falúa se les había dicho que esperaran al otro lado del río aquella noche, después de llevar a George a la estación, porque así podrían traer el correo al día siguiente. Y efectivamente, a última hora de la tarde del día siguiente, mientras acababa de mecanografiar el artículo y los informes que John había escrito la noche anterior, uno de los chicos del bote se plantó en la puerta de la oficina, empapado por el agua que siempre entraba en el pequeño casco de la falúa cuando hacía mal tiempo, y entregó un montón de correo y un par de paquetes. Se marchó luciendo los dientes blancos: una imagen alegre en la calima polvorienta; incluso cuando el cielo viene cargado de arena y las aguas andan agitadas, los egipcios sonríen.

En el montón de correo, encima de todo, había un telegrama dirigido al director de las excavaciones. Me pregunté qué sería, mientras seleccionaba las cartas dirigidas a mí y abría un paquete de fotografías de El Cairo. No tuve que esperar mucho la respuesta. Pude ver a algunos *guftis* que se acercaban desde el yacimiento. Poco después entró John en la oficina y vio el correo sobre la mesa. Cogió el telegrama y puso mala cara. Luego lo rasgó para abrirlo y se hizo un largo y perturbador silencio.

—Bueno, medio lo esperaba —dijo al final, casi para sí mismo. Me tendió el papel. Era de un periódico de Nueva York, a través de su corresponsalía de El Cairo; se refería a la inminente publicación del hallazgo de un tesoro de

oro, pero deseaba confirmación y un pequeño artículo en exclusiva telegrafiado cuanto antes.

Por un momento me pareció increíblemente mágico.

—De... ¿Nueva York? —dije—. Pero si encontramos el oro ayer por la tarde... ¿Cómo es posible que...?

John me miró como si me hubiera vuelto tonta.

—George, por supuesto —dijo—. No perdió ni un segundo, por eso se marchó así.

Llamó a Hussein para que fuera a buscar a uno de los chicos de la falúa y luego pasó al salón para contar a los demás lo que había ocurrido.

—Pero si sabía los compromisos que teníamos con Londres —dijo Hilda enfadadísima. Yo creo que estaba más enfadada con George por esta nueva preocupación que recaía sobre John que por arruinar la exclusiva.

—Sí, claro que lo sabía —contestó John, con un tono de voz bastante desanimado—. Pero probablemente se dijo que, como ya no pertenecía al equipo, no hacía nada malo. Técnica y legalmente, supongo, es así. Un periodista independiente tiene toda la libertad para vender las noticias de las que se entera, imagino. Pero desde el punto de vista moral...

—Evidentemente pensaba que le pedirían el artículo a él —dijo Hilary—. Busca dinero en todas partes, aparte de lo que le envíe papi.

—Sí, claro —dijo John—. Pero afortunadamente para nosotros y no muy afortunadamente para él, el periódico se ha portado con corrección y ha telegrafiado directamente al yacimiento. Un duro revés para el señorito George; y muy mala suerte para el periódico, porque tendré que decirles que no voy a escribir el artículo y que no pueden publicar nada.

Empezó a redactar un borrador del telegrama para explicar la situación y avisar de que no podía publicarse nada antes de que apareciera primero en Londres. Luego escribió otro telegrama a Inglaterra, anunciando que iba a enviar un artículo por vía aérea de inmediato y advirtiendo de que cualquier filtración estaba fuera de su control.

—Porque seguro que lo vuelve a intentar.

Entró Hussein para decir que el chico de la falúa, Mohamed, estaba ya en la oficina y fuimos todos a verlo. Sí, el caballero había enviado al joven Alí a la estación con todo el equipaje, y se había quedado con Mohamed, para que lo llevara a la oficina de telégrafos. Sí, el caballero había estado un buen rato

en la oficina de telégrafos, mucho rato; y luego se había ido al hotel a cenar y esperar el tren.

A todo esto, yo tuve que mecanografiar el informe y preparar las copias para el correo y los dos telegramas. John le preguntó a Hilary si le haría el favor de ir al pueblo cuanto antes y enviar los telegramas antes de que la oficina cerrara por la noche.

—Si no puedes, a primera hora de la mañana: tendrás que quedarte allí toda la noche de todos modos, porque ya está anocheciendo. Es vital que todo esto se aclare rápidamente.

Hilary estuvo listo en cinco minutos y salió disparado por el camino de las plantaciones, seguido por los dos chicos de los pies descalzos. Los dos chicos habían cruzado las aguas turbulentas del Nilo dos veces en las últimas veinticuatro horas, y allí estaban, dispuestos a hacerlo otra vez, dejando de lado su bien merecido descanso y su cobijo cuando la noche estaba al caer. Pero seguían sonriendo. Ni un momento de desánimo y pereza, parecían decir sus caras.

Respecto a Hilary, verlo mientras se adentraba y desaparecía en las sombras de las plantaciones era ver a *Un joven e intrépido explorador liderando a sus seguidores en una audaz carrera contra el tiempo: ¿lo conseguirán?* Este desde luego sabía cómo disfrutar de la vida.

Los demás cenamos casi en silencio. La principal contribución de John a la alegría general fue un cálculo funesto: los dos telegramas costarían casi como treinta *tourieh* trabajando a jornada completa. No hubo respuesta.

Los siguientes días fueron aciagos. Estábamos cada vez más agotados; el enfado que teníamos por lo ocurrido con George, y que todos habíamos intentado apaciguar (porque sabíamos cómo era y éramos conscientes de que no había podido evitar ser un inútil), acabó convirtiéndose, gracias a esa traición en el último momento, en ira sin paliativos. La indignación se desbordó y repercutió en todos nosotros. Y el hecho de que George se hubiera ido no contribuía a calmar los ánimos. Nadie hablaba mucho, pero lo que decíamos era muy cortante. También creo que nos estábamos resintiendo del anticlímax que había supuesto lo del tesoro de oro y plata. Había sido emocionante, pero no podía competir con la belleza y el valor de un verdadero hallazgo arqueológico. De hecho, aquel tesoro era más un engorro que otra cosa.

Solo Tommy parecía completamente sereno. Cuantos más trocitos nimios de arcilla cocida y de teja pudieras encontrarle —siempre que tuvieran

inscripciones o fragmentos de inscripciones—, más contento se ponía. Aunque siempre cabía la posibilidad, y la esperanza, de que algunos de los fragmentos tuviera una inscripción que aportara nuevos conocimientos históricos, el grueso del material pertenecía al ámbito doméstico y cotidiano: sellos para el aceite y el vino, y tarros de comida; a veces encontrábamos alguna carta de un funcionario. Acababa de descifrar un sello de arcilla pintada de un ánfora de vino, que decía: «Vino de la Casa Real, muy, muy bueno». Después de un largo día en el yacimiento, él se recluía en la pequeña habitación donde se apilaban las cajas numeradas de pequeños fragmentos de arcilla negra y donde tenía todos sus cuadernos esparcidos, llenos de columnas largas e increíblemente pulcras de jeroglíficos copiados, transcripciones y traducciones en paralelo. Tal vez observaba los altibajos de la campaña con el mismo distanciamiento que los pequeños acontecimientos de la ciudad de Akenatón, o nos veía como otra fase de su historia; tal vez le resultaba interesante contemplarnos, pero como si fuéramos tan efímeros como todo lo demás. Tal vez de ahí la frialdad que mostraba.

John expresaba su cansancio trabajando más que nunca, estando muy callado y siendo extraordinariamente educado. Hilda estaba preocupada por él. Yo estaba segura de que Ralph volvía a tener fiebre, pero él se negaba a tomarse la temperatura. Hilary lidiaba con el yacimiento del Barrio Norte, mudo detrás de su barba. Había polvo por todas partes y yo agoté la última gota de champú.

Solo nos quedaban diez días. Había venido de Guft un carpintero diminuto y chamuscado que trabajaba en el patio, haciendo cajas para transportar los hallazgos de la campaña a El Cairo. Y la palabra «distribución» empezó a aparecer cada vez con más frecuencia en nuestras conversaciones. Según las condiciones de la concesión, todos los hallazgos tenían que llevarse al Museo de El Cairo al final de la campaña y quedarse allí para una inspección. El Ministerio de Antigüedades, representado por el director del museo y sus consejeros, tenía derecho a retener lo que considerara único o especial y lo que, por consiguiente, añadiera algún valor a las colecciones del museo; luego se entregaba el resto a la institución encargada de la excavación. Así que los directores de campo, de antemano, podían estar bastante seguros de que tendrían que decir adiós a cualquier hallazgo espectacular o de gran valor en cuanto llegaran a El Cairo. A los arqueólogos solo les quedaría la satisfacción de haberlo encontrado, el derecho de publicarlo en nombre de la sociedad para la que trabajaran y la posibilidad de reservarse todas las fotografías que quisieran para esa publicación. Pero en

una Sociedad como la nuestra, donde los fondos para las excavaciones eran tan irregulares, era vital llevarnos todo lo que pudiéramos a Londres. No hay nada como el objeto original, expuesto en una muestra anual, para atraer la atención y aumentar el interés del público, y, tal vez, por tanto, las suscripciones. En una exposición de antigüedades, es muy difícil que el profano se entusiasme frente a una fotografía con la deprimente frasecita «Conservado en El Cairo» añadida en la cartela. Así que, aunque reconocíamos el derecho a que el gran Museo Nacional se quedara con las piezas únicas de los yacimientos antiguos de su propio país que arqueólogos de todas las nacionalidades se habían esforzado en salvar, no podíamos sino confiar, fervorosamente, de todos modos, en que el director interpretara la Ley de Antigüedades con la máxima indulgencia posible cuando nos tocara el turno. Porque la ley se había redactado con la suficiente holgura para admitir interpretaciones ampliamente diferentes, según la personalidad del director de Antigüedades; había espacio dentro del marco legal para el factor humano. Después de todo, ¿qué era un objeto único en un lugar donde todo se hacía a mano? Un director estricto podía decir, con toda la razón: «Todas estas cosas, excepto los objetos que se han hecho en moldes, son artesanales, y por tanto, únicas; ya tenemos dos mil anzuelos, pero este es ligeramente más largo que otros, así que nos lo quedamos también». Por otra parte, podría decir: «Tenemos colecciones completas de estatuillas muy parecidas a estas que habéis encontrado, así que os las podéis quedar», y ceder así un verdadero tesoro al arqueólogo.

John había tenido en mente este factor humano a lo largo de toda la campaña en sus relaciones con el Ministerio de Antigüedades. El señor Engelbach, el administrador que nos había recibido en El Cairo, probablemente estaría presente en el reparto; él aconsejaba al director del Museo sobre lo que debía conservarse o podía liberarse y había sido muy duro con algunas excavaciones a la hora de cumplir con la regulación que señalaba claramente que había que enviar informes y fotografías al museo varias veces durante la campaña. Con mucha frecuencia apenas recibía unos cuantos garabatos hechos a toda prisa, fotografías muy malas, referencias erróneas, y así todo: lo que de ahí se deducía, dijo, es que consideraban la obligación una tontería burocrática, y el envío de informes y fotografías, una pérdida de valioso tiempo, y se lo arrojaban con todo el desprecio a la cara.

Teniéndolo en cuenta, John se ocupó de que nuestros informes a El Cairo fueran frecuentes, regulares y modelo de claridad y solvencia, en parte como respuesta burlona, en parte con la vista puesta en el reparto, y en parte porque

realmente estaba dispuesto a dirigir una excavación modélica y le encantaban la limpieza y el método en sí mismos. Seleccionaba las mejores copias fotográficas para enviarlas con los informes, mientras yo verificaba y volvía a verificar todas las referencias y elevaba a lo más alto mi nivel de meticulosidad mecanográfica para este esfuerzo quincenal. Hasta el momento, el sistema había funcionado maravillosamente. Supimos que el Ministerio ronroneaba de placer ante nuestro impecable comportamiento y que John se había convertido en la niña de sus ojos. Dentro de quince días sabríamos si todo este esfuerzo había tenido algún mínimo efecto en el reparto de piezas.

Entretanto, la obsesión por cumplir con el trabajo planeado no cejaba. John había modificado su programa inicial y había descartado excavar el extremo noreste del Barrio Norte, dejándolo para la siguiente campaña. Odiaba haber tenido que tomar esta decisión, pero apuntó filosóficamente que sería un razonamiento de peso para apremiar al comité de la Sociedad para encontrar fondos y emprender otra expedición en otoño.

—Está tan relacionada con lo que estamos haciendo este año que evidentemente tiene que completarse antes de que podamos publicar el informe sobre todo el Barrio —decía.

El carpintero estaba haciendo seis cajas: una especialmente fuerte para el dintel, dos para la pintura del pájaro (una iba dentro de la otra para minimizar los golpes) y otras tres más grandes para los demás hallazgos.

Fue una mañana entretenida. Yo estaba sola en la casa y había empezado a elaborar listas mecanografiadas de todas las piezas, por grupos, como guía para el reparto ministerial. El diminuto carpintero seguía saltando y trajinando en la oficina, como un saltamontes en camión, tomando medidas del dintel, que estaba apoyado en una pared. Luego se ponía en cuclillas para trabajar, y la sierra y el martillo empezaban de nuevo, acompañados por breves y tristes himnos coptos... o puede que fueran los últimos éxitos musicales en Guft. Teniendo en cuenta mi conocimiento de la música egipcia, lo mismo habría dado que fuera una cosa que otra. Era una monotonía ondulante de notas largas, casi murmuradas.

Se acababa la campaña. La lista para el reparto, las cajas de embalaje, la quejumbrosa y melancólica voz en el patio, mezclada con los golpes de martillo, y más allá, en el yacimiento, la agotadora rutina del trabajo diario entre los escombros y el polvo. Esa mañana, por alguna razón, la magia se había evaporado del todo y yo estaba apática, mustia y nada productiva.

Agradecí que entrara Hussein para decirme que la comida estaba lista para llevarla al yacimiento: ¿pensaba ir o prefería comer algo en casa? A regañadientes, le dije que me quedaría. Solo quería alejarme de la algarabía de fuera, y la oficina y el trabajo aburrido que tenía por delante me ocuparían todo el día. A menos que quisiera ir a la excavación, mi obligación era quedarme y tener las listas preparadas antes de que empezaran a empaquetarse las piezas; porque todo tenía que cotejarse con las listas que yo hiciera. Por mucho que creyera que me venía bien un descanso, la tarea seguiría acechándome, y me acabaría pareciendo diez veces más agobiante si no la abordaba ya; y muy probablemente cometería más errores en los listados si los hacía al final del día, cuando ya estaba medio dormida: la lámpara de petróleo que tenía balanceándose sobre mi cabeza acabaría consiguiendo que un 3 pareciera un 8, o al revés. El trabajo requería una cabeza despejada y buena luz para escribir correctamente aquella multitud de números.

En cuanto llegué a esta conclusión, malhumorada, me fui a comer de mala gana unos huevos escalfados en el comedor; seguramente el martilleo del carpintero acabaría volviéndome loca a la hora de la cena, según los principios de la tortura china. Entonces llegó un mensaje de la excavación: se me pedía que acudiera lo antes posible, con un montón de cajas pequeñas y brochas para limpiar. Me puse furiosa por tener que salir de la oficina. ¿Por qué no me podían dejar en paz haciendo mi trabajo? ¿Cómo esperaban que el trabajo de oficina se hiciera eficazmente si la secretaria siempre estaba metida en una tormenta de polvo y arena, etcétera, etcétera?

Salí hacia el yacimiento unos cuantos minutos después, cargada de cajitas de cartón y muy contrariada.

Y como siempre, en cuanto me encontré en el yacimiento, dando saltos entre los montones de tierra y escombros, con los zapatos llenos de arena, la magia empezó a funcionar de nuevo, difuminando los pequeños enojos que amenazaban con írsenos de las manos a todos y reventar el verdadero objetivo de nuestra labor.

Me sentí mejor. Por una parte, en vez del martillo del carpintero, había un bendito silencio; noté que el viento había cesado totalmente; el cielo estaba limpio y el sol brillaba; las figuras de los campesinos se veían otra vez claras y nítidas en los cultivos, en vez de ese gris turbio que habíamos visto últimamente y que odiábamos.

Yo sabía perfectamente que no me habrían interrumpido si no me hubieran necesitado por una buena razón en el yacimiento. Valía la pena estar

cansada y un poco agobiada de trabajo si una sabía que era porque formaba parte vital, aunque fuera pequeña, de una maquinaria que tenía que cumplir ciertos objetivos.

Alguien venía del yacimiento. Era Ralph y, mucho antes de que llegara hasta donde yo me encontraba, me di cuenta de que, una vez más, tenía intención de seguir gastando las suelas de los zapatos bailando alrededor del mayo.

—¿Te encuentras mejor? —le pregunté, aunque sin ninguna necesidad.

Se había apartado el sombrero en un ángulo ridículo y estaba alegre y lleno de polvo.

—Esta mañana, de pronto, me he vuelto a encontrar perfectamente —dijo—. Por primera vez en el último mes. Y prácticamente he acabado la supervisión de mi parte... Por fortuna, creo que por fin empiezo a ver la luz al final del túnel: ahora me voy a dibujar.

—Me alegro muchísimo, Ralph —dije—. Espero que el carpintero no te provoque una recaída. Por cierto, ¿tú sabes para qué me quieren aquí?

—Creo que hay más gargantillas —dijo—. Hilda estaba trabajando en una sección y encontraron un fragmento, justo antes de comer... Por eso te enviaron la señal de socorro. No he ido, pero creo que es la casa pequeña, la T.36.68. *Au revoir*: creo que, al final, sí que voy a vivir para ver Grecia.

Se marchó sonriendo y yo continué mi camino. Habíamos descubierto, a lo largo de los meses, que los dos habíamos albergado toda la vida el deseo de ir a Grecia algún día. Y, en Amarna, gracias al apoyo entusiasta y a la ayuda de John, esa idea difusa se había convertido de repente en algo sencillo y posible. Ahora teníamos un plan para ir en barco a Atenas, cuando terminara la campaña, con cartas de recomendación de John para la gente de la Escuela Británica de Arqueología; desde allí podríamos emprender una ruta por el corazón del país, por caminos de herradura que fueran enlazando llanuras, valles y montañas. John nos había hecho una lista de lugares a los que teníamos que ir: Corinto, Micenas, Tirinto, Epidauro; quizá Olimpia; o las colinas del Parnaso hasta Delfos... Aquellos nombres de ensueño lanzaban destellos mientras los escribía.

Una de las razones de mi mal humor en las últimas jornadas había sido el presentimiento de que Ralph, después de sus misteriosas fiebres, no iba a estar en condiciones para viajes y exigentes caminatas; puede que lo único que quisiera fuera volver directamente a Inglaterra y olvidarse de todo el plan.

Así que llegué a la zona de excavación unos minutos después bastante más contenta que en los últimos días. Y, mientras empezaba a trabajar en el montón de escombros, junto al que estaba acabando Hilda, la antigua emoción reverdeció.

Era un montón de escombros bastante grande y Hilda había empezado a trabajar por un lado mientras yo limpiaba la parte de arriba. Había cuentas sueltas y colgantes por todas partes, pero no parecía que hubiera trazas de una gargantilla entera. Recogimos muchísimos restos.

La tarde fue avanzando y el montón de escombros había quedado reducido a un par de palmos por encima del nivel del suelo. Entonces mi brocha topó con algo curvado y duro; seguro que era una piedra grande. Soplé la arena y vi una superficie afilada gris blancuzca, con trazas de pintura negra; desde luego, no era una piedra. Hilda se agachó a echar un vistazo.

—Intenta despejar el frontal —dijo—. Tendríamos que verlo desde otro ángulo antes de moverlo.

Dio la vuelta y empezó a barrer con la brocha y a soplar en la parte vertical del montón de tierra. La arena caía entre los trozos más duros de adobe, como pequeñas cascadas amarillas, y empezamos a acercarnos cada vez más al objeto enterrado. Un suave toque final con la punta de la brocha y la susurrante arena resbaló de la superficie y pudimos ver mejor las rugosidades grises y blancuzcas, y, por debajo, una suave curva de pintura rojiza. La arena había resbalado por debajo, dejando un hueco.

—¿Puedes ver qué hay en el agujero? —preguntó Hilda.

Me tiré en el suelo y acerqué todo lo que pude un ojo al montón de escombros.

Y entonces vi qué era aquella pintura rojiza y marrón. Era parte de una cara. Distinguí la curva de la barbilla y la comisura de una boca pintada más oscura. Hilda se levantó y llamó a John, que no estaba muy lejos.

—Creo que es la cabeza de una estatua —le dijo calladamente cuando John se acercó. La observó un buen rato, y luego se puso en cuclillas. Tenía la cara contraída y tensa.

—Esperaré aquí hasta que lo saquéis —fue lo único que dijo.

Con infinita lentitud fuimos retirando la tierra apelmazada en la que estaba incrustado el objeto. Lo más difícil del mundo es ir despacio cuando estás nervioso. Pero teníamos que ir muy despacio: nunca se puede saber hasta qué punto es duro o frágil un hallazgo hasta que se ha sacado finalmente

del lugar donde está oculto. Por ejemplo, podría haber una grieta en la parte de la cara que no se veía, y todo el conjunto podría desmoronarse y convertirse en polvo al menor movimiento.

Ampliamos la cavidad bajo la pieza: así John podría meter los dedos en caso de que la cabeza se desprendiera de repente. Los tuvo allí metidos al menos cinco minutos, mientras nosotras trabajábamos en la parte de arriba.

—Está saliendo —dijo de repente.

Hilda volvió a soplar la superficie y la cabeza cayó en la mano de John. La sacó muy despacio de los restos de escombros. Y luego, muy lentamente, le dio la vuelta en la mano.

Enmarcada en una oscura peluca ceremonial, la cara de una joven nos miraba con sus grandes ojos, maravillosamente tallados bajo unas cejas oscuras y curvadas. Las comisuras de la boca, con los labios carnosos, caían un poco. Las mejillas infantiles, gordezuelas y morenas, contrastaban extrañamente con la barbilla afilada y decidida. En cierto sentido, el escultor había captado la impresionante dignidad de una joven cargada con el peso de la realeza. La pequeña cabeza tallada era otro exquisito ejemplo del genio de los escultores de la época de Akenatón a la hora de percibir algo más que la realidad superficial, y expresar a la perfección lo que tenían a la vista.

Mi mirada iba de la cabeza tallada a la cara de John. En aquellos breves momentos había perdido completamente el tono demacrado y gris de las últimas semanas. Allí arrodillado, en la arena polvorienta, sucio y radiante, observaba absorto la maravilla que tenía en la mano.

—Ahora sí —dijo en voz baja—, nuestra campaña ha sido un éxito.

Capítulo XII



Aquel atardecer, por detrás de los palmerales inmóviles, el cielo inflamado en rosa y dorado prometía nuevos días tranquilos. El Nilo volvía a estar maravillosamente en calma. La lámpara ya estaba encendida cuando Hilda y yo entramos en el salón después de cerrar el botiquín. John tenía la pequeña cabeza tallada en la mesa, al lado de un libro abierto por una fotografía de uno de los tronos encontrados en la tumba de Tutankamón. Los demás lo rodeaban, y nosotras nos unimos al grupo. En la parte posterior del trono había una preciosa escena forjada en pan de oro y plata, ricas piedras preciosas y cristal coloreado: mostraba al joven faraón sentado, recostado despreocupadamente en el respaldo, con un brazo doblado y colocado sobre el respaldo del trono. Está hablando o mirando a su joven esposa real, Anjesenpaatón, la tercera hija de Akenatón. Ella está de pie, delante de él, inclinada un poco hacia delante, bastante segura, con la mano derecha tocándole amablemente el hombro a su marido, tal vez como consuelo. John le dio la vuelta a la cabeza de piedra caliza para que mostrara exactamente el mismo punto de vista que la pintura: el perfil izquierdo.

El parecido era asombroso. Los mismos ojos grandes y la ceja oscura; la misma nariz, tan delicada; la boca de labios gruesos, con esa leve caída donde las tersas mejillas se curvan hacia la pequeña barbilla afilada. La peluca también era idéntica.

—Debe de ser Anjesenpaatón^[48] —dijo John por fin—. No sé si la gente estará de acuerdo conmigo. —Cerró el libro y de repente exclamó—: ¡Mi majestad exige cerveza!

Hacía mucho tiempo que no oíamos ese grito imperial. Significaba mucho. Significaba que el maleficio había acabado. Era como la lluvia después de la sequía, como el sol después de la niebla, un tren saliendo de un larguísimo túnel... cosas así. Significaba también que John volvía a estar contento; así que nosotros también podíamos volver a estar contentos, porque sabíamos que él había tenido que lidiar con todos los acontecimientos de la campaña, los buenos y los malos, y había encontrado un equilibrio que siempre nos beneficiaba.

Fue una noche estupenda. Nos sentamos alrededor de la mesa antes de cenar y bebimos cerveza, fuimos pasando la pequeña cabeza, en su cuna de algodón, de mano en mano y nos maravillamos de cuánto podía expresar siendo una obra tan pequeña.

Ralph empezó a hacer dibujos de la talla y, si en algún momento necesité alguna prueba de que era muy bueno en su trabajo, ahora la tuve. Sus ojos volvían a ser muy azules, y curiosos y alegres. Empecé a pensar en picos y montañas, quizá con algunos neveros en lo alto, elevándose unos tras otros, y en Delfos escondida en algún lugar de aquellos valles.

Observé a los que estaban alrededor de la mesa y recordé nuestra primera noche en la excavación, hacía cuatro meses ya. Por fuera no había muchas diferencias, salvo que ahora todos estábamos muy morenos. Pero por dentro... Cuando llegamos estábamos contentos, claro, pero era la alegría educada y contenida de gente que no se conoce y que, de repente, queda aislada; quizá estábamos un poco preocupados, con inquietudes particulares sobre lo que podría dar de sí todo aquello. Ahora era la mejor de las alegrías, porque nacía del fondo, nacía de la sensación de haber hecho un buen trabajo entre todos y del convencimiento de que el cansancio era ya lo de menos, ahora que la mala racha de turbias tristezas ya había pasado.

—Haré las fotografías mañana —dijo John—, y revelaré unas cuantas aquí para el informe, así podremos enviarlo rápidamente. Sería muy interesante intentar sacarle todo el partido posible a esta maravillosa talla; es principalmente una cuestión de iluminación.

Había poco que registrar esa noche; cuando acabé, salí de la oficina y continué con las listas para el «reparto». Pero el talante de la mañana —que esperaba que fuera aún más siniestro si volvía a ese trabajo monótono y

aburrido al final de un largo y agotador día de trabajo— se había disipado como la niebla bajo el sol. Esta vida renovada y la serenidad que la pequeña princesa había traído al campamento parecían impregnar las tareas más cotidianas. A esas altas horas de la noche me sentía más despierta, y con muchas más ganas de dedicarme al trabajo y hacerlo bien, que a media mañana. Decidí acabar los registros de los grupos de bronce y piedra esa noche, además de los de fragmentos de escultura y nuestro nuevo tesoro.

Ya era muy tarde cuando terminé. Todos habían desaparecido, se habían ido a sus habitaciones cuando cerré la oficina, y me di cuenta de que, pese a la exultación, estaba totalmente agotada. Cuando pasé por el oscuro vano de la puerta del salón, un impulso me obligó a darme la vuelta y echarle otro vistazo a la cabeza de la princesa. Estaba en su blanca cama acolchada, con una leve sonrisa en la mirada y en sus amables labios; la cogí y moví lentamente la linterna de un lado a otro para captar otra vez, a partir de las sombras, la perfección de su tallado.

El dintel de Hatiay era interesantísimo, el tesoro de oro, impresionante; pero solo ante la talla de la princesa conocí la verdadera emoción de desenterrar —literalmente— un tesoro que suprime el tiempo de un plumazo: surge cuando el artista de la antigüedad habla directamente a través de su creación a todos los que vienen detrás y son capaces de entender su lenguaje.

Pensé en Alfred Turner: «Mira todas las esculturas que hay por ahí. Ojalá pudiera ver alguna escultura egipcia en su emplazamiento original, y no solo en los museos». Y pensé en la Escuela Central de Artes y Oficios, y en mi propio empeño en modelar la arcilla o tallar la piedra. Yo entendía perfectamente la diferencia entre un talento mediano y la obra de un maestro en cuanto la veía. Me sentí muy humilde. Sin embargo, creo que mis dilemas personales en la misma disciplina me permitían considerar de una manera especial el talento de aquel artista, muerto hacía tantísimos años. Yo había intentado con ahínco expresar en arcilla y en piedra la tensión de los huesos vivos bajo la suavidad del músculo y la carne. Sabía, por experiencia, cuánta observación, cuánta sensibilidad, cuánto talento había que tener para tallar una cabeza que te convenza de que realmente hay huesos bajo la superficie, el vigor invisible y el armazón interior; es relativamente fácil hacer una máscara superficial, un retrato superficial que no tenga nada dentro. Y sabía que, aunque un artesano también podría haber alcanzado semejante grado de excelencia, el trabajo creativo de un verdadero artista estaba presente en la obra. Ese don definitivo —el misterioso don de ser capaz de expresar lo metafísico en el barro inanimado o en la piedra— anida en lo más profundo

del verdadero artista, y ni se puede enseñar ni se puede aprender. Pero ahora, en mi mano, tenía el ejemplo perfecto de ambos talentos, y mirando aquella pequeña cabeza, yo, una estudiante, una aprendiz, saludé a mi artista y artesano desconocido, muerto hace más de tres mil años.

La experiencia maravillosa de tener en las manos algo que ha estado enterrado e intacto durante tanto tiempo me volvió a atrapar, igual que cuando no sabía nada de egiptología, cuatro meses antes. Pero me pareció que decir ahora: «Esto se hizo hace tres mil años» apenas evocaba la sensación de tiempo. Lo que pensaba de aquella cabecita era ahora distinto: aplastada bajo los escombros, amontonada contra una pared ruinosa, en aquel lugar abrasado de Egipto, había estado olvidada, boca abajo, mientras Troya ardía, mientras Senaquerib saqueaba ciudades más allá de sus fronteras, mientras se sucedían lentos los siglos, mientras la grandeza de Atenas llegaba a su cenit y luego se hundía, y mientras Jesús estuvo en este mundo. Y allí seguía cuando los romanos llegaron a la antigua ciudad de Londres, y cuando el rey Haroldo cayó en Hastings, y el último Plantagenet murió en Bosworth Field.^[49] Y allí siguió, años y años, hasta que aquella tarde, a pleno sol, un cuchillo y una brocha se acercaron a ella, apartando escombros, hasta que se desperezó y cayó en una cálida mano humana.

Quizá fue solo una fantasía nacida del aturdimiento —las altas horas de la noche, el cansancio, y la extraña sensación de que el tiempo era, a la vez, una cosa enorme y, sin embargo, en cierto sentido, una cosa de poca importancia—, pero, mientras enfocaba con la linterna el hallazgo que coronaba nuestra campaña, a oscuras, en aquella sala interior, sentí como si un leve espectro vagara por el patio, el espectro de la mujer que una vez tuvo el retrato esculpido de una hija amada en su pequeña mano morena; el espectro de alguien que se balanceaba en la brisa nocturna, observando mis meditaciones con divertida curiosidad, a través del vano de la puerta.

Volví a dejar la talla en su sitio y recorrí las salas en penumbra hasta el patio de luz plateada. Un viento frío vibró un momento, como el roce de una túnica o un vestido... un susurro débil, como el de unos pies ligeros con sandalias, que dejó de oírse con la brisa. Entonces, todo fue luz de luna y silencio: solo se oían los débiles y lejanos aullidos de los chacales, que parecían fúnebres lamentos de fantasmas, de la gente que, como la bella dama Nefertiti, vivió en estos parajes.

Acabé las listas para la Comisión de Distribución al día siguiente. El embalaje de los objetos iba a hacerse dos días después, poco antes de que nos

marcháramos. Le pregunté a John si podía hacer moldes en hueso de sepia de un par de piezas antes de que las empaquetaran, porque con seguridad algunas no iban a salir de El Cairo.

—Moldes en hueso de sepia —repitió, un poco desconcertado.

Le expliqué que llevaba tantos huesos de sepia secos en una de las maletas que podría montar una granja de canarios.

—Una granja de canarios —repitió—. Continúa, continúa: estoy haciendo lo que puedo por seguirte.

—Pero no son para canarios —dije—. Son moldes. Es una técnica de reproducción que utilizan los joyeros. De hecho, fue un joyero de Londres el que me la enseñó y me regaló el material. Dijo que, si podía hacer un molde de plomo de todos los objetos pequeños que encontrara, él podría hacernos luego réplicas a partir de las piezas, en el mismo material que las originales; pero no pueden ser demasiado frágiles.

John estaba intrigadísimo. Pasamos a la sala de antigüedades y buscamos entre las distintas piezas.

—El amuleto hitita que estaba con el tesoro —dijo—. ¿Qué tal? Creo que los de El Cairo nos lo birlan, seguro; sería maravilloso tener una reproducción de ese amuleto.

—Es una pieza suficientemente resistente —dije—. Es bastante maciza. Hay que ejercer cierta presión en la pieza de la que se va a extraer el molde, y no quiero que se rompa.

Pareció un poco dubitativo, pero dijo que se arriesgaría. Así que me puse manos a la obra.

El esqueleto interior de una sepia o una jibia es como de tiza, increíblemente blanco. La técnica consiste en restregar las dos mitades hasta que las superficies estén perfectamente uniformes y lisas. Luego se separan y se pone el objeto que se quiere moldear en una mitad, cerca de un extremo. Yo puse el amuleto de lado, con la nariz de loro de perfil. Luego, sujetando la parte curvada del hueso de sepia con una mano, para que no se rompa, se aprieta con el pulgar el amuleto, y muy lentamente, con muchísimo cuidado, se aprieta sobre el lecho de tiza hasta que esté medio hundido. Luego puse la otra mitad del hueso de sepia encima, y presioné las dos mitades hasta que las dos partes lisas quedaron perfectamente unidas. Ensarté cuatro varillas de alambre, muy finas, como de una aguja de coser, de un lado a otro, en varios puntos, para asegurarme de que las dos mitades quedaran exactamente en el

mismo punto cuando se separaran. Saqué las varillas y quité la mitad superior, y con mucho cuidado saqué el amuleto del hueco que había creado con la presión. Para mi alivio, no sufrió nada en el proceso.

Ahora, cada mitad del hueso de sepia tenía un molde exacto de su mitad del amuleto; la sustancia del hueso era lo suficientemente moldeable para permitir que un objeto se grabase en ella, pero lo suficientemente dura también para retener cada minúsculo detalle con nitidez y claridad.

Con un cortaplumas hice un pequeño canal de un par de centímetros de largo, desde la base del molde hasta el extremo. Luego, desde la cabeza del pequeño hueco que había dejado la figura, hice dos ranuras finas en el hueso hasta el otro extremo. Estos canales actuarían como respiraderos para impedir que se formaran burbujas cuando derramáramos el plomo. Volví a unir las dos mitades y coloqué las varillas por sus agujeros, como antes, y lo sujeté bien con alambre, por todas partes.

Hilary había sacrificado generosamente unos cuantos cartuchos de perdigones para este experimento y estaba fundiendo el plomo para mí. Colocamos el hueso de sepia enrollado en alambre entre dos montones de libros y vertimos el plomo fundido por el hueco que yo había hecho. Hubo un leve chisporroteo. Unos minutos después abrimos el invento. La zona caliza blanca que rodeaba el molde estaba chamuscada y renegrida por el calor. Sacamos del molde el nuevo amuleto: una réplica exacta, salvo por las dos antenitas de plomo, porque el metal había recorrido los respiraderos que salían de la cabeza del amuleto. Los corté con un cuchillo afilado y también corté la rebaba que se había solidificado en la base, en la abertura por la que habíamos derramado el plomo. Y ya estaba el trabajo hecho.

Más adelante, mi joyero londinense haría muchísimas reproducciones a partir de aquel molde, en plata, con los gorritos de oro, igual que el original. Una de esas reproducciones la tengo delante ahora mismo.

A la mañana siguiente, Hilda y yo empezamos a empaquetar todos los objetos pequeños. Los poníamos en cajas de cartón, bien acolchadas con algodón, y escribíamos los números de serie en la tapa. A media tarde ya estaban listas para meterlas en tres cajones grandes que habían dejado en el patio, al sol. Teníamos un humor ligeramente melancólico que se mezclaba con un ligero mareo cuando metíamos la cabeza para ir colocando las primeras cajas en el fondo acolchado de los grandes cajones.

Al caer la noche lo único que quedaba por embalar era el dintel grande y la pintura del pájaro. John llegó con varios *guftis*, que pusieron el dintel en su

enorme caja plana sobre rodillos, aunque hubo que desmontar uno de los lados de la caja para colocar la pieza dentro. Luego forramos la caja interior que se había hecho para la pintura del pájaro en estuco con una gruesa capa de algodón; para minimizar los golpes, esta caja interior estaba totalmente aislada de la caja exterior con paja y papeles de periódico. Aun así, yo estaba segura de que clavar las tapas a martillazos, por muy suavemente que se hiciera, sacudiría la frágil pintura y la pondría en peligro. Así que, cuando el carpintero empezó a aporrear las tapas de los otros cajones, le pedí a John que me dejara sujetar la tapa interior y la exterior de estas dos cajas con tornillos. Cuando la tapa exterior quedó fijada, dudamos de que el experimento resultara eficaz, y nos preguntamos si volveríamos a ver a nuestro precioso pajarito.^[50]

Aquella noche Ralph e Hilary empaquetaron el trabajo de toda la campaña: los planos y los dibujos de secciones de todas las casas que se habían excavado y limpiado, y los detalles arquitectónicos de cada una de ellas, incluidas las elevaciones de muros y las reconstrucciones. Lo enrollaron y guardaron todo en cilindros metálicos; me dieron listas para que mecanografiara lo que había en cada tubo portaplanos.

Una vez más, la sala de antigüedades quedó vacía, igual que nos la encontramos. En el patio, las grandes cajas reflejaban la luz de la luna, apiladas entre los restos de paja y papel. Otra campaña tocaba a su fin.

Una gran barcaza a vela llegó a nuestro embarcadero la tarde siguiente: su cometido era transportar las cajas a lo largo de los más de trescientos kilómetros que nos separaban de El Cairo. Los obreros locales se presentaron, en parte para ayudar a subir las cajas a bordo y en parte por entretenerse. No era muy habitual que un barco tan grande llegara hasta esa parte del río. Era como el bisabuelo de nuestra pequeña falúa, gigantesco y enorme, pero con el mismo aire de absoluta improvisación mezclada con una robusta solidez. Se veían reparaciones y parches de todo tipo y maderas de mil colores distintos por todas partes. Parecía claramente que se podía hundir sin avisar y, sin embargo, al mismo tiempo, daba la impresión de que jamás se hundiría. Podría tener siglos de antigüedad... Quizá los tenía. Pensé en Flecker: «Un barco soñoliento de tiempos aún más antiguos»...^[51]

Bajaron al embarcadero, una tras otra, todas las cajas y recorrieron los últimos y peligrosos metros de la pasarela por la que accedían a bordo. El dintel fue el último; esta vez viajaba solo sobre dos palos, y colocado a lo largo: era la única manera de trasladarlo por el estrecho y sombrío camino de

los palmerales. Cuando todas las cajas estuvieron a salvo y seguras a bordo, los tres *guftis* que iban a escoltar la carga los tres días que duraba el viaje a El Cairo y se iban a ocupar de su seguridad en el corto trayecto desde los embarcaderos del río hasta la puerta de atrás del Museo bajaron elegantemente por el camino, con unos bastones en una mano y unos pequeños fardos en la otra. En fila, muy serios, subieron por la pasarela del barco; altos, delgados, con túnicas negras y turbantes blancos, trasuntos de Sem, Cam y Jafet subiendo al Arca,^[52] con la seguridad de que «este es nuestro momento, desde luego». Los volveríamos a ver cuatro días después en El Cairo, así que no hubo grandes despedidas. Fueron recibidos con alegría por el viejo desdentado que estaba al mando de la embarcación y por los miembros de la tripulación, tres jóvenes grandes y radiantes que podrían ser sus nietos.

Una vez que los cajones se colocaron en un montón equilibrado y firme alrededor del mástil, sin más dilación se pusieron en camino. Soltaron las amarras y Sem, Cam y Jafet ayudaron a recogerlas y enrollarlas, con una elegancia muy poco náutica, mientras que la tripulación se ocupaba de alejar del embarcadero el torpe navío, con gritos y risas, y bromas dedicadas a los aldeanos ribereños. Nosotros contemplamos cómo se iban alejando, y poco después pudimos ver a Cam remangándose, a Sem cantando y al severo Jafet riéndose de algo que había dicho el viejo capitán. Parecía como si partieran de vacaciones, cuando hasta los personajes de autoridad se pueden relajar; o como si hubiera algo tan divertido en la vida marinera que ni siquiera un *gufti* pudiera resistir.

Mientras se alejaban de la orilla, empezaron a izar las dos velas, con su extraño aparejo: se abrieron en abanico, casi horizontalmente, a ambos lados del mástil, como las alas de un pájaro gigante. Y, cuando la suave brisa las batió e hinchó, el viejo barco se transformó ante nuestros ojos: pasó de ser un mal chiste a un navío encantador de deslumbrante belleza. Se fue alejando sobre las tranquilas aguas del Nilo, y cuando cogió la corriente central del río, la proa giró lentamente hacia el norte, las velas se estremecieron, giraron y se hincharon de nuevo, inclinándose un poco en la primera virada larga contra la impenitente brisa del norte: el largo viaje había comenzado.

Para entonces, los aldeanos ya se habían dispersado en pequeños grupos, y habían vuelto al pueblo, riendo y parloteando; pero nosotros nos demoramos un rato en la orilla, y observamos cómo los hallazgos de la campaña desaparecían de nuestra vista. Las brillantes alas de aquel extraño carguero estaban ahora a la altura del cabo norte de Amarna; unos minutos más, y lo

rebasarían. Pensé en la cabeza de la princesa, en las gargantillas tan cuidadosamente trenzadas, en los cuchillos de bronce y en los espejos, en el deslumbrante dintel de la elegante casa nueva de Hatiay, dispuesto orgullosamente encima de la mejor puerta. Todo aquello se alejaba por el río, se alejaba para siempre del lugar al que pertenecía, donde había estado enterrado durante tanto tiempo.

Cuando se perdieron de vista las velas blancas, nadie dijo ni media palabra; pero todos supimos entonces que, en ese momento, había concluido la campaña.

—Creo que vamos a tener un poco de música esta noche —dijo John, un rato después, pero aún mirando el cabo y la franja de agua azul y vacía que corría a sus pies.

La noticia corrió como la pólvora: quien supiera cantar y bailar, y todos los que quisieran asistir, serían bienvenidos en la residencia de la expedición esa noche. Hussein y el joven Abu Bakr colocaron faroles altos alrededor del patio y una fila de sillas plegables pegadas a la pared del comedor. Mientras cenábamos nos dimos cuenta de que iba aumentando un murmullo de gente, y de que había movimiento fuera; de vez en cuando, también oíamos unas pruebas de flauta o unos toques de tambor; Hussein tenía cara de contenida emoción mientras iba de un lado a otro de la mesa, poniendo los platos.

Al salir pudimos ver las suaves luces derramándose en los rostros curtidos de los obreros y de sus familias, apretados en una gran multitud contra el muro exterior. Un hombre y dos de nuestras lavanderas estaban en cuclillas en la puerta de la cocina, cada uno con unos atabales bajo el brazo. Los tambores estaban hechos de cerámica; eran estilizados y con forma de embudo, con un amplio círculo de piel animal que cubría la parte más ancha.^[53] Había otros dos hombres cerca, con las piernas cruzadas, y con unas largas flautas de bambú en las manos.



Un chico echó un poco de paja delante de los timbaleros y la prendió. Los timbaleros sujetaron los darbukas frente a la llama y tantearon la piel, que se estiró con el calor, y así la nota de la percusión se elevó enseguida. Nosotros ocupamos nuestras sillas y los timbaleros empezaron a ejecutar un extraño ritmo, ahora todos a la vez, ahora en una especie de discusión tartamudeante. No se trataba solo del ritmo, sino de una verdadera variedad de notas, como una extraña melodía, porque los tres músicos eran expertos y podían extraer de los cueros diferentes sonidos, a voluntad, cambiando el lugar y la manera de percutir sus atabales; en el centro se producía un sonido profundo y emocionante, y cuando se percutía con los dedos de la otra mano en el borde de la circunferencia el sonido era más agudo y alegre.

Era maravilloso ver sus manos; se movían solo desde la muñeca, flexibles y firmes a un tiempo; mientras los brazos, inmóviles, sujetaban los pesados conos de los timbales.

Luego se unieron las flautas, y un estremecimiento de placer recorrió la multitud. Las flautas^[54] tenían un tubo tonal y, mientras los dedos del músico se movían por los agujeros del tubo de melodía, los tubos tonales llenaban el aire, concertados con la firme percusión de los timbales. Durante algunos minutos tocaron todos como si probaran a los demás, tímidamente; pero enseguida dejaron de parecer un grupo de cinco personas diferentes alrededor de una pequeña hoguera. Todos se habían fundido en un único sonido fabuloso que empezaba a ser abrumador e irresistible. Tocaban como un solo hombre: no era una melodía improvisada y amorfa, que oscilaba vagamente

de un cuarto de tono a otro, como hasta entonces pensaba que era su música siempre que la había escuchado. Cada subida y bajada, cada vibración o cada nota ornamental, se producía al unísono en las dos flautas y recibía el eco, el contrapunto y la profundidad que imprimía la habilidad de los timbaleros, sentados como estatuas con los ojos cerrados sobre sus ágiles dedos. Las flautas lastimeras y los timbales vibrantes, los faroles y las hogueras que parpadeaban sobre los rostros abigarrados y atentos de los aldeanos, rendidos ante el hechizo de su propia música popular, y, por encima de todo, la cúpula celeste, enjorada, que giraba lentamente: uno de esos momentos que recordarás toda la vida.

Ellos casi se habían olvidado de nosotros; tal vez porque, para entonces, ya casi nos habían aceptado como parte de su vida. Porque aquella ya no era nuestra fiesta, una fiesta a la que ellos habían sido invitados; era como si aquella noche se hubiera admitido nuestra presencia en la vida real de Egipto, mientras nosotros, con ellos, nos veíamos arrastrados cada vez más a las profundidades de un éxtasis hipnótico con aquella música ondulante.

Hussein estaba con nosotros y guardaba silencio; pero tenía la mirada extrañamente perdida, y daba levísimas palmadas con sus enormes manos. Los aldeanos estaban en completo silencio, pero era un silencio que albergaba una tensión que iba en aumento.

Entonces, de repente, una figura vestida de blanco cruzó el vano del murete y se plantó sola en el patio, delante de nosotros. A estas alturas, un cantante ya no se había podido contener más. Una leve agitación y las caras sonrientes nos confirmaban que la tensión se había relajado un poco.

—El mejor cantante de estos pueblos —susurró con orgullo Hussein, volviendo a su ser por un momento—. No hay quien le haga cantar si él no quiere.

El hombre ya no era joven y tenía la ropa hecha harapos, pero se quedó allí quieto, con la cabeza echada hacia atrás, como quien se sabe con poder, con fuerza para arrebatarse a su público con la primera nota de su voz. Acercó la mano a la boca, haciendo bocina como si fuera a lanzar las notas hasta el extremo más lejano de Egipto. Y entonces, su voz de oro se unió a las flautas y los timbales; y los músicos, artistas fieles que rendían pleitesía al maestro, rebajaron el clamor hasta convertirlo en un susurro y dejaron que la bella voz del cantor se elevara alta y clara por encima de los instrumentos. Yo no podía entender la letra; pero Hussein se inclinó hacia nosotros y dijo que era una

canción muy muy antigua, sobre el joven hijo de un rey que se ahogó en el río en la época de la cosecha.

Los aldeanos se balanceaban con la canción, y la secundaban con lamentos cuando el cantante expresaba su desolación al final de cada estribillo; y las flautas suavemente replicaban los lamentos, los tambores repetían la pena y se condolían por la muerte y el fin de todas las cosas.

Se hizo el silencio al final; el cantante hizo una reverencia con la cabeza, se acercó a la hoguera y se inclinó hacia el fuego como si estuviera exhausto. Entonces levantó una mano para agradecer las aclamaciones, expresadas desde todos los rincones con un leve y rápido aplauso, y grandes expresiones de admiración se extendieron por todo el recinto. El cantante encendió un cigarrillo y se apoyó en el muro de la cocina, sonriendo un poco, apartado y tímido.

Entonces saltó al patio el ágil Mahmud Umbarak, el *gufti*, y empezó a ejecutar con mucha seriedad una complicada danza. Era sobre todo un baile de pies, observado con gran atención por los aldeanos; pero al mismo tiempo hacía unos movimientos lentos y preciosos con los brazos, ahora pasando el bastón blanco por encima del turbante, ahora sujetándolo sobre los hombros con los dedos. Los movimientos de los pies eran tan precisos y limpios que su figura, ataviada con la túnica negra, parecía flotar, como una bailarina sobre sus punteras, balanceando el cuerpo muy ligeramente bajo la belleza hipnótica de los giros de su vara. Pero no había ninguna tensión emocional, solo la mirada estaba cautiva; era todo puro movimiento abstracto. La austeridad de los *guftis* parecía condensarse en Mahmud cuando, con las pestañas casi descansando en sus pronunciadas mejillas, daba vueltas y vueltas circunspecto, maravillosamente, por el patio, preocupado solo de la perfección técnica de su danza. De nuevo, cuando acabó la actuación, estalló el público en cálidos aplausos, y Mahmud desapareció.

Se fueron sucediendo las rondas y la noche se alargó. Salieron a bailar tres chicas; y luego un acróbata caminó boca abajo con unos pañuelos de colores enganchados en los dedos de los pies, agitándolos con movimientos grotescos. A su alrededor iban saltando dos hombres con pañuelos de colores en las manos que agitaban por encima de la cabeza, luego más abajo y finalmente por la espalda. ¿Dónde demonios había visto yo antes esos pasos y esos movimientos con los brazos? De repente, Ralph exclamó:

—¡Es la danza Morris![55]

Pues claro. Yo había visto ese baile exactamente igual bajo el pálido cielo de Essex, en Thaxted.



—Creo que Morris es una corrupción de *moorish*, «morisco» —dijo John—. Así que probablemente estamos viendo algo parecido al origen de ese baile, aquí y ahora. Quizá los árabes lo llevaron en su camino desde Arabia a Europa; o puede que los cruzados lo llevaran a Inglaterra.

Me quedé mirando las fabulosas figuras oscuras que bailaban a la luz de los faroles, con los pañuelos haciendo torbellinos y ondulando, y recordé a los alegres jóvenes con trajes tradicionales, con jarreteras, campanas y pañuelos de colores, que brincaban en las fiestas de mayo en Inglaterra. Cuántas costumbres nuestras, pensé, que creemos puramente inglesas, tendrán raíces que se remontan, como estas, a Arabia e incluso a tiempos y lugares más lejanos.

Cesó la música y los danzantes se marcharon saltando, despedidos con risas y cariñosos palmetazos en la espalda por todos sus amigos.

De repente apareció el Cómico, como por arte de magia, y se plantó delante de nosotros, haciendo gestos y muecas. Era uno de los peculiares

personajes de la excavación, y siempre lo conocimos como el Cómico, aunque creo que se llamaba Khalifa. Era gracioso por naturaleza, un payaso amable y cariñoso; sus compañeros del yacimiento, mientras excavaban y paleaban a su lado, siempre se reían a carcajadas.

Empezó a dar vueltas por el patio, sujetándose la cabeza y con cada miembro de su cuerpo tembloroso, haciendo como si fuera un hombre viejo y enfermo; otro de los obreros saltó a la palestra y se puso a acecharlo en silencio desde las sombras de la pared, como si fuera un bandido dispuesto a asaltarlo. El Cómico lo descubría, daba un brinco, sobresaltado, y olvidando su simulación de anciano tambaleante, empezaba a hacer el tonto, saltando de columna en columna, de un extremo al otro del patio, aullando y farfullando, mientras todos nos partíamos de risa.

El final fue inevitable: no pudo escapar a la persecución del bandido. Los garrotazos en la cabeza lo derribaron; el bandido lo remató mientras estaba en el suelo, y se alejó bailando del patio. El Cómico fingió estar muerto medio minuto; pero entonces empezaron los espasmos, los guiños, las patadas y los balbuceos que arrancaron risas que ni él pudo evitar. De todos modos, Hussein nos dijo con toda seriedad que estaba completamente muerto.

El otro actor volvió muy despacio. Esta vez traía una especie de chal por la cabeza que le tapaba la mayor parte de la cara, y su actitud era de gran pena y abandono.

—Es la pobre mujer del difunto —dijo Hussein—. Lo está buscando.

Dio la vuelta por el patio la triste figura, con mucho cuidado de no ver el alegre cadáver que estaba a la vista de todo el mundo, con un aire irremediablemente cómico. Entonces se produjo el terrible descubrimiento: la figura de la viuda, con la cabeza cubierta, cayó de rodillas y empezó a balancearse adelante y atrás, inconsolable, a la luz de la luna.

—Lo ha encontrado —nos explicó Hussein amablemente.

Un tercer actor se adelantó desde las sombras, y la gente se quedó callada, expectante. Dio una vuelta por el patio, con el brazo en jarras, como si llevara una cesta. Metía la otra mano constantemente en el hueco imaginario, la sacaba y la sacudía, al frente o a un lado, una y otra vez.

De repente John se incorporó en la silla.

—¡Está sembrando! —murmuró en voz muy baja, pero emocionadísimo—. Esto es increíble. Creo que es una especie de pantomima sobre un antiguo ritual del espíritu del trigo.

Al final, el labriego imaginario que sembraba las semillas se topó con el hombre muerto. Su mujer se levantó y empezó a bailar a su alrededor, levantando las manos como en señal de súplica. El cadáver empezó a moverse y a rodar, y a gruñir; y la risa volvió otra vez al público, pero un poco dubitativa, incierta, porque ahora parecían a merced de algo parecido al asombro: parecía como si supieran que estaban asistiendo a una gran crisis en la que claramente participaban, como si la historia perviviera en el fondo de sus corazones, como un recuerdo subconsciente, sin nombre.

Rápidamente el muerto recuperó la fuerza y la vitalidad y se puso en pie. Empezó a hacer el tonto alrededor de una de las basas de las columnas, gritando de alegría, mirando al cielo. Luego, saltando y brincando, cogió las manos de su mujer y bailaron triunfalmente dando vueltas al patio, seguidos por el sembrador.

Ya era muy tarde. Todo el mundo dio por hecho que aquella extraña representación mímica era el clímax del espectáculo. John se levantó y los músicos también, e interpretaron una conmovedora melodía. Él se acercó a la pared; los faroles iluminaban su calva y su capa azul cretense. Hizo un breve discurso dedicado a todos los presentes y les dijo que habían conseguido que fuera una maravillosa velada para todos nosotros; que habían trabajado mucho durante toda la campaña, que había sido una campaña estupenda y que se lo agradecía a todos... y que, si Dios quería, volveríamos muy pronto, y disfrutaríamos de otra estupenda temporada arqueológica.

—¡Dios lo quiera! ¡Dios lo quiera! *In sh'Allah! In sh'Allah!* —gritaron todos; y de repente uno de los *guftis* gritó que nunca había habido «un *mudir* como su honorable señor», «*Mudir zey genabbu er Ragil*». Todos prorrumpieron en gritos, aplausos y risas; John levantó una mano en señal de modesto agradecimiento, dio media vuelta, pasó por delante de nosotros y entró en el salón, sonrojado y tal vez un poco emocionado. Luego nos dijo:

—Este es el mayor honor que he tenido en mi vida, y el mayor de cuantos espero tener. —Como en un susurro, casi para sí mismo, repitió sonriendo—: *Genabbu er Ragil*.

Hussein entró con cerveza y sándwiches, y John le preguntó qué sabía de la obra que había interpretado el Cómico. Él se quedó en la puerta, con sus ojos leonados brillantes y el rostro arrugado por la sonrisa, gesticulando con las manos mientras intentaba explicarlo. Era una historia *min zamân, min zamân*, de hace mucho, mucho tiempo. Khalifa era el viejo, que tenía que morir para salvar a su pueblo. Fue asesinado por el hombre malvado. Murió

cuando el grano estaba maduro. Allí se quedó muerto hasta que se sembraron las nuevas semillas y el grano empezó a brotar.

—Pero ¿quién es el viejo en realidad? —preguntó John.

Hussein titubeó un momento.

—Algunos dicen que es la cosecha del centeno y la cosecha del trigo.

—¿Tú te crees eso, Hussein?

El hombre se puso muy serio.

—Es solo una vieja historia, *min zamân, min zamân*.

Cuando se fue, lo hablamos entre nosotros y comentamos toda la velada, con sus encantadoras escenas de talento natural e ingenuo; pero principalmente hablamos del mimo. Sabíamos que habíamos tenido el privilegio de ver algo extraño y maravilloso. Por muy deteriorado y ajado que pudiera estar aquel jirón de la historia, grotesco y en cierta medida ridículo, aún conservaba rasgos que nos remontaban a épocas remotas. Mucho más antiguas que la época del mismísimo Akenatón, y, sin embargo, aún conservaba fibras de realidad que se entretejían inextricablemente en las entrañas de los hombres de hoy. Lo habíamos visto en la cara de Hussein, y poco importaba lo que dijera; lo escuchamos en el repentino silencio de la gente al ver el milagro de la resurrección... ¿la resurrección de quién? Los ojillos que se habían entrecerrado de risa con las tonterías del Cómico se habían abierto luego de asombro. Por un momento habían olvidado al bufón familiar, y habían visto a otro hombre allí, en su lugar, esperando a que cayeran sobre él las semillas, germinaran y brotaran de nuevo; para ellos, en ese momento, se trataba de un hombre sin nombre, casi una leyenda, *min zamân, min zamân*... Y, sin embargo, en el fondo era real, y ellos lo conocían; era una persona que había muerto violentamente para que ellos pudieran vivir, que había entregado su cuerpo para que fuera su alimento. Era el dios muerto: Osiris.^[56]

Capítulo XIII



Los últimos tres días pasaron volando. Uno lo dedicamos a pagar a los obreros; el siguiente hicimos una visita rápida a la ciudad antigua y al Barrio Norte, elegimos a los guardias y les dijimos cuál debía ser su trabajo a lo largo del verano, para impedir excavaciones ilegales y saqueos.

Y por fin, el último día, bastante triste, lo dedicamos a hacer las maletas. La única persona que parecía realmente feliz era Hussein, porque tenía una apasionante aventura por delante. John había decidido no enviar el tesoro del egipcio avaricioso con los demás hallazgos; Hussein iba a ir a El Cairo con nosotros, llevando el oro y la plata en una caja de caudales, y no la perdería de vista hasta que llegáramos al museo; y luego, aprovechando la ocasión de mezclar trabajo y placer, John y Hilda lo llevarían a dar una vuelta por la ciudad, en la que nunca había estado, antes de volver al sur para cerrar la residencia de la excavación durante el verano.

Era el momento de marcharse. Una última mirada a la vetusta casa bajo el sol, antes de que los palmerales lo ocultaran todo; en el lejano laberinto de ruinas, donde el polvo que habíamos levantado con nuestra actividad ya se había asentado, un velo arenoso cubriría la ciudad dormida hasta que volviéramos; en los barrancos abrasados por el sol se apreciaba la hendidura, la puerta al Valle de las Sombras.

Cruzamos el río otra vez, volviendo la mirada al grupo de cariñosos aldeanos que se había reunido en el embarcadero. Poco a poco se fueron

fundiendo en una pequeña línea de puntos negros y blancos, y las caras dejaron de ser reconocibles; y, sin embargo, durante mucho tiempo pudimos distinguir a cada uno mientras nos decían adiós con la mano: el *gufti* Hussein Sawag, por el turbante, que siempre llevaba tan alto, por encima de su despejada frente; el Cómico, por su manera de hacer el molinillo con los brazos; el joven Abu Bakr, por su gran tranquilidad, la cabeza más pequeña que todos los demás, un duendecillo escuálido y desconsolado.

Por fin giramos hacia el norte, la vieja falúa viró entre el crujido rítmico, y el chapoteo y el goteo, de los remos acompasados que se sumergían en las aguas brillantes; nos quedamos mirando el empinado cabo del talud, que iba quedando atrás como una gran puerta que se cierra, ocultando poco a poco aquel lugar maravilloso que había sido nuestra casa.

Primero nos tapó el pequeño grupo que apenas se distinguía en el embarcadero. Luego nos arrebató la larga hilera verde de palmeras que bordeaban la orilla; y finalmente, toda la bahía que acogía la ciudad de Akenatón: el lugar secreto volvía a quedar en silencio tras el dorado bastión.

Para mí, la puerta se había cerrado sobre algo preciadísimo; porque sabía que, aunque volviera muchas más veces, ya nunca se volvería a obrar aquella magia. Los sentidos nunca volverían a estar tan absolutamente receptivos al efecto de su extraña belleza. Desde otros puntos de vista, más prosaicos tal vez, saldría ganando: sabría más, cometería menos errores, hablaría con más facilidad a los egipcios y, en general, sería más útil en los trabajos de la expedición; pero en ese momento solo era consciente de una sensación de pérdida de las cosas que no volverán a disfrutarse otra vez, que se disipan como la niebla al sol, y que no volverán jamás, aunque sigan vivas en el corazón mucho más tiempo que los hechos comunes de la vida cotidiana, que se olvidan por completo.

En la estación, el grupo empezó a disgregarse. Dejamos a Tommy en el andén, diciéndonos adiós con la mano, rodeado de los chicos de la falúa y de los aldeanos que habían venido a ayudar con el equipaje; tenía pensado ir al sur en un tren posterior y pasar algunas semanas en otra excavación al sur de Lúxor. Un último adiós y, desde la ventana del tren, una última mirada al espolón de los barrancos, muy lejos ya, turbio en la neblina bajo el calor de la tarde; metimos la cabeza y cerramos las ventanillas, justo cuando la primera oleada de polvo empezaba a arremolinarse al emprender la marcha.

Había fotografías en color colgadas encima de los asientos: de las pirámides, del hotel Palace de Lúxor y de todos los paisajes turísticos. El

vagón resultaba estrecho y asfixiante, y se ajustaba perfectamente a la sensación de regresar al mundo opresivo del siglo XX. Pasados unos minutos, Hilary consiguió animarnos un poco. Esa misma noche partía directamente a Palestina desde El Cairo, y nos enseñó cómo conseguía burlar a los buitres de aduanas en las fronteras para que no le encontraran un soberano de oro que siempre llevaba consigo. Estaba seguro de que se lo confiscarían en cuanto se lo encontraran, y de que lo meterían en la cárcel. Sacó un bote de jabón de afeitar: había metido previamente la moneda en él y luego se había dedicado a alisar laboriosamente la superficie para que pareciera que no se había usado. El tahúr compitiendo en ingenio con la autoridad.

—Bueno, me alegro de que tu jabón de afeitar por fin tenga alguna utilidad —dijo John, que había soportado a aquella tribu de barbudos con notable estoicismo.

Llegamos a El Cairo aquella noche a última hora. En el andén, insospechadamente —pero qué alegría fue verlos—, estaban los tres *guftis* que habían viajado por el río con las antigüedades de Amarna: eran los restos de la vida que habíamos dejado atrás y que aún perduraban. Se procedió a la ceremonia de saludos y se estrecharon las manos. Nos dijeron que habían llegado aquella misma mañana, pero que todas las cajas se encontraban ya a buen recaudo en el museo.

Algunos de los viajeros con pinta de ricachones que habían venido en el mismo tren que nosotros, desde Asuán y Edfu, y desde Lúxor y Abidos, y de todos los otros sitios turísticos, nos miraban con curiosidad mientras se dirigían a los coches relucientes que aguardaban en la entrada de la estación y que los llevarían en un suspiro al Shepheard's, justo a tiempo para cenar. «¿Qué gente será esta? —parecían decir sus miradas—. Son ingleses, evidentemente, se ve por la ropa, pero esa ropa necesita una buena lavandería: parece que lleva doblada meses enteros, y míralos, hablando amistosamente con esos tres gitanos como si se conocieran de toda la vida. Así no hay manera de que estos moros nos respeten.»

No era culpa suya que la única experiencia que tenían de los egipcios fuera un tipo desagradable que se quejaba de tener que enseñarles las pirámides y los templos, o un avisado hombrecillo de pueblo que, después de aprobar algún examen y embutirse en unos pantalones y chaqueta negros, cada día era más intransigente con las costumbres importadas de los británicos. Era imposible que supieran nada de la vida de los verdaderos egipcios que trabajaban en los campos de cultivo, los campesinos rudos, con

sus irreductibles cualidades de lealtad y sabiduría, y su humor burlón. Me di cuenta, más que nunca, de lo privilegiada que había sido al tener la oportunidad de sumergirme en el corazón de la vida de Egipto, saltándome el mundo turístico. Las visitas turísticas vendrían más adelante, pero afortunadamente, ya nunca vería las cosas como una turista.

Vimos a Hilary en el tren nocturno que se dirigía a Palestina; y se despidió alardeando de su secreto dorado, llevándose metafóricamente el dedo a la nariz.

—Imagínate que ni siquiera le abren la maleta —dijo Hilda.

—Se moriría del disgusto —contestó Ralph.

Ya solo quedaban cuatro negritos.^[57] Salimos de la estación riéndonos, pero un poco tristes también. Hilary era un tipo entrañable y sería una lástima que madurara.

Así acabó aquel largo día. El único incidente fue un momento de pánico que tuvo Hussein. En la escalinata del hotel Continental nos perdió de vista un momento entre la multitud que entraba y salía del vestíbulo y pasaba por la acera. Seguramente pensó que habíamos entrado en el hotel antes que él, porque lo vimos de repente subir los pulidos escalones aferrado a su valiosa maleta y enredarse en la puerta giratoria, en la que no dejaba de dar vueltas; lo alcanzamos cuando estaba a punto de emprender la sexta, con los ojos desorbitados; conseguimos extraerlo antes de que perdiera por completo el control. Por un momento pareció abatido; pero no tardó en recuperar el buen ánimo y empezó a reírse de buena gana de su propia tontería y de las maravillas de la civilización. John se hizo cargo de la maleta para lo que quedaba de noche y Hussein se fue con los *guftis*.

Al día siguiente llegó un mensaje del museo: las cajas estaban listas para ser desembaladas y hacer el reparto. Acudimos de inmediato a la oficina del señor Engelbach, que nos llevó a una gran sala que había en la parte trasera, en la que apenas había otra cosa que unas cuantas mesas de caballete. Las cajas estaban al lado de las mesas, ya sin las tapas.

—¿Podéis desembalar hoy? —preguntó—. Si me decís que sí, podemos hacer el reparto mañana por la mañana a las diez. El jefe está libre a esa hora y ya tenemos las listas: parece que todo está en orden.

Le dijimos que podíamos desembalarlo todo enseguida. Pasamos la tarde sacando las piezas, agrupándolas, en filas y bien colocadas, sobre las mesas.

Un trabajo habitual; y, sin embargo, la condición de piezas de museo ya se apoderaba de ellas en la sala casi vacía.

Al final de la larga tarde de trabajo, volvió el señor Engelbach y examinó todas las piezas; ya había visto fotografías de la mayoría de los objetos, por supuesto, así que los conocía bastante bien. Cuando vio la escultura de la princesa, hizo un gesto dubitativo con la cabeza, como si fuera imposible vencer alguna dificultad.

—Voy a hacer todo lo que pueda por vosotros... pero creo que el jefe está obligado a quedarse con esto para el museo. Es una preciosidad, ¿verdad? Pero, bueno, uno nunca sabe: yo haré lo que pueda, como digo... Estoy en deuda con vosotros por el buen trato que nos habéis dispensado durante toda la campaña.

John asintió en un gesto de agradecimiento, se miró los pies y me pisó como si se hubiera tropezado conmigo, todo a la vez.

El señor Engelbach no se comprometió a la hora de identificar la cabeza de la joven egipcia, pero admitió, con todas las precauciones, que bien podría ser Anjesenpaatón.

A la mañana siguiente se celebró «el reparto». El jefe, en otras palabras, el director del museo, *monsieur* Lacau, era un francés espigado de cierta edad, con barba blanca, gafas al final de la nariz y unos ojos azules envejecidos y nerviosos que nos escudriñaban desde arriba. Empezó así una larga mañana de trabajo. El hombre avanzaba muy lentamente por las mesas, con el señor Engelbach y John, uno a cada lado: el primero explicaba las cosas en un francés rápido, y John apuntaba de vez en cuando alguna cosa cuando era necesario. A veces el director cogía algo y lo exponía a la luz, lo miraba echando atrás la cabeza y la barbilla al frente, y con sus fabulosas manos alargadas daba vueltas a algún pequeño objeto, como si sus dedos blancos y delicados pudieran decirle su valor solo con tocarlo. A veces los tres hombres se inclinaban a la vez sobre un objeto de la mesa, de tal modo que casi se rozaban la cabeza. Desde donde yo observaba el procedimiento, a una respetuosa distancia de un par de metros o así, aquellos gestos tenían la apariencia de un solemne ritual religioso, con un sacerdote y dos diáconos avanzando lentamente, a la vez, a lo largo de un altar fabulosamente largo, haciendo reverencias y enderezándose, mientras sus voces se elevaban o hablaban en un murmullo.

Cuando ellos avanzaban, yo también, para apuntar las piezas que el señor Lacau apartaba de cada grupo para que se quedaran en El Cairo. (El dintel de

la casa de Hatiay se examinó al principio y se adjudicó de inmediato al museo.) Yo llevaba la lista completa de piezas descubiertas e iba apuntando y marcando cada pieza que se asignaba al museo con una gran C detrás del número de serie. Naturalmente, la lista solo incluía algunos de nuestros mejores hallazgos, y era un trabajo muy triste poner esa C y luego despedirme de esas cositas que yo había contribuido a limpiar, a arreglar e incluso a desenterrar: el amuleto de la rana, dos preciosos cuchillos de bronce, una redoma de alabastro con una inscripción, un azulejo esmaltado azul oscuro con un precioso dibujo cincelado de flores de loto azul claro en un estanque, un juguete infantil con forma de hipopótamo y nuestras mejores gargantillas.

La mañana siguió su curso y me pareció que estaba poniendo la C en la mayoría de nuestros grandes hallazgos; no parecía que fuera a quedar mucho para la exposición estival de Londres. Miré de reojo a John, cuyo gesto era completamente imperturbable; y al señor Engelbach, que cada vez estaba más nervioso. En un aparte, me dijo en tono confidencial:

—Está bastante inflexible... Lo siento, pero es que hay muchas cosas interesantes. De todos modos, aún no ha acabado.

Volvió con los otros y yo seguí con las piezas que se quedaban en el museo, cotejando los números y apuntándolos en la lista correspondiente. Bueno, al final nos quedamos con muchas piezas bonitas, además de un montón de objetos comunes más conocidos, los amuletos de colores, las cuentas y los anillos con piedras engastadas. Nos dejaron una redoma de alabastro muy buena, aunque sin inscripciones, algunas pruebas de escultores muy interesantes, un espejo de bronce, y un neceser pequeñito de bronce con parte de unas tijeras y unas pinzas dentro, y una gargantilla bastante bonita.

El señor Lacau llegó a la pila de lingotes de oro y plata, y los miró con una ligera sorpresa. John los había dispuesto, muy hábilmente, en dos partes iguales muy llamativas... con el pequeño amuleto de oro y plata entre los dos montones. El director se abalanzó sobre la figurita mientras John le explicaba cómo se había encontrado la tinaja de oro.

—No quiero todo este oro y esta plata —dijo el director—, pero tengo que quedarme con este hombrecillo: es muy interesante. Nos quedaremos con la mitad del tesoro. Se pueden quedar ustedes con el resto.

Era más de lo que habíamos soñado. Ahora el único objeto de primer nivel que quedaba por evaluar era la cabeza de la princesa. El señor Lacau había llegado al lugar donde se encontraba la pieza. La cogió. Sus larguísima dedos giraron la cabecilla delicadamente, de un lado a otro.

—Excelente —dijo—. Creo que deberíamos...

—¿No le parece que nuestra serie de retratos de Amarna ya es lo suficientemente extensa, señor? —El señor Engelbach hablaba muy bajito, pero estaba congestionado y colorado.

—Sí, tenemos una buena colección —fue su respuesta—, pero la extraordinaria delicadeza de esta escultura...

—Es prácticamente una copia de la talla de arenisca de hace dos años, señor, aparte de la peluca, ¿no? Y no es tan perfecta. ¿Ve esa lasca en la barbilla, señor? (Suéltala de una vez, maldito bribón.)

Esto último lo dijo en inglés, casi no es necesario advertirlo, y en un susurro, pero con una increíble violencia.

Se produjo un silencio largo y angustioso. John prefirió mirar por la ventana. El señor Engelbach se estaba poniendo púrpura. Yo mordisqueaba la punta de mi lápiz.

Y por fin:

—No, esto no nos lo vamos a quedar: como dice mi amigo, nuestra colección de escultura de Amarna está muy bien representada. No creo necesario quedarnos con esta pieza también.

Volvió a dejar la escultura en su caja, con mucho cuidado, lentamente y a regañadientes. Y ninguno de nosotros se sintió seguro hasta que siguió avanzando y empezó a escudriñar los últimos objetos que quedaban. Pero, para nosotros, el reparto había terminado ya. No solo habíamos conseguido conservar una buena cantidad de material medianamente interesante para llevar a Londres, sino que además y sobre todo teníamos una gargantilla buenísima, la mitad del tesoro de oro y plata, y, lo mejor de todo, la princesa. Era mucho más de lo que nos habíamos atrevido a esperar.

Ahora sí se había acabado. El señor Lacau estrechó las manos a todo el mundo, expresó su deseo de que nuestra Sociedad solicitara de nuevo la concesión de la excavación para la siguiente campaña, nos felicitó por nuestros resultados, volvió a darnos la mano, hizo varias reverencias inclinándose hasta la cintura y volvió a su despacho. El señor Engelbach se sentó en los cuartos traseros de una pequeña esfinge que estaba en la sala, se quitó el fez y se secó el sudor de la frente.

—Espero que estén contentos... —dijo—. Estaba un poco picajoso al principio... Creí que se iba a quedar con todo sin más.

—Estoy muy satisfecho —dijo John, encantado— e inmensamente agradecido. Desde luego, no nos habríamos quedado la cabeza de la princesa sin sus persuasivas indicaciones.

—No, pensé que todo iba a salir mal —dijo—. Pero realmente no la necesitamos para la colección: a ustedes les resultará mucho más útil.

Dos empleados del museo vinieron con un carrito y lo cargaron con los objetos que se iban a quedar en El Cairo; luego se los llevaron a los talleres del museo.

Al día siguiente tuvimos que rellenar innumerables formularios para la aduana, volvimos a embalar las cajas y despachamos nuestros tesoros a un largo viaje hacia Londres, donde, tras la exposición del verano, serían recolocados en los diferentes museos con los que colaboraba la Sociedad.

Tal vez allí debería acompañar a las piezas de Amarna y seguirles la pista a un par de ellas.

El comité de dirección de la Sociedad decidiría que era admisible vender nuestra parte de oro y plata, y el Banco de Inglaterra nos pagó doscientas libras por todo, una cantidad que fue reasignada para la excavación de la campaña siguiente en Amarna. Cuando se completó la transacción, las palabras de John resonaron como un eco: «Mientras tanto, confiemos en encontrar un tesoro enterrado... de doscientas libras». El deseo se había convertido en realidad... no a tiempo para nuestra campaña, pero desde luego permitiría ampliar el plazo de tres semanas más en la excavación de la siguiente.

Sin embargo, antes de venderlo, ocupó un lugar en la exposición. Preparamos una vitrina que reproducía el momento en el que se había abierto la tinaja del oro; y captó muchísimo el interés del público. Era una vasija, tumbada de lado, sobre arena de verdad, y por su embocadura salían los lingotes de oro y plata; también había, delante del tesoro, en la arena, una réplica en oro y plata del amuleto hitita, hecha a partir de mi molde de plomo.

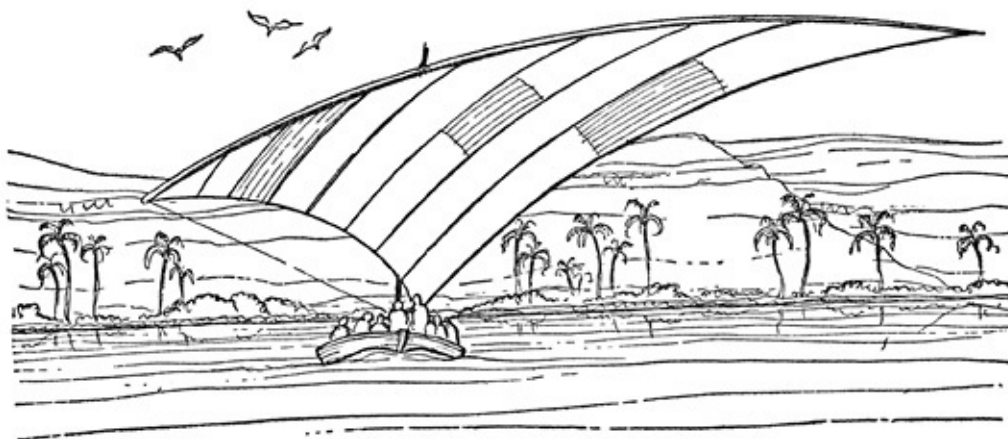
En la exposición también pudo verse, por supuesto, la cabeza de la princesa, en un lugar de honor, en el centro de la sala. Al clausurar la muestra, una señora americana, que siempre había sido muy generosa con la Sociedad en el campo de trabajo, nos dijo que si legábamos la pequeña cabeza al Metropolitan Museum de Nueva York cuando hiciéramos la redistribución, donaría mil libras para la siguiente campaña.

Y así fue como, finalmente, el tesoro encontró su lugar en los sótanos del Banco de Inglaterra y la princesa hizo su último y largo viaje por mar a América, y hoy puede verse en una vitrina en Nueva York.

Una joven princesa, un gran artista y un avaro: estos tres personajes, que vivieron hace tantísimo tiempo, nos aseguraron la siguiente campaña de excavaciones arqueológicas.

Pero me he precipitado y me he adelantado a los acontecimientos. Aún estábamos en El Cairo, cansados y exultantes. Una última cena juntos, con un agradable batiburrillo de conversaciones en las que hubo sugerencias para la preparación de la exposición de junio (John y Hilda estarían en Creta hasta mayo), recuerdos de los buenos momentos que habíamos pasado en Amarna, notas garabateadas y esbozos de mapas que John nos entregó para nuestro viaje a Grecia, el precio que debíamos pagar a los guías, la gente a la que teníamos que ir a ver, las cosas que no podíamos perdernos, la mejor manera de llegar a Delfos... y luego, fin.

Al día siguiente, Ralph y yo emprendimos viaje a Atenas.



Epílogo



En 1976 la Sociedad para la Exploración de Egipto renovó la concesión para excavar en Tell el-Amarna, y siguen realizándose trabajos arqueológicos. Pero quizá a los lectores de este libro les interese saber qué fue de quienes trabajamos allí hace casi setenta años.

Aunque no fue el único del equipo egipcio que participó en las excavaciones, no puedo olvidarme de Hussein Abu Bakr. Trabajó la mayor parte de su vida como jefe de servicio de la residencia de la excavación. Cuando era un crío, mientras le enseñaban a ser el chico de los recados, había conocido a Flinders Petrie. No hablaba ni una palabra de inglés. Su hermano era el cocinero, y entre ellos administraban y organizaban el personal de una manera muy sencilla pero admirable.

El buen funcionamiento de la casa contribuía enormemente a que los arqueólogos, muy necesitados de descanso, se sintieran cómodos y relajados después de un largo y duro día de trabajo en la excavación. Pero Hussein era mucho más que un mayordomo eficaz y competente: alto para ser egipcio, muy moreno y con aire digno, fue un amigo fiel y alegre, siempre atento al bienestar del equipo.

John Pendlebury, un elegante atleta, descubrió que Hussein era un experto en la lucha con vara medieval, una forma primitiva de combate y esgrima, y le pidió que le enseñara las reglas y los movimientos. Se acechaban mutuamente, atacándose y defendiéndose, y de vez en cuando gritando en

árabe como si estuvieran furiosos. Después del combate, cada uno se iba por su lado riéndose, John a trabajar en la oficina y Hussein a preparar la cena.

Una vez a la semana, Hussein iba a una reunión religiosa musulmana en una aldea cercana a orillas del Nilo. En cierta ocasión le dijo a John lo triste que estaba porque, como nosotros no éramos musulmanes, no nos volveríamos a ver cuando él llegara al Cielo.

Respecto a los que participamos en la expedición, Hilary Waddington al final se hizo adulto y, después de trabajar en varias excavaciones en Palestina, pasó la mayor parte de su vida activa adscrito al Departamento de Investigación Arqueológica del Gobierno de la India; su mayor interés fue la restauración de los templos antiguos. Trabajó mucho y con gran éxito, y se le concedió la Orden del Imperio Británico (MBE) en 1947. Murió en 1989, a los ochenta y cinco años.

Ralph Lavers, sensible, divertido y con talento, era un notable arquitecto y dibujante, no especialmente robusto, más bien de complexión débil. Se fue haciendo cada vez más picajoso cuando gente menos delicada (no en Tell el-Amarna) lo trataba, aun con intención amable, como si fuera un chico de dieciséis años, en vez de dirigirse a él como el hombre maduro y reflexivo que realmente era. Perdí el contacto con él hasta que empecé a buscar a alguien para que ilustrara este libro, y supe que era exactamente la persona que tenía que hacerlo. Creo que los dibujos muestran claramente sus propios recuerdos, alegres y divertidos, de Amarna, reflejados en la observación cuidadosa de los personajes: los hombres, los chicos y las chicas que trabajaban en el yacimiento. Tristemente, murió no mucho después de acabar las ilustraciones.

No sé ni cómo ni por qué Herbert Fairman, el epigrafista de nuestra expedición, llegó a adquirir el apodo de Tommy. Después de la guerra, en 1949, obtuvo la cátedra Brunner de Egiptología de Liverpool: consiguió fama internacional como académico y como docente. Por fortuna para sus alumnos, siempre tuvo el entusiasmo por el mundo egipcio que nosotros conocimos en su juventud. En su madurez también disfrutó mucho organizando visitas turísticas a Egipto en calidad de guía-profesor.

La dificultad de dirigirse a un grupo variopinto de turistas, aunque todos estén interesados, es evidente. Algunos viajeros son auténticos expertos en egiptología, otros tienen un conocimiento superficial de la materia y hay quien no sabe nada en absoluto y humildemente espera adquirir —con suerte— alguna formación. Algunos de estos últimos, estoy segura, se habrán

topado con algún que otro conferenciante pomposo, que habrá respondido a sus preguntas elementales con sequedad, dándoles a entender claramente que le están haciendo perder el tiempo.

Pero Tommy no era así. Quería que todo el mundo disfrutara del viaje tanto como él y trataba a todos y cada uno de los viajeros amablemente y con sencillez, aunque con firmeza. Al final de un duro día de trabajo, solía decir: «Creo que andamos justos de tiempo, pero si no están demasiado cansados, querría enseñarles una cosa más. Vengan». Y ellos iban. Al final de sus viajes, todo el mundo, medio muerto y con los pies doloridos, admitía que había sido el mejor viaje turístico de su vida. Tommy murió en 1982, a los setenta y cinco años.

Nuestro director, John Pendlebury, que en aquella época era el administrador de Cnosos y dirigía las excavaciones en ese yacimiento, siguió trabajando cerca del palacio, mientras el arqueólogo que lo descubrió, sir Arthur Evans, ya anciano, estaba en Inglaterra. La mujer de John, Hilda, también profesora de clásicas, lo ayudó a dilucidar las múltiples vinculaciones entre el antiguo Egipto y la Grecia minoica.

Recuerdo cuando John nos leyó una carta de su padre donde le decía que sir Arthur acababa de recibir la medalla de oro de la Royal Geographical Society por el descubrimiento y la excavación, el año anterior, de la maravillosa tumba real al lado del palacio de Cnosos. Hilda estalló: «¡Qué injusto! Esa tumba la descubriste tú, la excavaste tú y publicaste los resultados tú. ¡Y Arturito se lleva la medalla!».

John sonrió amablemente: «¿Por qué te disgustas? Cuando yo tenga setenta y siete años, me llevaré todas las medallas por el trabajo de mis discípulos y subalternos». Todos nos echamos a reír, por entonces ignorantes de que John nunca cumpliría los treinta y siete, y, desde luego, tampoco los setenta y siete.

Cuando estalló la guerra, poco después de nuestra aventura en Amarna, John se alistó en operaciones especiales del ejército. Justo después de que Francia cayera en manos de los alemanes, en 1940, fue enviado a Creta con el cargo de vicecónsul, pero en realidad su misión era organizar un movimiento de resistencia, anticipándose a la invasión inminente de la isla, una vez que Hitler hubo ocupado la Grecia continental. No se podría haber encontrado mejor hombre para semejante tarea. John era un hombre conocido en Creta y en el que confiaba todo el mundo, y hablaba los distintos dialectos de las aldeas remotas de la isla.

En los diez meses anteriores a la invasión alemana, que empezó en mayo de 1941, consiguió organizar muchos grupos guerrilleros. Pero, a pesar de la necesidad desesperada de armamento, nunca reunió el equipamiento necesario. Los recursos militares británicos, en ese momento crucial de la guerra, estaban desbordados en todos los frentes.

El 21 de mayo de 1941 comenzó la invasión aérea de Creta, lanzada desde el sur de Grecia. John salió de su despacho en Heraklion y, con uno de sus agentes, fue en busca de los guerrilleros en un punto de encuentro al oeste de la ciudad. Fueron interceptados y rodeados por paracaidistas y John resultó gravemente herido. Lo llevaron a una granja donde vivía otro agente: su mujer y su hermana hicieron todo lo posible por salvarle la vida. Los soldados alemanes registraron la granja y se llevaron su chapa identificativa. Por esa chapa, los mandatarios alemanes supieron quién era y a la mañana siguiente los soldados volvieron a la granja con órdenes claras. Uno de los testigos describió más adelante la ejecución de John en el patio de la granja y la dignidad que había mostrado en ese último trance.

La resistencia en Creta persistió tenazmente varias semanas (Hitler esperaba someterla en el plazo de unos días), y mucha gente, Hilda entre otros, confiaba en que John hubiera huido a las montañas y siguiera aún dirigiendo las operaciones... pero, al final, la realidad salió a la luz. Hilda crió sola a sus dos hijos y vivió lo suficiente para verlos crecer.

Este, en fin, es un breve esbozo de lo que fue de los colegas y amigos con los que trabajé en los años treinta en Tell el-Amarna, escrito por la única superviviente. Antes de la guerra me uní a una expedición en Mesopotamia, con el mismo tipo de trabajo administrativo, pero a una escala mucho mayor. El yacimiento estaba dirigido por el Instituto de Estudios Orientales de la Universidad de Chicago y su director era el brillante Henri Frankfort; el equipo era muy grande y encantador, pero yo nunca dejé de sentir nostalgia de Tell el-Amarna.

Durante la guerra, mi bicicleta y yo (no había gasolina entonces) tuvimos un encontronazo con un gran camión militar. Naturalmente, salí la peor parada en el accidente, y esta circunstancia puso fin de un plumazo a la agotadora actividad —esencial en una excavación— que esperaba reanudar cuando terminara la guerra.

Comprendí que tendría que cambiar de rumbo completamente. ¿Podría dedicarme a escribir, tal vez? Mientras me recuperaba, en el verano de 1942, estudié los pájaros de jardín con unos prismáticos y envié tímidamente un

alegre artículo a la revista *Punch* titulado «La observación de los pájaros», que, para mi sorpresa, aceptaron. Esto me dio esperanzas y continué escribiendo. Más adelante empecé en la radio: mi primera alocución, en 1951, se titulaba «Aquí vivió Nefertiti». De esa alocución de quince minutos nació este libro, que se publicó por vez primera en 1954.

Es estupendo saber que una generación más joven aún quiere acompañarme mientras me acerco a aquel promontorio sobre el río que parecía haber desaparecido para siempre cuando salí de Tell el-Amarna, hace tantísimo tiempo. Pero aquí estoy, rodeándolo de nuevo en la vieja falúa: la preciosa cala aún puede verse a la luz del atardecer y, con ella, el resplandor amarillo y reconfortante de las lámparas de la antigua residencia de los arqueólogos.

Puedo vernos a los seis, una vez más, trabajando, absortos y decididos, a veces frustrados, a veces exultantes, cada cual desempeñando un papel en el esfuerzo de recuperar y restaurar un pequeño fragmento de la historia de Egipto. Era un poco como restaurar un maravilloso vestido antiguo, raído en algunas partes, e incluso con fragmentos perdidos, pero que gradualmente resurge como un todo coherente. Pero, sobre todo, recuerdo que, en cada puntada y en cada costura, el arduo trabajo se veía aliviado por algo que lo unía, que siempre brillaba por dentro y por fuera de la tela, el hilo dorado de una risa lejana.

MARY CHUBB, 1998



MARY CHUBB (n. Londres, 22 de marzo de 1903 — m. Salisbury, 22 de enero de 2003) fue una escritora y arqueóloga británica. Ha sido descrita como «la primera administradora de excavaciones profesional». Hija de John Burland Chubb (1861-1955) y descendiente del artista de Bridgwater John Chubb (artista), 1746-1818.

Ha sido descrita como una «arqueóloga accidental». Aceptó un trabajo en la Sociedad de Exploración de Egipto (EES) para financiar sus estudios de escultura en la Escuela Central de Arte de Londres, y no porque tuviera interés en la arqueología o la egiptología. Después de un año como subsecretaria en la base de EES en Londres, haciendo trabajos ocasionales mientras la secretaria se negaba a pasarle ningún trabajo real, sintió ganas de renunciar. Habiendo sido enviada al sótano a buscar un dibujo que se incluiría en una de las publicaciones de la Sociedad, encontró un objeto que despertaría su interés por la arqueología, algo que los doce meses anteriores de trabajo no habían tenido. Ella describió este momento en su libro *Nefertiti vivió aquí*: «Era un trozo de azulejo vidriado, eso era todo, pero en ese momento vacío y sombrío de depresión, desencadenó un resorte insospechado.... Al darle la vuelta, un hilo de fina arena amarilla se deslizó entre mis dedos... Arena

Egiptia. Tenía en mis manos algo que apenas había sido tocado desde que fue encontrado en Egipto años antes... De repente me invadió un gran anhelo; Quería saber todo lo que pudiera sobre el lugar de donde había venido el azulejo... Volví a mirar el azulejo... un obturador en la mente, que hasta entonces había separado mi yo vivo de todo lo que había oído sobre el Antiguo Egipto, se levantó de repente y en silencio».

Dejó su trabajo de subsecretaria en la Sociedad de Exploración de Egipto y se ofreció como voluntaria como «cuerpo de secretaria» para la excavación de Tell el-Amarna en Egipto. Poco a poco desarrolló habilidades y se convirtió en un miembro importante del equipo. Su trabajo administrativo «ayudó a establecer nuevos estándares en la publicación arqueológica». Después del final de la excavación en Amarna, se unió a las excavaciones en Irak, en Ur y Eshnunna, dirigidas por el Instituto Oriental de la Universidad de Chicago; ocupó el cargo de «Secretaria de campo de la Expedición a Irak del Instituto Oriental». Luego pasó 1938 en la Universidad de Chicago escribiendo sus excavaciones recientes.

Tras regresar a Inglaterra durante la Segunda Guerra Mundial, Chubb se vio envuelta en un accidente que acabaría con su carrera arqueológica. Fue atropellada por un camión militar mientras montaba en bicicleta y resultó gravemente herida; sobrevivió al accidente pero perdió una pierna y vivió el resto de su vida discapacitada físicamente. En 1942, mientras se recuperaba de su lesión, se dio cuenta de que le impediría asistir a más excavaciones arqueológicas, por lo que dedicó su talento a la escritura.

Escribió una serie de libros sobre arqueología para el público en general y también escribió una serie de libros para niños sobre personas del mundo antiguo. También incursionó en el periodismo, escribiendo para revistas como *Punch* y para la BBC. Sus libros para niños tenían la forma de libros del alfabeto en los que cada letra era una palabra vinculada al tema del libro y seguía un párrafo que explicaba la palabra; por ejemplo, en su *Alfabeto del Antiguo Egipto*, la letra C era para cartuchos y esto fue seguido por una explicación básica de cómo leer jeroglíficos. Sus dos libros principales se publicaron en la década de 1950; *Aquí vivió Nefertiti* (1954) y *City in the Sand* (1957). Estos libros tratan sobre su participación en las excavaciones de la década de 1930 de Tell el-Amarna en Egipto y de Ur y Eshnunna en Irak. Se volvieron a publicar en la década de 1990 con nuevas introducciones y epílogos añadidos.

Notas

[1] Véase por ejemplo, Norman de Garis Davies, *The Rock Tombs of El Amarna I* (Londres, 1903). <<

[2] W. M. F. Petrie, *Tell el Amarna* (Londres, 1894). Un resumen de los trabajos de Petrie en el yacimiento puede leerse también en Margaret S. Drower, *Flinders Petrie: A Life in Archaeology* (Londres, 1985), pp. 189-197. <<

[3] Ludwig Borchardt, «Excavations at Tell el-Amarna, Egypt in 1913-1924», *The Smithsonian Report for 1915* (1921); pp. 445-457. <<

[4] Charles Leonard Woolley y Thomas Eric Peet, *The City of Akhenaten*, I (Londres, 1923). <<

[5] Henri Frankfort, «Preliminary Report on the Excavations at Tell El —‘Amarnah, 1928-9», *Journal of Egyptian Archaeology* 15 (1932); pp. 143-149. <<

[6] Henri Frankfort y J. D. S. Pendlebury, *The City of Akhenaten*, II (Londres, 1933). J. D. S. Pendlebury, «Preliminary Report on the Excavations at Tell El—‘Amarna, 1930-1931», *Journal of Egyptian Archaeology* 17 (1931); pp. 233-244.

—, «Summary Report on the Excavations at Tell El—‘Amarna, 1935-1936», *Journal of Egyptian Archaeology* 22 (1936); pp. 192-198.

—, *The City of Akhenaten*, III (Londres, 1951). <<

[7] B. J. Kemp, «The Window of Appearance at El-Amarna, and the Basic Structure of this City», *Journal of Egyptian Archaeology* 62 (1976); pp. 81-99.

—, «The City of el-Amarna as a source for the study of urban archaeology in ancient Egypt», *World Archaeology* 9 (1977); pp. 123-139.

—, *Amarna Reports I* (Londres, 1984). <<

[8] El escultor Alfred Turner (1874-1940) realizó algunos de los grandes monumentos de la reina Victoria. <<

[9] Se refiere a la estación y paso subterráneo de Kingsway, que formaría parte del metro londinense hasta 1952. [*Esta nota y las siguientes, a menos que se indique otra procedencia, son del traductor.*] <<

[10] *Why did I leave my little back room* (1898) era una popular canción de A. J. Mills y Frank W. Carter. <<

[11] Hilary W. Waddington (1903-1989) y Ralph S. Lavers (1907-1969)
(véase el Epílogo). <<

[12] John Devitt Stringfellow Pendlebury (1904-1941) (véase el Epílogo). <<

[13] Se refiere a la famosa batalla de Hastings, entre normandos y anglosajones, considerada como el momento fundacional de la historia de Inglaterra. <<

[14] La traducción que da Peter Lacovara en la Introducción es «el espíritu de Atón», pero ambos sentidos son válidos. La palabra *ak* que inicia el compuesto Akenatón significaba tanto «espíritu» como «que complace o es útil a». <<

[15] Herbert Walter Fairman (1907-1982). <<

[16] El título correcto de esta canción humorísticamente misógina era *Ow I'ate women* [¡Cómo odio a las mujeres!], escrita por Percy Greenbank y H. Fraser-Simpson a principios de siglo e interpretada, entre otros, por el famoso actor A. W. Baskcomb (1879-1939). <<

[17] Obviamente, no se trata de Malawi o Malauí, el país de África oriental, sino de una pequeña ciudad situada a escasos kilómetros al norte de la excavación de Amarna. <<

[18] La *felucca* o falúa (a veces falucho), con su mástil inclinado y una gran vela triangular (o latina), es la embarcación típica del Nilo y de otras partes de Egipto y del Mediterráneo oriental. <<

[19] Lewis Carroll, *Alicia en el País de las Maravillas* (1865), cap. VII. <<

[20] El cocinado con calor retenido (llamado «de caja de heno», «de caja de paja» u «olla aislada») utiliza el calor de la comida que se cocina para completar el proceso de cocción. Los alimentos se calientan hasta el punto de ebullición y luego se aíslan. Los alimentos se cocinan por el calor del recipiente aislado. Una caja de heno conserva el calor tres veces el tiempo de cocción normal. <<

[21] El Women's Institute, fundado en Canadá en 1857 y extendido por varios países de la Commonwealth, tenía como objetivo la revitalización de las comunidades rurales. En la Primera Guerra Mundial fue muy activo en la producción y distribución de alimentos. <<

[22] Aunque antiguamente el palacio de Guildhall fue sede del ayuntamiento de Londres, hoy es el palacio ceremonial de la City y de su corporación. <<

[23] Ralph utiliza una famosa fórmula reiterativa que se empleó en la traducción bíblica del rey Jacobo (1611): *Therefore is the name of it called Babel* [Y por tanto el nombre del lugar se llamó Babel]. <<

[24] Reginald Jeeves es el protagonista de varias novelas humorísticas de P. G. Wodehouse (1881-1975). Es el servicial mayordomo del joven Bertie Wooster y se convirtió en el paradigma del perfecto criado. <<

[25] Es una referencia al *chelsea*, el cesto de rafia, mimbre o caña que se utilizaba antiguamente para ir a la compra o a un pícnic y, en tiempos modernos, como bolso informal. <<

[26] Literalmente, «excavar más abajo», «desenterrar» o «extraer»; pero también «profundizar», referido a los conocimientos. <<

[27] Son viejos procesos de reproducción fotomecánica: el primero forma las imágenes con el uso de puntos en una trama, mientras que en el segundo se empleaban gelatinas y emulsiones fotosensibles. <<

[28] Estas planchas —anteriores a los negativos en rollo— medían entre 12 y 16 cm, y se guardaban en unos portadores de madera. <<

[29] Se denominan «cartuchos» (*shenu*) las representaciones esquemáticas de una cuerda que rodean el nombre de un faraón o una dignidad egipcia. <<

[30] Se refiere a los *eloi* y los *morlocks*, criaturas del futuro que aparecen en *La máquina del tiempo* (1895) y que viven en las «colinas herbosas» donde antaño estuvo Londres. <<

[31] Pierre Seignette, farmacéutico de La Rochelle (de ahí su nombre), elaboró por vez primera en 1672 el tartrato mixto de potasio y sodio, un ácido que sirve, entre otras cosas, para el tratamiento y limpieza de metales. <<

[32] *El admirable Crichton* (*The Admirable Crichton*, 1902) es una obra de teatro del dramaturgo británico J. M. Barrie. La mayor parte de la obra se desarrolla en una isla desierta donde han naufragado unos viajeros. <<

[33] Charles Leonard Woolley (1880-1960); *woolley* es también «lanudo». <<

[34] Gobernador, jefe o patrón (en referencia al director de la expedición). <<

[35] En este capítulo se establecen los lazos genealógicos de la XVIII dinastía del antiguo Egipto de acuerdo con los conocimientos que se tenían en la primera mitad del siglo XX. Muchos de los datos que se aportan aquí son controvertidos o se han descartado en las últimas décadas, por ejemplo, la tradicional relación fraternal entre Akenatón y Nefertiti. <<

[36] Este apartado de la genealogía también se ha visto modificado en las últimas décadas. Al parecer, Meritatón no se casó con Semenejkara, sino con su padre Akenatón, y otro tanto ocurrió con Anjesenpaatón. Tal y como anticipa «Tommy» (Herbert Walter Fairman), el árbol genealógico es más que dudoso. <<

[37] Este es el significado literal, al parecer, del nombre Nefertiti. <<

[38] La teoría del ojo dañado de Nefertiti se basa en la ausencia del globo ocular izquierdo en la fabulosa estatua de Berlín, pero ninguna de las otras imágenes que han llegado de la reina la confirma. Al parecer, el carísimo ojo de cristal nunca llegó a colocarse en el busto. <<

[39] En arqueología se usa este término (*ostraca*) para designar los trozos de cerámica que se empleaban para aprender a escribir o pintar. <<

[40] *Mummy* en el original: Ralph está invocando la ayuda de su madre y de la momia al mismo tiempo. <<

[41] Efectivamente, si moría el débil Semenejkara, el sucesor sería el niño Tutankamón, y Nefertiti, repudiada por Akenatón, volvería a tomar las riendas del Imperio. <<

[42] Es un viento típico del norte de África y de la península arábiga, cálido, seco y polvoriento. <<

[43] Se trata de una referencia a un relato (*Carry On, Jeeves*) de 1919, incluido en *My Man Jeeves*, de P. D. Wodehouse (1881-1975). En una escena, el apocado protagonista, Bertram (Bertie) Wooster, se siente intimidado por sir Roderick Glossop; le parece que lo trata como si fuera un perro y que le dice con la mirada: «Vuelve a tu cesta, Bertram». <<

[44] Rudyard Kipling, *Capitanes intrépidos* (1937). <<

[45] Annie Laurie es la protagonista de un poema de William Douglas (h. 1682-1748) que se convirtió en una canción popular escocesa. En la canción se decía que Annie Laurie tenía el cuello de un cisne (*Her throat is like the swan*). <<

[46] El capitán Spaulding (no Spalding) es el ridículo y fanfarrón protagonista de la película *Animal Crackers* (1930), interpretado por Groucho Marx. La película se basaba en un musical de Broadway del mismo título, donde uno de los temas más populares era, precisamente, «Hurra por el capitán Spaulding».

<<

[47] Más adelante explica la autora en qué consistía el reparto de hallazgos arqueológicos. A finales del siglo XIX, Petrie había llegado a un acuerdo con el Servicio de Antigüedades Egipcias por el que los equipos de la Sociedad para la Exploración de Egipto tendrían derecho a una parte de los hallazgos que realizaran durante sus excavaciones. Gran Bretaña, como potencia ocupante, controlaba y distribuía los descubrimientos que le correspondían en virtud de los países e instituciones patrocinadoras. Se estima que alrededor de trescientas cincuenta instituciones de veintisiete países distintos recibieron piezas arqueológicas egipcias a través de las agencias británicas. <<

[48] Esta identificación sería descartada con el tiempo y hoy se cree que podría tratarse incluso de un hombre. Bajo el epígrafe «Cabeza de estatuilla (ca. 1353-1336 a. C.)», está expuesta en el Metropolitan Museum de Nueva York.
<<

[49] En la batalla de Hastings (1066) el ejército del duque Guillermo II de Normandía derrotó al ejército anglosajón del rey Haroldo II. La batalla de Bosworth (1485) cerró la Guerra de las Rosas entre la Casa de York y la Casa de Lancaster. Ricardo III de York, último rey Plantagenet, murió en ese enfrentamiento. <<

[50] Así fue, lo volvimos a ver. [*Nota de la autora.*] <<

[51] Del poema *Los viejos barcos*, de James Elroy Flecker (1884-1915). <<

[52] Son los tres hijos de Noé. <<

[53] Darbukas. <<

[54] Esta modalidad de flauta, de antiquísimo origen, con dos tubos (melódico y tonal), se llama *arghul* o *argul*. <<

[55] La danza Morris (*Morris dancing*) es una antigua danza tradicional inglesa (quizá del siglo xv) que se ejecuta con coreografías acompañadas de palos, espadas o pañuelos. <<

[56] Aunque hay muchas variantes de la historia, una de ellas supone que Seth, el hermano envidioso de Osiris, urdió una conspiración para matarlo. Osiris renace con cada cosecha: es el dios de la agricultura, la vegetación y la religión: es el dios civilizador, frente a su hermano Seth, dios de los desiertos, la violencia y el caos. <<

[57] Es una referencia a una popular canción (*Diez negritos fueron a cenar*) que sirvió también para titular la famosa novela de Agatha Christie (1939).
<<